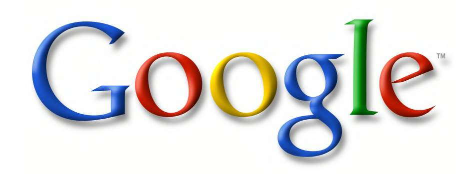




POESIAS SELECTAS

DE

FRAY GERÓNIMO DE SAN JOSÉ

PUBLICADAS POR LA

EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE ZARAGOZA.



ZARAGOZA
IMPRENTA DEL HOSPICIO PROVINCIAL
1876


TAYLOR INSTITUTION
UNIVERSITY
OF OXFORD
LIBRARY

PRÓLOGO.

En la juvenil edad, cuando la vida ofrece siempre halagos é ilusiones, cuando nos acaricia y nos sonrie con sus más gratos ensueños de dulce placer y bienandanza, Gerónimo Ezquerra de Rozas renunció al siglo, no contando apenas diez y ocho años; no es fácil adivinar los móviles que á ello le impulsaron, pero no es de presumir que en tan temprana edad hubieran lacerado ya su corazon, marchitando en flor sus esperanzas, esas amargas decepciones que en un momento deciden del porvenir y destino del hombre para siempre; tal vez un sentimiento de fé acendrada, fué únicamente lo que le decidió á adoptar una resolucion de esta naturaleza.

Como fruto de una existencia dividida entre el estudio y el cumplimiento de sus deberes religiosos, dejó al morir una multitud de obras, de las que han llegado hasta nosotros como vivo testimonio de la superioridad de su mérito, dos en primer término, el

Génio de la Historia y la coleccion de sus *Poesías;* ambas llamadas á formar parte de esta Biblioteca; creyendo empero nosotros que, por su cualidad de inéditas, debíamos conceder á las segundas la preferencia en la publicacion.

Pocas palabras vamos á dedicar á exponer el juicio general que nos merecen, puesto que, ya desde ahora, podrá decidir el inapelable tribunal de la opinion pública, el concepto y mérito que debe atribuírseles; pero si no por lo acertadas, á lo ménos por lo breves, no parecerán quizás impertinentes algunas observaciones.

En las poesías de Fr. Gerónimo, no hay que buscar la pompa y majestad de estilo ni el fuego sagrado del entusiasmo que encendió la fantasía de los grandes ingénios de nuestra edad de oro; poeta de decadencia, si no abatió su vuelo hasta la pedestre entonacion de los copleros de ruda Minerva, tampoco logró nunca remontarse á aquellas inaccesibles alturas; un buen sentido crítico, un gusto delicado, apartándole de las gárrulas invenciones de su tiempo, le convirtieron de admirador y amigo, en digno admirador de Bartolomé Leonardo de Argensola.

El oleaje de las tempestades del mundo, que ni respeta la inmunidad del templo, ni la soledad y retiro del claustro, y que así profana todos los santuarios como traspone todas las lindes y barreras, alcanzó á Fr. Gerónimo con sus furiosos y ciegos embates dándole á probar el cáliz de dolor de que ninguno de los séres humanos se exime; y cuando en la última etapa de su vida se refugió en un misticismo contem-

plativo y absorbente, ajeno á toda inspiracion ó arrobamiento sublime, de tal modo ajustó la variedad de su canto al austero y sencillo compás de la salmodia, que solo tal cual vez, muy pocas en verdad, los acentos que de su lira brotaron, pudieron hacer recordar el armonioso plectro de su gran modelo.

Fácil nos hubiera sido aumentar en esta coleccion las composiciones del género devoto, pertenecientes á Fr. Gerónimo, pero hemos creido que ni su fama ni nuestros lectores hubieran ganado gran cosa en ello.

Antes de poner término á estas ligeras indicaciones, debemos advertir que, al exponer las noticias sobre la vida y escritos de este poeta en la forma que lo hacemos, no nos mueve pretension alguna literaria, y solo sí el deseo de darle á conocer mejor á nuestros lectores, procurando tambien evitar en lo posible la monotonía que resulta siempre de la excesiva uniformidad de método en todo linaje de investigaciones.

FR. GERÓNIMO DE SAN JOSÉ

Y SUS CONTEMPORÁNEOS.

CAPÍTULO PRIMERO.

LA CASA DE LASTANOSA.

Corria el mes de Setiembre de 1651. En un espacioso aposento alhajado con riquísimos muebles y objetos artísticos de singular belleza y valor, se paseaba con aire distraido, un hombre como de cuarenta años, de noble apostura y militar continente, cuyo semblante expresivo y majestuoso tenia ese especial atractivo de la bondad y de la gentileza; llamábase D. Vicencio Juan de Lastanosa, y era reputado con justicia, como el más inteligente y espléndido de los Mecenas aragoneses de su tiempo; por dos ó tres veces, interrumpiendo su paseo, se aproximó á una de las ventanas de la estancia, desde donde se descubria gran trecho del Coso de la ciudad de Huesca, y recorriendo con la vista uno y otro lado, dió á conocer en el gesto cuánto le contrariaba la inesperada tardanza de la persona á quien aguardaba:

esta situacion se prolongó por más de dos horas, al cabo de las cuales, sentóse cansado, junto á un lujoso bufetillo, y cruzando las piernas y apoyando la mejilla en la mano derecha y el codo sobre el brazo del sillon en que descansaba, quedó sumergido en profundas meditaciones; de pronto, un ruido como el de una pesada máquina que se acerca, le produjo un ligero sacudimiento, é irguiéndose súbitamente cual si despertara de un profundo letargo, se dirigió con paso acelerado á la puerta, en donde se hallaba ya parado como término de su viaje, el enorme coche de camino que tan horrísono estrépito producia al rodar sobre el desigual pavimento de la ciudad *vencedora:* un criado diligente abrió la portezuela, adelantándose á su amo, y mediante un violento descenso, el cronista de Aragon, Juan Francisco Andrés de Ustarroz, estrechó entre sus brazos al magnífico Señor de Figueruelas, que con tan impaciente solicitud le esperaba.

Era el cronista Andrés, hombre de la misma edad poco más ó ménos que Lastanosa; de tez roja, ojos vivos y penetrantes, cabello negro, corta guedeja, mesurado copete sobre la frente, pera poblada y bigote levantado á la borgoñona, y aunque de estatura mediana, de buena disposicion y presencia; traia puesta una ropilla de tafetan de color de pasa, licencia que solo se permitia en viajes y casos análogos, pues ordinariamente vestia el traje negro que preceptuaba el fuero. Con el permiso de su anfitrion, dedicó el recien venido los primeros momentos despues de su llegada al cuidado y aderezo de su persona, y vol-

viéndose á reunir con él, tras breves instantes, juntos se encaminaron á los deliciosos jardines en que las artes y la naturaleza ostentaban, como á competencia, sus maravillosas galas y primores. No era fácil adivinar por cierto que en el centro de una ciudad importante, se encontrasen al abrigo de una casa particular tan extensos y amenos jardines, si su dueño privilegiado, como si poseyera el don de realizar toda clase de bellos imposibles, no hubiera sabido convertir su mansion, aunque á costa de grandes sacrificios, en un magnífico y abundante museo, en un emporio de gusto y riqueza tal, que hacia brotar de todos los labios á manera de vulgar adagio: «No ha visto cosa, el que no vió la casa de Lastanosa.»

A pesar de estar el viajero familiarizado con el espectáculo que á su vista se desplegaba, no pudo ménos de pararse en su contemplacion, como si se ofreciera ante sus ojos por primera vez en su vida; bien es verdad que mil favorables circunstancias prestaban á la sazon nuevos encantos y atractivos á aquellos amenísimos pensiles; la atmósfera serena y templada, el viento que jugueton agitaba las flores y hierbas olorosas embalsamando el ambiente con sus suavísimos aromas, los pájaros que alegres cantaban y revoloteaban libres de toda clase de asechanzas y como en un seguro lugar de asilo, el murmurio de las aguas, cuyas ráudas corrientes se perdian á través del espeso césped, formando caprichosos y erráticos dibujos; las matizadas tintas de las hojas de los árboles bañadas por los tibios rayos de un sol poniente, la hora, en fin, todo aquel concierto admirable de la

naturaleza, parecia convidar de consuno á la delectacion y al esparcimiento.

Previendo Lastanosa el cansancio de su huésped, y sin hacer caso de las reiteradas protestas en que le aseguraba lo contrario, le condujo á un rústico y cómodo banco junto á la fuente llamada de Hipocrene, en que entrambos tomaron asiento. Engolfados en su plática, cuya creciente animacion por momentos se aumentaba, saltaban de una materia en otra con esa rapidez vertiginosa de los que se encuentran, despues de un largo tiempo, ávidos de comunicarse mil impresiones y descubrimientos de sumo interés para sus particulares gustos; y ora departian sobre los males de la patria, desgarrada en aquel entónces por dos sangrientas guerras civiles, ora se comunicaban recíprocamente noticias de familias y personas para entrambos queridas; hasta que al fin, y como si este fuera el principal asunto y objeto de sus aficiones, fijáronse en todo lo que atañia á las letras y á las artes, y en especial, á las obras nuevas de artistas y literatos aragoneses.

—Héme holgado con extremo, decia el Señor de Figueruelas, en conocer la opinion de Vmd. acerca de las poesías de D. Gerónimo Cancer, (1) así como del pequeño poema de nuestro buen amigo Salinas; mas no quiero empeñarle en nuevas razones sobre esto último, porque muy presto si no me engaño, hemos de tener á su autor en nuestra presencia.—Aún no habia terminado estas palabras,

(1) Obras várias de D. Gerónimo Cancer y Velasco. Madrid, Diego Diaz de la Carrera, 1651, 4.°

cuando los saludos afectuosos del canónigo D. Manuel Salinas y Lizana, y las risas bulliciosas de don Luis Abarca de Bolea, Marqués de Torres, dieron lugar á esa série de mútuos cumplimientos y bienvenidas, que son el obligado comienzo de toda visita de esta índole; mas, á poco, el hilo de la interrumpida conversacion volvió á anudarse, tomando en ella parte Salinas, el Marqués y además un nuevo interlocutor que acudió presuroso en aquel instante, y que ejercia cerca de Lastanosa, un papel no bien definido, entre bufon, secretario y paje de confianza, pero que respecto de los extraños, desempeñaba en el pleno dominio de sus funciones, el primero de los mencionados cargos: era éste un hombrecillo de entre veinte y cincuenta años, pues que lo mismo podia revelar su aspecto una edad que otra; de altos y desiguales hombros, ojizaino y barbitaheño, estevado y de mezquina estatura, cuyo conjunto movia á compasion y risa; no era, sin embargo, D. Bueso, que así le llamaban, uno de esos bufones cortesanos, degradados y corrompidos, que en aquella época formaban las delicias, á la vez que el azote de los palaciegos; pues dentro de aquella ridícula figura, se albergaba una inteligencia viva y un noble corazon completamente identificado con su señor, á quien servia como un perro leal á su amo. Ocioso, sobre innecesario, seria referir aquí los motivos especiales de gratitud que ligaban el pobre contrahecho á su bienhechor; baste decir, que desde largo tiempo ántes, se habia constituido, por autoridad propia, en secretario íntimo de su dueño y conservador celoso de su museo y de su

biblioteca; y con tal aficion y ahinco se habia dedicado al estudio de las cuestiones literarias, que cuasi diariamente se agitaban en su presencia, que muy pronto se halló en condiciones de poder terciar airosamente en los debates; y como la inmunidad del carácter de que estaba revestido, le autorizaba en cierto modo para zaherir libremente á quien le parecia (cosa á que él se inclinaba con predileccion y muy de bonísima gana), pocos eran, y con sobrado motivo, los que no temian sus desapiadadas censuras; de modo que, al único que mereció su llegada benévola acogida, fué al bondadoso Marqués de Torres, cuya prematura obesidad fué el primer blanco de sus burlas: encarándose luego con Salinas, le asestó en esta forma, el montante de su sátira.—Grandes deseos tenia ya de echaros la vista encima, mi querido canónigo, á fin de daros el parabien más cumplido por vuestro poema *La Casta Susana;* (1) á fé os aseguro, que no obstante mi natural descontentadizo, solo he echado en él de ménos, para que reuna todo género de perfecciones, una digresion, capítulo ó cosa parecida, destinado á sincerar á la heroina del epíteto autonomástico que constantemente lleva colgado de su nombre á guisa de maza, de suerte que, en queriendo cualquiera nombrarla, luego se le viene á la boca, el achaque de su castidad.—Alto ahí, repuso el interpelado, que os vais camino del Santo Oficio, adonde al fin ireis á parar, si no refrenais vuestra lengua.—Tranquilizaos, y no

(1) *La Casta Susana*, paráfrasis poética de su sagrada historia. Huesca, Juan Francisco de Larumbe, 1651, 8.°

temais por mí, replicó el bufon, pues no sé de ninguno de mi *dignidad* que hasta la fecha haya parado en tan Santos Lugares; miéntras que, algo podria decirse de los aficionados á paráfrasis bíblicas, que bien contra su voluntad los visitaron; pero ¿quereis decirme, doctor Andrés, prosiguió dirigiéndose á éste, por qué andais brujuleando el libro que llevo en la escarcela? Sospechais tal vez tener alguna parte en ello? Pues á fé que no os habeis engañado; hé aquí una alhaja que deseara la hubiese publicado mi amo en descargo siquiera de los muchos que del P. Gracian ha costeado.—Y diciendo y haciendo, sacó de su disforme faltriquera un libro, en 8.°, recien impreso, que contenia el *Génio de la Historia de Fr. Gerónimo de San José,* (1) obra publicada pocos meses ántes á expensas del Marqués de Torres y bajo la direccion del cronista Andrés, ámbos allí presentes.—En verdad, Marqués, dijo Lastanosa, que tengo envidia á V. S. por haber sido el editor de tal joya, y os aseguro que no viviré tranquilo miéntras no pueda dar á luz alguna otra maravilla de su ingénio preclaro.—Dificil empresa me parece por ahora, contestó Ustarroz, pues conociendo vuestros deseos, he puesto cuantos medios pueden imaginarse, á fin de recabar de S. R. esta apetecida gracia; asegurándole que nada podria satisfacer tanto á Vmd., pues que tan devoto vuestro era, como autorizaros, para sacar de la oscuridad, sus preciosas poesías. ¿Y sabeis qué me respondió? «Amigo, esas que Vmd. llama *mis poesías,*

(1) Zaragoza, Diego Dormer, 1651.

ni aun merecen el nombre de tales, pues si hubo un tiempo en que, siguiendo las huellas del divino Retor de Villahermosa, acaso hubiera podido prometerme salir con algo, no indigno del todo del modelo, mucho há, que este ejercicio de la poesía no constituye ya para mí otra cosa, sino un desahogo en mis ratos de melancolía, un consuelo que mi espíritu abatido necesita buscar en las dulzuras de la devocion y del misticismo; estas pobres obrecillas se han desprendido de mi pluma al compás de las lágrimas que brotaban de mis ojos y de los suspiros que se arrancaban de mi pecho; lágrimas y suspiros, libres y exentos del fuego voraz de las pasiones y de los ardientes sentimientos que abrasan el alma: pero, vea aquí, Vmd., añadió, alzando de la mesa un abultado cartapacio, lo que á mi juicio merece más bien la honra que vuestro noble protector quiere dispensar á mis pobres versos, y le aseguro que con sumo gusto me hubiera encargado de ello en su nombre, si no tuviese ya contraido un compromiso anterior con el cardenal don Antonio de Aragon, que poco despues de la muerte de su autor, me confió este trabajo.» Inútil es deciros, continuó diciendo Ustarroz, que el manuscrito que puso entre mis manos (1) contenia las poesías del canónigo de Tarazona, Martin Miguel Navarro, uno de los más aventajados imitadores de los Argensolas.

—Admirado estoy, exclamó D. Bueso, de lo grande amigo que os vais haciendo de los Leonardos; voy creyendo, que en efecto os habeis afiliado entre

(1) Este precioso códice, en 4.°, de más de 500 fojas, segun creemos, posee actualmente el distinguido bibliófilo Sr. D. Ricardo Heredia.

los imitadores de Lope, y que al fin nos podremos entender sin *comentarios*. Si es así, de buena gana os perdono la aprension en que me pusísteis, leyéndonos, en vuestra última visita, aquella cultísima descripcion de esta morada, que el canónigo, poseido del más *férvido entusiasmo,* aplaudia calurosamente, gritando: «Esto es escribir en puro y elegante estilo;» y que, sin embargo, tan ayuno estaba yo de todo lo que decíais, que en Dios y en mi ánima, os confieso temí haber perdido aquel dia las entendederas. Curaros amigo del feo vicio de culteranizar y de mitologizar, que mucho habreis andado para dar al traste con esa mísera aficion de poeta, que así mancilla vuestras relevantes dotes de cronista; porque así os dá el naipe á vos para escribir versos, como á nuestro preclaro Marqués para ensartar epitalamios.

—Decidme D. Carcahueso, saltó el canónigo, que estaba aún algo amostazado á causa del equívoco elogio del bufon: ¿Tan mal os ha parecido ese obsequio poético, que el Marqués dirigió á nuestros Soberanos augustos, que así le maltraeis tan fuera de propósito?

—Calificarlo de obsequio, y aun de obsequias si gustais, contestó el bufon, que yo de epitalamios hablaba; pero de todos modos afirmo y sostengo, que la *Palestra numerosa* (1) ha sido el mayor desacato

(1) *Palestra numerosa austriaca*, en la victoriosa ciudad de Huesca, al augustísimo consorcio de los Católicos Reyes de España, D. Felipe el Grande, etc. Publícala el Licenciado José Félix de Amada. Huesca, Juan Francisco de Larumbe, 1650, 4.°

que se ha inferido á nuestros C. C. Monarcas, y salva su real clemencia, temí fuéseis todos á parar al castillo de Coca á visitar los inocentes manes del Conde de Aranda; demás que, por aquellos dias, se tañó la campana de Velilla, y mis temores subieron de punto, hasta que llegó á mis manos la *Cítara* del maestro Bondia, (1) que en verla comprendí al instante cuál era la verdadera desgracia que nos anunciaba.

—Pero ¿qué teneis con el maestro Bondia, dijo Lastanosa interrumpiendo la charla del bufon, que tan mal parado queda siempre de vuestra lengua, y á mi juicio con más pasion que imparcialidad?

—¿Qué tengo? preguntais. Escuchadme, pues, y juzgad por vos mismo. Ya conoceis á D. Guaso, á ese bellacon que á nuestra imágen y semejanza sirve al Marqués con tan poco provecho; pues bien, juntos estábamos esotro dia, que es muy gran compadre mio, saboreando de sobremesa unos tabacos de hoja, exquisito regalo del prior de la Merced, cuando á aquel grande ladronazo se le antoja solo por motejar al maestro Ambrosio, que sabia era un tantico amigo mio, tildarle de poco aragonés, por haber dedicado su obra á un D. Nicolás de Valmaseda, que dijo ser gran desafecto á nuestras cosas; aunque á mí la imputacion no me pareció muy grave, sin embargo, como la creia sobre inexacta, mal intencionada, le dije, arrojándole una botella: «Mentís por la joroba, que á mi señor D. Miguel Leonardo la dedica.» — «No,

(1) *Citara de Apolo y Parnaso en Aragon*, autor el maestro Ambrosio Bondia. Zaragoza, Diego Dormer, 1650, 4.°

sino á D. Nicolás de Valmaseda,» replicó el D. Guaso, desconcertándome esta pierna de un banquetazo.—Que sí.—Que nó.—Que nó.—Que sí.—Seguimos empelazgados riñendo la más fiera zalagarda que vieron los nacidos, hasta que, no teniendo ya trastos que arrojarnos, nos convencimos de la inutilidad de nuestro procedimiento, echándonos á buscar mejores pruebas. Pocos momentos despues acudimos entrambos con aire victorioso al lugar de la pelea, libro en ristre, y en llegando á tiro nos dimos, el uno al otro, con él, en los hocicos, quedando descalabrados y convencidos, pues la dedicatoria del suyo iba dirigida á Valmaseda, y la del mio á Leonardo. Ahora bien, decidme, señor, si es justo se consientan dedicatorias de dos caras, como medallas de Jano, poniendo á los hombres de nuestro pelo en este caso.

—Bebiérais ménos y nada de esto hubiera sucedido, contestó su amo: mas dispénseme Vmd., añadió dirigiéndose á Ustarroz, si le molesto rogándole nos dé á conocer de sus autorizados labios las noticias que sepa sobre la vida y escritos de Fr. Gerónimo, pues de tal modo héme encariñado con todo lo que á él se refiere, que no habrá dato ni circunstancia por insignificante que parezca, que no sea para mí, y aun creo que para todos, de interés sumo.

—Poco más de nada puedo deciros, contestó el interpelado, que corresponda á lo mucho que os debo, y es, que sin duda la averiguacion de datos y noticias de escritores que todavía viven, nos parece sobrado fácil, para empeñarnos en este trabajo; pero de todos

modos os complaceré de la manera que mejor pudiere suplicándoos me perdoneis la brevedad y desaliño.

Fr. Gerónimo nació en 1587 en la villa de Mallen; (1) fueron sus padres el notario Martin Ezquerra é Isabel de Blancas, y su hermano mayor el ínclito D. Martin Hernando, que murió en 1642, siendo presidente del Supremo Consejo de Nápoles. Aficio-

(1) Con el mayor gusto incluimos en este lugar las partidas de bautismo de Fr. Gerónimo de San José y de su hermano, que por conducto de nuestro querido pariente D. Rafael de Ena, nos ha remitido el señor Cura párroco de Mallen, aprovechando á la vez la ocasion de manifestar á estos señores la expresion de nuestra gratitud.

«D. Manuel Ferrandez, Cura propio de la Iglesia parroquial de la villa de Mallen en la provincia y arzobispado de Zaragoza,

«Certifico: Que en los *Cinco libros* de esta mi Parroquia, y en el tomo primero que dió principio en el año de mil quinientos cincuenta y ocho, en nueve del mes de Julio, entre los bautizados en el año de mil quinientos ochenta y tres se halla la *partida* que á la letra dice asi = (Al margen) = Martin Hernando Ezquerra y Blancas. = (Dentro) = á 8 de Ebrero fué baptizado martin ernando ezquerra, hijo de martin ezquerra y Ysabel de blancas cónyuges; padrinos miguel de vesimbre y Joanna Ortiz muger de gil de blancas.

»En el tomo segundo que principia en diez de Enero de mil quinientos ochenta y seis, al folio sesto se halla entre los que fueron bautizados en el mes de Marzo de mil quinientos ochenta y siete la partida que dice = «En el propio dia mes y año (se refiere segun las partidas antecedentes al dia diez y seis de Marzo de mil quinientos ochenta y siete) Yo Fr. P.° Cipres Pr. (esto es Yo Frey Pedro Cipres Prior) bapticé segun el ritu de la Santa madre Iglesia rom.ª un hijo de martin ezquerra not.° y Ysabel de blancas llamase el baptizado Hieronimo, fueron padrinos fray Pedro Lorente y Ysabel de pasamar viuda.»

»Estas dos partidas estan bien extraidas y conformes con sus respectivos originales que obran en estos libros parroquiales. Y para que conste firmo y sello la presente en Mallen á veinte y cuatro de Febrero de mil ochocientos setenta y seis.—Manuel Ferrandez.»—Hay un sello parroquial que dice: «Parroquia de la villa de Mallen.»

nado desde niño al estudio y al recogimiento, profesó en 1615 en el instituto del Cármen descalzo, que á la sazon conservaba todo el fervor y prestigio de la reciente reforma. Muy pronto dióse á conocer en la vida conventual por sus grandes virtudes y singulares conocimientos, especialmente en las letras humanas y en la historia, en contemplacion de lo cuál fué nombrado Cronista general de su Orden. Desde entónces consagró al exacto cumplimiento de sus nuevas atenciones su vasta ilustracion y sus vigilias, cuyo primer y sazonado fruto fué la biografía del Santo Reformador de su regla, que publicó en Madrid en 1629 con el título de «Dibujo del Venerable Fr. Juan de la Cruz,» (1) obra que más adelante (1641), volvió á salir á luz de nuevo, refundida y aumentada. Por este tiempo le distinguian con su amistad y elogios los hombres más doctos y famosos, entre los cuales recordaré al ménos, los nombres de Tamayo de Vargas, Ramirez de Prado, Luis Muñoz, F. José de la Cerda, Tamayo de Salazar, y de su insigne maestro Bartolomé Leonardo de Argensola, con quien comunicó su *Génio de la Historia,* que aunque en bosquejo, le mereció los plácemes más apasionados. Pero la obra en que él puso todo su particular esmero, fué la *Historia de la Orden reformada del Cármen,* que sin embargo, tan solo le proporcionó decepciones y pesadumbres sin cuento; el año 1637 comenzó á darse á la estampa en Madrid, pero no sé qué razones impidieron se llevára adelante la empresa, llegándose

(1) Francisco Martinez, 8.°

hasta prohibir se divulgara el único tomo que se habia impreso, de los tres que formaban esta grande obra; solo sé que intervino el Definitorio y la Censura, y que hubo cláusulas y aun períodos que algunos encontraron peligrosos; tal vez leyendo su *Génio de la Historia*, (1) pueda encontrarse la clave para descifrar estos misteriosos enigmas. En el mismo año fué nombrado Prior del convento de Gerona, aunque ignoro si á título de premio ó de destierro, y á poco, obtuvo tambien, el cargo de Definidor de la Provincia de Aragon.

Al fin consiguió el objeto, que más que todas estas distinciones y honores anhelaba, retirándose á una escondida celda del convento de San José de Zaragoza; y allí, la devocion que profesa á nuestra Excelsa Patrona, le decidió á escribir la historia de su venerando Santuario, con el título de *Basílica de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza,* que llena ya dos gruesos tomos en fólio, y aún no se halla terminada, ni con la lima y perfeccion necesaria para la prensa: otras obras tiene tambien escritas cuyo catálogo omito por temor á mi flaca memoria, pero que en su mayor parte contienen vidas de santos y venerables de su Orden. (2)

En conclusion, ya conoceis al presente, el género de vida que lleva, repartida entre sus deberes re–

(1) «Libre, libre ha de estar siempre el ánimo del historiador como el del juez, para narrar con sinceridad y escribir con rectitud lo que conviene.» *Génio de la Historia*. Tercera parte. C.VII.

(2) Latassa. Biblioteca Nueva. Tomo III. Pamplona, imprenta de Domingo, 1799, 4.°

ligiosos, el estudio y la cura de almas, poniendo todo su cuidado en oscurecerse y pasar inadvertido, que si á sus oidos llegára el tiempo y elogios que aquí le hemos dedicado, no pudiera causársele mayor pesadumbre. (1)

—Enhorabuena sea así, interrumpió bruscamente el bufon, y puesto que todos somos grandes calladores, os ruego, señores mios, que en atencion al cansancio de nuestro forastero, levantemos el campo abandonando estos lugares, que hora es ya de tomar algun ligero refrigerio.

Todos asintieron á la proposicion de D. Bueso, y precedidos por dos criados que con gruesas antorchas les alumbraban, dieron la vuelta á la casa; poco ó nada se detuvieron ante las mil maravillas de antigüedad y arte que ésta encerraba en su seno, como hombres que las tenian bien conocidas; y atravesando rápidamente la biblioteca, separada por una puerta vidriera de la armería, y sin fijar la atencion, ni en la galería de pinturas y esculturas, ni en la dactilioteca, cuyos objetos estaban colocados en bonitos escaparates, ni en el museo de medallas y monedas metódicamente ordenadas en primorosos escritorios y gabetas, ni en otras mil esquisitas curiosidades, (2)

(1) Véase, *Elogio al autor del Génio de la Historia.* Escribíalo el Doctor Juan Francisco Andrés, Cronista del reino de Aragon, 1651, Zaragoza, Diego Dormer. *Reforma de los Descalzos de Nuestra Señora del Cármen*, por F. José de Santa Teresa, tomo III. Madrid, Julian de Paredes, 1683, fólio.

(2) Las descripciones en verso y prosa de la casa de Lastanosa saldrán á luz en otro tomo de esta coleccion; la primera se imprimió en 1647 por Diego Dormer, y es ya extremadamente rara; la segunda permanece todavía inédita.

llegaron á una espaciosa sala rodeada de alacenas, en donde les esperaba un abundante y bien servido obsequio de chocolate, refrescos y dulces de diversas clases, al que los convidados hicieron los debidos honores. Poco despues de terminado, se levantó el Marqués recordando á Lastanosa la palabra que le habia empeñado de acceder á la invitacion de la Academia de Zaragoza, para cuya ciudad se despedia; y saludando él y Salinas al Cronista, á quien desearon el más reparador descanso, se retiraron á sus respectivas viviendas: á poco rato el viajero, que se encontraba ya muy fatigado, recogióse tambien, acompañado por Lastanosa hasta la puerta de su aposento, y éste, enviando el bufon á su esconce, se dirigió á sus habitaciones particulares, quedando todo sumido en el más profundo silencio.

CAPÍTULO II.

LA ACADEMIA DEL CONDE DE ANDRADE.

Algunos dias despues, y en uno de los primeros del mes de Octubre, tres de los principales actores de las escenas referidas, Lastanosa, Ustarroz y el Marqués de Torres, en un coche de rua, de éste último, atravesaban el Coso de la ciudad de Zaragoza, deteniéndose ante la Casa-palacio en que vivia el Virey Conde de Lémos. Apeáronse inmediatamente, y subiendo la anchurosa escalera, precedidos primero de lacayos y luego de un reverendo mayordomo, atravesaron diversos estrados de esta suntuosa morada. Jugando á los trucos con el Duque de Hijar y otros jóvenes de su edad, sorprendieron nuestros conocidos á D. Pedro Fernandez de Castro, Conde de Andrade, hijo primogénito del Virey, que á decir verdad, únicamente se distinguia por el empeño con que procuraba imitar las acciones de su tio, el egregio protector de los Argensolas y Cervantes. Estrechó el Conde con

efusion á sus amigos recien llegados, manifestando á Lastanosa cuánto le agradecia la visita, con lo cual, y terminándose rápidamente la partida, se dirigieron todos al estrado en que acostumbraban á celebrar las sesiones. Era este un salon espacioso, decorado con esquisito gusto y riqueza, cuyos ámbitos llenaba en aquella sazon una numerosa concurrencia que, con ávida curiosidad, esperaba el momento de la apertura, divirtiendo el tiempo, entretanto, en referir ó escuchar aventuras y sucesos del dia.

Un gran murmullo anunció la llegada de nuestros conocidos que penetraron en la estancia en medio de los expresivos saludos de los académicos, siendo principal objeto de la atencion de todos, Lastanosa, que por unánime aclamacion, y no sin que mediara una resistencia porfiada, se vió obligado al fin á ocupar la presidencia, teniendo á su derecha al Conde de Andrade, á su izquierda al Marqués de Torres, encargado de disertar en aquella sesion, y muy cerca, en calidad de secretario, al poeta José Navarro, gran repentista y autor de vejámenes. (1)

Antes de continuar, parécenos oportuno aprovechar la ocasion de dar á conocer, á los más distinguidos y notables representantes de la juventud y de las letras aragonesas de aquel tiempo, reunidos, con tan solemne motivo, en este recinto. Sentados en mullidos almohadones, unos con la vista fija en la presidencia, otros comunicándose sus impresiones, ya atentos ya distraidos, algunos indiferentes, todos con la mayor

(1) Véanse sus *Poesías várias*. Zaragoza, M. de Luna, 1654, 4.°

cordialidad y franqueza, veíanse allí mezclados y confundidos á D. Alberto Diez de Foncalda, cuyas obras se publicaron en 1653; (1) al Marqués de San Felices, que preparaba por entónces una segunda edicion de sus poesías; (2) á D. Matias Aguirre, novelista y autor dramático de fama; (3) al licenciado Juan Antonio Rodriguez, despues canónigo de Daroca; (4) á Juan Lorenzo Ibañez de Aoyz, autor de pequeños poemas; (5) al Duque de Hijar y al Marqués de Cañizares, ilustrados próceres; á D. José de Bardají, célebre por cierto destemplado vejámen; á Jorge la Borda, autor de otro de más moderadas formas; (6) y á otros vários que con su presencia, autoridad é ingénio, por lo ménos, prestaban á la Academia mayor lustre é importancia.

El Conde de Andrade abrió la sesion declarando que resignaba sus atribuciones presidenciales en Lastanosa, á quien en su nombre y en el de todos los presentes daba las gracias por la honra que les dispensaba; á lo que contestó el aludido con la finura y galantería que tan habitual le era: acto contínuo levantóse el Marqués de Torres entre sobresaltado y temeroso, y con voz, ni muy entera, ni muy segura, manifestó á la Academia que, solo cediendo á las re-

(1) Zaragoza, Juan de Ibar. 4.°

(2) Zaragoza, 1652, Diego Dormer, 4.°

(3) Véanse sus *Navidades de Zaragoza.*—Z.ª, 1654, Juan de Ibar. 4.°

(4) Latassa poseia á fines del siglo pasado la coleccion manuscrita de sus poesías.

(5) Véase á Latassa. Biblioteca de Escritores Aragoneses, tomo III.

(6) Poco tiempo há, que se conservaba en un m. s. de D. Antonio Cabanilles.

petidas instancias del ilustre forastero, que con gran satisfaccion de todos y particular contentamiento suyo les presidía, se habia decidido á dirigirles la palabra, exponiendo algunas ligeras y breves indicaciones sobre el siguiente tema: *Del culteranismo en la literatura aragonesa.* Hecha esta salvedad empezó el Marqués su discurso en los siguientes términos:

«Señores académicos: Para traer á su verdadero punto la materia que me propongo dilucidar, juzgo necesario recordaros primero, tan compendiosamente cuanto me sea posible, qué es lo que se entiende por culteranismo, su orígen, desarrollo y efectos en la literatura general española, pues sólo así podrá debidamente apreciarse la influencia que ha ejercido en nuestro suelo.

Á fines del siglo pasado y principios del presente, nuestra lengua y literatura habia llegado á ese grado de perfeccion y grandeza que la historia señala con el nombre de *siglo de oro*, y al cual, segun la condicion á que están sujetas todas las cosas humanas, parecia natural sucediera el período de la declinacion y descenso.

En su principio la decadencia, como en tales casos suele suceder, revistió la forma de una nueva evolucion del espíritu humano; presentándose bajo dos principales fases de halagüeño y deslumbrador aspecto, el conceptismo y el culteranismo; siendo tambien dos ingénios ilustres, Ledesma y Góngora, los encargados de iniciar y dirigir aquel movimiento de la actividad literaria lanzada sin freno en los espacios de lo desconocido.

Largo tiempo ántes los gérmenes del conceptismo venian desarrollándose bajo el manto de un misticismo peligroso, que al fin habia de resolverse en reprobados absurdos y repugnantes quimeras. Desde el año primero del siglo décimo séptimo, el P. Alonso de Ledesma comenzó á difundir diversas colecciones de poesía religiosa, en que si bien la naturalidad y sencillez (tan esenciales en todo género de buena composicion), se proscribian desdeñosamente, sin embargo, por la novedad, extrañeza y singular galanura con que presentaba los afectos é ideas, seducia y cautivaba lo mismo á los doctos que á las gentes iliteratas, logrando conseguir de este modo, que una multitud de discípulos y admiradores, siguiendo su ejemplo é inspiraciones, elevasen bien pronto el nuevo gusto, sistema ó como quiera llamársele á la categoría de escuela.

Góngora escogió diverso campo y horizonte en donde explayar su exuberante imaginacion y gallarda fantasía; frases nuevas, giros violentos y desacostumbrados, un diluvio de imágenes y figuras, una multitud de alusiones mitológicas presentadas á manera de acertijos, fueron las galas y atavíos principales de aquesta nueva forma de elocucion que llamaron culteranismo, por cuyas encrespadas y tenebrosas sinuosidades es tan difícil, cuando no imposible, penetrar, áun con la ayuda de oficiosos y sagaces comentadores.

Inútil creo, por ser de todos harto conocidos, analizar el progreso y desarrollo que rápidamente han alcanzado el conceptismo y culteranismo, favorecidos

y alentados en primer término por la novedad y pedantería, por el discreteo cortesano y la frivolidad de los poetas frusleros, y más que todo por el desapoderado arrojo de los versistas y copleros que, alardeando de picaños y donairosos, emplean como principal arma y recurso el abuso de las figuras de diccion, y en especial el retruécano y el equívoco. Al fin, una y otra secta y sus múltiples variedades y manifestaciones, se van hermanando y confundiendo en nuestros dias, merced á esas misteriosas afinidades que enlazan y ligan, así en el mundo moral como en el material, á todo linaje de extravíos.

Vosotros sabeis cuán graves polémicas se suscitaron en pró y en contra de la nueva escuela; Lope y Góngora, Cascales y Angulo, Quevedo y Andrés de Ustarroz, Jáuregui y tantos otros, en el libro y en el folleto, en el teatro y en la academia, se abrieron palenques donde cada campeon expuso con valentía, y muchas veces con destemplada acritud, sus propias apreciaciones. A la prosa le cupo la misma suerte que á la poesía; Céspedes introdujo en la novela y en la historia el culteranismo, y los PP. Florencia y Paravicino en la tribuna.

En Aragon la nueva escuela ha tenido y tiene prosélitos numerosos y de gran valía. Pellicer, Felices de Cáceres y D. Juan de Moncayo, aumentaron la brillante falange de los secuaces de Góngora; pero frente á ellos y á su escuela, Bartolomé Leonardo, con el ejemplo y la doctrina, mantuvo incólume la enseña del clasicismo, girando en torno suyo una pléyade de ilustres vates, que cual satélites de este

grande astro, recibian de su génio constantemente las más puras irradiaciones. Todos vosotros conoceis hasta qué punto el arcediano Campi, Fr. Gerónimo de San José y el canónigo Martin Miguel Navarro, acertaron á seguir las huellas de su maestro.

Verdad es, que el P. Baltasar Gracian, no contento con escribir acabados modelos en su género de la prosa culterana, ha osado atribuirse la autoridad de legislador de las nuevas sectas, pretendiendo reducirlas á reglas y principios fijos; (1) pero tambien lo es, que cuando todos los talentos, aun los más esclarecidos, se doblegaban á la fuerza avasalladora é irresistible de las corrientes del culteranismo, un poeta aragonés le hacia blanco de sus sátiras; (2) vários escritores, y

(1) *Agudeza y arte de ingénio.* Huesca, J. Nogués, 1648, 4.°

(2) Dentro sus laberintos no hay perfeta
Frasi, ni traslacion, y cada verso
A consultar comentos nos sujeta.
¿Quién sufrirá un estilo tan diverso
Del natural, y sin indicio alguno
Del lenguaje español corriente y terso?
Y quién de su leccion no sale ayuno
Por causa de encerrar cada vocablo
Grande misterio en sí y todos ninguno?
Yo Fabio, en nuestra lengua escribo y hablo,
Y antes que el nuevo idioma, esperaría
Sin resistencia el golpe de un venablo.
La ingeniosa ignorancia se desvía
De aquella claridad que en grande ornato
Conserva la sublime poesía.
. . . .
. . . .
Ninguno á estilo oscuro se condene
Con pretesto de que es propio del sábio,
Que al sábio, el grave y claro le conviene...»

Carta en respuesta á la de un caballero que le escribia de la poesía y estilo oscuro. *Poesías de Martin M. Navarro*, 1781, 8.°, (pág. 75).

entre ellos una ilustre señora, (1) escribian y publicaban diversas obras en lenguaje puro y castizo; el Padre Tomás Ramon le condenaba de la manera más inexorable, (2) y finalmente, otro ingénio dulce y ameno, Fr. Gerónimo de San José, sin incurrir en exajeraciones extremadas, (3) se atrevía á formular contra él la censura más acabada y completa. (4)

Forzoso es, sin embargo, reconocer la influencia omnímoda que ejerce actualmente el culteranismo entre nuestros literatos. Pero ¿cómo era posible que Aragon se aislara del movimiento general de la cultura española, y que entronizado el nuevo gusto, dejara de prestar homenaje al incontrastable poder de la opinion pública? Lo hicieron Lope, Tirso, Jáu-

(1) La condesa de Aranda doña Luisa de Padilla.

(2) *Nueva premática de reformacion contra los abusos, etc.* Zaragoza, Diego Dormer, 1635, 8.° «Del lenguaje culto y su mal uso;» pág. 319 y siguientes.

(3) Si es lícita y en qué manera la novedad de estilo y lenguaje.— Digo, pues, que así como no se debe loar cualquier extrañeza de lenguaje, tampoco se deben condenar todas á bulto, porque unas pasan á exceso y ese es reprensible; otras se quedan en grandeza y ésta es loable. *Génio de la Historia.* Segunda parte. Cap. III.

(4) Tampoco puedo venir en la intolerable oscuridad de algunos cuyas palabras dijera el agudo bilbilitano que no las pudiera entender el mismo Modesto (debió ser algun gran entendedor), y que era alcanzar su sentido, ser, no lector, sino adivino. Este es hoy uno de los vicios en que más peca nuestra lengua, entre los que se precian de saberla y florearla, siendo así, que ántes es ignorarle su dignidad y oscurecer su lucimiento. No se tiene ya entre los tales, por cláusula elegante, sino la que se dice de manera que en muchas horas el más atento no la pueda entender. Una metáfora sobre otra metáfora, y en cada palabra diez figuras, y en cada figura quince alegorías y alusiones, que el mismo á quien esta oscuridad afectada costó muchísimo estudio y desvelo, despues de escrito no lo entiende, ni sabe lo que quiso decir «Ut supra:» Segunda parte. Cap. VI.

regui; yo tambien, señores, le tengo ofrecido mi pobre tributo. Despues de todo, en gloria de nuestra patria redunda haber producido tan insignes varones, así en el apogeo como en la decadencia. Antes de terminar debo manifestaros, cuánto os agradezco las pruebas de deferente atencion con que me habeis oido; ya sabeis cuán imposible me ha sido evitaros la molestia que con mis desaliñadas frases, sin duda os habré causado; mas, dispensadme en gracia de la persona que las motiva.»

Aquí cesó de hablar el bueno del Marqués, recibiendo los plácemes más ó ménos sinceros de los circunstantes, algunos de los cuales, sintieron no se hubiera detenido más en diluir ciertos puntos que tan solamente habia indicado; con esto se prolongó la sesion algun tanto, promoviéndose diversos incidentes más ó ménos relacionados con la tésis tan someramente tratada por el disertante, que ante todo era partidario acérrimo de la brevedad.

Al cabo de más de una hora y dándose la materia por suficientemente discutida, se levantó Lastanosa anunciando habia terminado la sesion; entónces el Conde de Andrade invitó á todos los académicos, para un banquete que en honor del Presidente honorario de aquel dia, tendria lugar el próximo de nuestra Excelsa Patrona, al que todos prometieron su asistencia; y repitiendo Lastanosa las gracias por las honras y favores con que le distinguian, se disolvió la reunion, disponiéndose nuestros conocidos para asistir á cierta comedia del autor de las *Navidades de Zaragoza.*

CAPÍTULO III.

LA CELDA DE FRAY GERÓNIMO.

Érase el dia 18 de Octubre de 1654. En una desmantelada celda del convento de San José de Zaragoza, á la mortecina y apagada luz que daba paso una angosta ventana, se percibia tendido en una cama miserable el exánime cadáver de Fr. Gerónimo de San José, y junto á él, de rodillas, su sobrino D. Jorge Ezquerra de Rozas, baron de Cifala, que pocos momentos ántes habia llegado á tiempo de recoger todavía su último suspiro, y en cuyas mejillas se notaban las huellas de recientes lágrimas. Con los brazos cruzados y el rostro entristecido contemplaban esta escena, no léjos, dos venerables religiosos, guardian del convento el uno, y confesor y amigo del muerto el otro, anciano austero y de resignado aspecto: en último término, y como complemento de este lúgubre cuadro, nuestros conocidos el Marqués de Torres y Lastanosa, permanecian inmóviles y si-

lenciosos, con el semblante velado por las sombrías tintas del desconsuelo.—Hé aquí los terribles contrastes de la vida, exclamó Lastanosa, dirigiéndose á su compañero: tres años há, que en una tarde placentera, cuyo recuerdo jamás se borrará de mi alma, discurriendo en mis jardines sobre diversas agradables materias, en compañía de Ustarroz y de Salinas, vino á recaer nuestra conversacion sobre la vida y obras del hombre admirable, cuyo cadáver contemplamos: nuestro amable Cronista fué el encargado, á excitacion mia, de darnos á conocer en pocas palabras su biografía, y con haberla dejado tan adelantada, y con haber sido tan breve el plazo trascurrido desde entónces, sin embargo, ya no le será posible terminarla: (1) ¡Elocuente espectáculo de nuestras vicisitudes!

—Hermano, contestó el guardian, que merced al profundo silencio que allí reinaba, habia escuchado sus reflexiones; Fr. Gerónimo ha muerto, es verdad; pero su muerte ha sido un dulce y para él anhelado tránsito. Envidiémosle más bien, pues que al terminar su peregrinaje, tales ejemplos nos deja que imitar, ya en sus obras que le dan la fama en este mundo, ya en sus virtudes que le hacen merecedor de la gloria de la otra vida; nuestros amigos, es verdad, nos abandonan, les consagramos á su partida una lágrima; pero, ¿por qué no pensar que nos esperan *allá* con alegría?—Padre guardian, replicó Lastanosa, los consuelos de V. P. pueden mitigar el dolor,

(1) Téngase presente que el cronista Andrés le habia precedido en el sepulcro un año ántes, muriendo el dia 18 de Agosto de 1653.

pero no llenar el vacío que produce la pérdida de personas tan queridas.

En este momento, el otro religioso, que habia quedado sólo, se aproximó al grupo que el guardian y nuestros conocidos formaban, suplicándoles le ayudasen á separar al Baron de junto al cadáver de su tio, abreviando aquella ruda y estéril escena.

Tanto Lastanosa, como el Marqués, se acercaron á Ezquerra con este intento, logrando al fin arrancarle del lecho mortuorio, y llevándole consigo, le prodigaron las más delicadas atenciones.

Entónces el guardian llamó á dos hermanos legos, encargándoles vistiesen el cadáver para conducirlo á la iglesia del convento; y en tanto ellos se ocupaban en llenar tan triste deber, recogió cuidadosamente todos los papeles y manuscritos de Fr. Gerónimo que estaban colocados en una pobre mesa; y formando con ellos un precioso lio, los depositó en el lugar preferente y más seguro de la biblioteca del convento. El dia inmediato, el cuerpo de Fr. Gerónimo, despues de ser objeto de las *honras* acostumbradas, fué conducido al panteon de la comunidad, confundiéndose desde entónces para siempre, entre los repugnantes despojos de la muerte.

ANAGRAMMA. (1)

Ferdinandus Ezquerra et Rojas, (2) Decertas, sudas, juri quærens antra, Aliud.

Martinus Ferdinandus Ezquerra et Rojas. Necesitate juri quærendus et amandus.

AL DESENGAÑO.

I.

Ya los umbrales de tu excelso templo
Humilde adoro, dulce desengaño,
Y con la ofrenda de mis ojos baño
Tus sacras aras, do mi bien contemplo.

(1) Las poesías que comprende esta coleccion, en su mayor parte inéditas, están tomadas de dos códices de la Biblioteca Nacional, marcados con las signaturas M.-3 y M.-7: ó sea, tomos III y VII de la importante coleccion denominada *Parnaso Español:* el primero, que es un volúmen en cuarto de 337 fólios, solo contiene poesías de este autor; pero en el segundo, únicamente son suyas las que se hallan desde la página 222 á la 231, y desde la 237 á la 252.

(2) Las personas á quienes este soneto va dedicado, pertenecieron indudablemente á la familia de nuestro autor, mas de una manera clara no sabemos si fueron hermanos suyos ó tuvieron otra relacion de parentesco.

En ellas cuelgo mi cadena, ejemplo
De la tiranía, furia del engaño,
Cuyo dolor, efecto de su daño,
Con segura memoria alegre templo.
Aquí ya libre de fortuna, en tanto
Que el mar se empiria hasta el planeta rubio,
Veré anegar confusamente el suelo.
Seré Dencalīon de este diluvio
Y en esta cumbre ¡oh desengaño santo!
Vezino estaré de él, si ella no es cielo.

II.

PERSEVERANCIA.

En los trances se prueba y acrisola
Gerardo, la virtud, cuando ya roto
En la borrasca súbita, el piloto
Lucha tenaz con una y otra ola;
Cuando abollado arnés, celada y gola,
Entre el confuso bélico alboroto,
El corazon intrépido y devoto,
A su Dios y á su Rey su fé enarbola.
Ociosa el arte es y la experiencia
Cuando corriendo soplos de bonanza,
Duerme el valor y agravia su excelencia.
Aquel encumbra al cielo su alabanza
Que prueba en los trabajos su paciencia,
Luchando entre el temor y la esperanza.

III.

Vita nostra vapor admodicum parens.

Al trasmontar del sol, su luz dorada,
Cogió de unos fantásticos bosquejos
La tabla, y al matíz de sus reflejos,
Dejóla de colores variada.
Aquí sobre morado cairelada
Arden las finbras de oro, en varios léjos,
Acullá reverbera en sus espejos
La nube de los rayos retocada;
Suben por otra parte, en penachera
De oro, verde y azul, volantes puros,
Tornasolando visos y arreboles;
Mas ¡oh breve y fantástica quimera!
Pónese el sol, y quedan luego oscuros
Los vaporcillos, que eran otros soles.

IV.

Hic et nunc.

Si aquí y agora no, ¿cuándo y adónde
Me he de entregar á Dios enteramente?
¿Cuándo le he de servir perféctamente?
¿Cuándo este *cuándo*, dónde está este *dónde*?
Aquí y agora, ¡oh alma! te responde
El cielo en esta accion, y ahora presente;
Aquesta es la sazon más conveniente
Si á tu deseo el brio corresponde.

Los grandes generosos pensamientos
Heróicos brios y deseos altos
Del alma que á grandezas se mejora;
Los designios, propósitos, intentos,
Todos ellos son falsos, ó son faltos,
Si no los ejecuta *aquí* y *agora.*

V.

¿Ubi et quomodo, Deus meus?

Dónde y cómo, Señor, quieres que asista?
Díme el dónde, que allí será mi centro;
Fuera del cual, no hay paz, todo es encuentro:
Dentro del cual, no hay guerra ni conquista.
Díme tambien el cómo, en que consista,
La vida de mis obras, fuera y dentro;
Que así, seguro en las batallas entro
Armado de tu gusto y de tu vista.
Viva yo, pues, Señor, donde tú quieres,
Obre yo, pues, Señor, como tú gustas,
Obras de grande ó de pequeño tomo;
Que si tú el dónde y cómo de ellas fueres,
No envidio en las más grandes y robustas
Del serafin más alto, el *dónde* y *cómo.*

VI.

Æterni cruciatus horror incomparabilis.

En una noche, que tras ser de invierno,
La fuerza del dolor hizo más larga,
Miéntras su furia un crudo humor descarga
Del órgano más noble hasta el más tierno,

Dije fuera de mí: si en el infierno
La pena es tan cruél, fiera y amarga,
¿Para qué su tormento más se alarga?
Bástale un hora para ser eterno;
Pero riéndose á mi queja al punto
Me respondió la fé: ¿qué tiene ¡oh ciego!
Que ver, con la verdad, la vana sombra?
Yo vuelto en mí, ¡ay triste! dije luego,
Que aún por este tormento, no barrunto
Aquel, y su memoria no me asombra.

VII.

Ecce nubes lúcida.

Cogió una tarde Febo su pincel
Y sobre el lienzo de una nube añil,
Tirando líneas de oro entre marfil,
Dejóla tan hermosa como él.
La nieve del jazmin entre el clavel
Ardiendo burla del pintado Abril,
Sobre dorado azul, colores mil
Varían un vellon de hermosa piel;
Perfila los estremos de cristal
Con el oro apurado en su crisol,
Soplando el manto en variedad igual:
Si esto en las nubes causa el arrebol
De aqueste sol visible y material,
¿Qué hará en las almas el divino *Sol?*

VIII.

INVOCACION AL SUEÑO. [1]

Imágen de la vida y de la muerte
(Que vida y muerte son un breve sueño),
Treguas de paz al riguroso ceño
De la más infeliz y dura suerte.
Pues en tí su rigor el arco fuerte
Afloja, y calma el combatido leño,
Recíbeme en tu paz, en cuyo empeño
Mi guerra entrego, hasta que en paz despierte.
Ya que otro bien no ofreces, sueño amigo,
Sino privar del mal, y eres figura
Del no ser (privacion del todo extrema),
No me niegues el seno de tu abrigo,
Donde hallando su fin mi desventura,
Ni más miseria, ni mayor, la tema.

IX.

RESIGNACION.

Señor, pues eres manso, pío y justo,
Vuelve los ojos al ardiente celo
Con que tu gloria busco, y en el suelo,
Sola tu voluntad, solo tu gusto.

(1) Este soneto, que despues encontraremos repetido en la *Egloga*, así como otros vários, no deja de tener en su pensamiento relacion íntima con el *Himno*, dirigido tambien al *Sueño*, del Sr. D. Alberto Lista.

No quiero yo, mi Dios, con tu disgusto,
Consuelo, paz, descanso, gloria, ó cielo,
Que todo mi descanso y mi consuelo,
Es solo obedecer tu imperio augusto:
Si gustas de que solo en esta sierra
Habite, tú serás mi compañía,
Y tú mi paz, si en medio de la guerra:
En las tristezas hallaré alegría,
En las penas, alivio, si en la tierra,
Solo tu voluntad fuere la mía.

X.

Victrix pudicitia.

A la ninfa que yace en casto lecho,
Lascivo jóven solo, armado y ciego,
Se atreve descortés, y añade al ruego,
Punta cruél que rasga el blanco pecho.
Constante, sola y pura, en tal estrecho
La vírgen varonil, helada al fuego,
La llama apaga en su sangriento riego,
Y á Dios consagra el virginal derecho.
¡Oh ninfa! á quien la sangre derramada
Que á otras acusa y mancha, á tí hermosea
Con más hermoso lustre que en las venas;
Vence, vence de amor en la pelea,
Serás del amor mismo coronada,
Con guirnalda de rosas y azucenas.

XI.

Ex saturitate desiderius.

Si es este, pan de cada dia y nuestro,
¿Por qué me le negais ni un solo dia,
Padre, dejando hambrienta el alma mia,
Flaca y débil, sujeta á un mal siniestro?
Dejais morir de hambre á un hijo vuestro,
Y el pan en vuestras manos, ¿quién lo haría
Aunque fuese un cruél de Berbería?
No, Padre; no, Pastor; no, buen Maestro.
¿Es bueno que se diga que en el suelo
Hay quien desea á Dios; y Dios esquivo
Se le niega; y el hombre de él se queja?
A vuestro tribunal, Señor, apelo,
Que deseando hartarme de Dios vivo,
Vuestro ministro, ni áun comer me deja.

XII.

Spe erigendus animus.

Ya no puedo cantar como solia
¡Ay Dios! cuando en mis brazos y en mi pecho
Con tierno amor en lágrimas deshecho,
A Dios toda mi gloria poseia.
¡Cómo pasó aquel tiempo, y aquel dia
Cómo se fué tan presto á mi despecho!
¡Ay Dios! ¿si volverá? ¿si con provecho
Podrá esperar su luz el alma mia?

¿Si ha de acabarse? si esta larga ausencia
Término há de tener? si en tu desgracia
Vivo ó muero? mi Dios; si he de aplacarte?
Mas, ¿para qué me aflijo? en tu clemencia
Espero ¡oh dulce amor! que con tu gracia,
Te he de buscar y eternamente hallarte.

XIII.

Non ex gaudio meritus sed ex merito gaudius.

No está en el gozo, no, el merecimiento,
Sino en el padecer con fortaleza;
Y cuando en esto hay gozo, en la firmeza
Del mismo padecer, no en el contento;
Su premio tiene el gozo, si con tiento
Se toma y como debe se endereza;
Mas del merecimiento la riqueza
La encierra un amoroso sufrimiento.
Síguese al padecer con brío, el gozo,
Fruto de la victoria y propio efecto
De aquel fervor que á padecer se ordena;
Indicio es y no causa el alborozo
Del mérito, mas siempre nuestro afecto,
Busca su gozo aun en la misma pena.

XIV.

Á D. LORENZO RAMIREZ DE PRADO. (1)

Memento homo, etc.

Lauro, si en esas místicas pavesas
Con que ayer te intimaron un *memento*
Los ojos pones del entendimiento,
Verás lo que en su símbolo confiesas.
De la llama ondeadas tal vez esas
Que arden purpúreas en el fuego lento,
Cesa la llama, y vuelven al momento
A ser cenizas débiles mal presas.
¡Oh pavesa mortal llamareada
Que agora vanamente purpureas!
¡Cuán presto quedarás sin luz y helada!
Mas tú mi Lauro si acertar deseas,
Cuando así más arder vieres tu nada,
Solo á su polvo, no á la llama creas.

XV.

Momentis vitæ.

Abre con flores el Abril gallardo
La tierra coronada de guirnaldas,
Vístese el suelo alegre de esmeraldas,
Y el cielo se desnuda el sayo pardo.

(1) Fué D. Lorenzo Ramirez de Prado grande amigo y admirador de Fr. Gerónimo, quien le dedicó un folleto titulado: *Vaticinio de la partida de D. Lorenzo Ramirez de Prado del Real Consejo de Indias:* con ocasion de haber sido nombrado embajador de Felipe III cerca del rey de Francia Luis XIII.

Arde el estío, y entre inútil cardo,
Llena de espigas las avaras faldas,
Otoño, de racimos las espaldas,
Tras él, de hielos, el invierno tardo;
Vuelve otra vez la fresca primavera,
Y otra vez el estío y el otoño,
Y el invierno tras él se lanza en casa:
¡Oh, rueda temporal! ¡oh edad ligera!
¡Oh milicia soñada, qué visoño
Se alegra ó teme, en lo que así se pasa!

XVI.

Infelix ego, ¿quis me liberabit de corpore mortis hujus?

¡Triste infeliz de mi! ¿quién, oh Dios mio,
Me librará del cuerpo de esta muerte?
¿Quién del lazo cruel, del yugo fuerte
Con que oprimido gime el albedrío?
¡Ay Dios! ¿y quién podrá del desvarío
Con que á su ley la carne me convierte
Ponerme en libertad, y á mejor suerte
Reducir su pasion, domar su brio?
Mas quién ha de poder, sino la gracia
De Dios, por Jesucristo merecida,
Por Jesucristo dada en eficacia;
Cese, pues, tu dolor, alma afligida,
Cese el temor, pues cesa la desgracia,
Y en tí, mi Dios, espere agradecida.

XVII.

Deus meus et omnia.

¿Qué buscas, alma, fuera de tu esposo,
En quien está la suma de los bienes?
Si amor, mira por tí su rostro y sienes,
Piés, manos, y costado lastimoso;
Si gustos, es dulcísimo reposo;
Si riquezas, en la suya te mantienes;
Si gracia y perfeccion, aquí lo tienes,
Gallardo, fuerte, noble, sábio, hermoso.
¿Qué buscas, alma, pues? alma, qué buscas?
Fuera de aqueste amor, qué amores quieres?
¿Por qué ya no te abrasas en sus llamas?
Si no amas esta luz, tu luz ofuscas,
Si no amas esta vida, en vida mueres,
Y si no amas á Dios, alma, ¿qué amas?

XVIII.

Non sibi credendum.

Si entre mis brazos, si en mis manos veo
(Decia un tiempo yo) mi bien eterno,
¿Qué haré? ¿qué sentiré si agora tierno
No me puedo valer con mi deseo?
Llegó este tiempo ya; ya le poseo:
Mas ¡ay dolor! que sin afecto interno,
Está mi corazon hecho un infierno,
Y en las manos el Dios que adoro y creo;

Mírole, y admirado de mí mismo
Me pregunto, si soy el que algun dia,
Si es este el bien de mí tan deseado.
¡Oh, miserable condicion, oh abismo
De miserias humanas, en que fia,
Quien en su devocion está fiado!

XIX.

Fallax gratia et vana pulchritudo.

Esta que los purpúreos labios bellos
Hoy desplegó, para reirse al alba,
Prestándole arrebol á su luz alba,
Fragancia al viento que respira en ella,
Herida ya de la mayor centella
De Febo, su color apenas salva,
Y el que, al nacer, se le rió en su salva,
Triste al morir, sus carmesíes huella.
¡Cuán poco, oh rosa de la vida humana
Dura tu flor! pues cuando nace muere,
Y el sol que la hermosea la marchita;
Busca otro prado y aura soberana,
Donde más sana el *Sol* cuanto más hiere,
Y dá hermosura eterna é infinita.

XX.

Post tenebras, lux.

Aquella luz divina, hermosa y pura,
Que amaneció con íntimo consuelo
A la interior region de mi desvelo,
Que envuelta estaba en hórrida figura,

Creció, y el sol en medio de su altura
Lució, ilustró, abrasó hasta el bajo suelo,
Pero fué declinando, y hasta el cielo
Vino á quedarse envuelto en noche obscura.
En esta obscura noche sepultado
Este hemisferio mio á ver espera
Segunda vez la luz de su alegría;
Que si la variedad de nuestro estado
Pide que al dia siga noche fiera,
Tambien que tras la noche, siga el dia.

XXI.

Phebo gaudet Parnasia rupes.

(Contra los criticos).

Amó Fabio la luz, la inaccesible
Adoró en tenebrosa reverencia
Cuando el objeto excede á la potencia,
Y ella, no él, tiniebla es invisible.
Así esplendor solar se infunde horrible
En trépida pupila y su presencia,
Obscura, es luz de cándida influencia;
Luciente, es niebla de fulgor terrible.
Esta tiniebla Fabio, donde envuelta
Hallo la luz, por mia la tolero;
Por lo que encierra la venero y amo:
Pero tiniebla tal que desenvuelta
Toda es obscuridad, toda horror fiero,
Como á inútil y ajena la desamo.

XXII.

Deo innitendus, non sibi.

Yo dije un tiempo (estando en la abundancia
De mi prosperidad), como imprudente:
Ya no me he de mover eternamente,
Siempre en el bien he de tener constancia.
Volvió su rostro aquel, que la arrogancia
Castiga con ausencia dignamente,
Y al momento quedé ciego, impaciente,
Pobre, turbado y lleno de inconstancia.
¡Cuál es el hombre con su Dios unido,
En quien está la suma de los bienes,
Y cuál cuando de Dios es dividido!
Si alguna vez á poseerlo vienes,
Lo entenderás, y habiéndolo perdido,
Entenderás tambien lo que en tí tienes.

XXIII.

Á UN PREDICADOR SIN OBRAS.

Dissonans moribus doctrina.

¿Cómo exhortas con tanto señorío
Y con tan libre voz ¡oh gran Macario!
Al rigor, á tu vida tan contrario?
Dílo, asi Dios te temple aquese brio.
Crece Gerardo, y se acrecienta el mio
Con lo que en otros mengua de ordinario,
Que faltando el ejemplo, es necesario
Llenar con voces todo aquel vacío.

Esto es posible ¡oh Pablo! ¡oh gran Benito!
¡Gerónimo, Agustino, Bruno, Elías,
Francisco, tú, y Domingo, vivos rayos!
Si el exhortar consiste en solo el grito,
Los púlpitos llenad y prelacías
De pregoneros y de papagayos.

XXIV.

Quem diligit, flagellat.

Herido de un dolor agudo y fuerte,
Tal que con ser, no en toda la cabeza,
Me tuvo todo el cuerpo una gran pieza,
A sus piés, y en las manos de la muerte,
Dije vuelto á mi Dios: si de esta suerte
Te agrado á tí Señor, de nuevo empieza,
Venga mayor dolor y fortaleza
Que el mal agrave y el dolor despierte.
Apénas hube dicho aquesto, cuando
Nuevo dolor, nuevo leon que brama
Haciéndome bramar sobre mí viene;
De dó colijo, que pues Dios nos ama
Y á ruegos tales condesciende blando,
Sin duda que el trabajo nos conviene.

XXV.

Ut colligit, visitat.

Yo dije un tiempo, viendo, bien que indigno,
Por virtud del augusto Sacramento
Mejorada mi alma en un momento:
Si he de ser bueno, aqueste es el camino.

Verdad sin duda dije, y de contino
Esta verdad conozco, pruebo y siento,
Tan cierto de ella, cuanto descontento
Del poco acierto de mi desatino.
Al paso que con ojos de fé viva
Adoro este misterio soberano,
Vive mi alma y vuela por el cielo:
Mas ¡ay dolor! que tal vez aunque viva
La fé, por no avivarla, vive en vano;
Porque vive muriendo en torpe hielo.

XXVI.

Contemplatio vitæ præponenda.

Para que cese el mal (dice áun doliente
Su Hipócrates), cesar debe el discurso
Que impide del remedio el fácil curso,
Y aflige al cuerpo el meditar frecuente.
Es al vital espíritu inclemente
De muchos animales el concurso,
Porque disipan estos el recurso
Que hallan aquellos en la sangre hirviente.
¡Oh Hipócrates! si tal es nuestra cura,
Que el discurso la impida sin molestia,
Brutos curad y alcanzareis gran nombre;
Yo no quiero una cura, que es locura;
Más quiero discurrir y morir hombre,
Que sin discurso un punto vivir bestia.

XXVII.

Sequere Deum.

Aun sin haber milagro alguno visto
El pescador del charco galileo,
Dejando con las redes el deseo
A la primera voz vá en pos de Cristo.
Yo que en su templo y á su altar asisto
Y mil milagros cada dia veo,
La red de mis engaños me poseo
Y á la divina voz infiel resisto.
No de la gloria el premio, no el terrible
Juicio futuro ó pena comenzada,
Solo una voz al pescador enfrena;
Y á mí, ni del abismo el son horrible,
Ni el dulce canto de la patria amada,
Me pueden desatar de mi cadena.

XXVIII.

Dum infirmior, fortior.

Bendito seais mil veces, Señor mio,
Que siento ya en el mal algun contento;
Crezca el dolor y crezca el sufrimiento,
Para que yo padezca y tenga brio.
Aquesta calentura y este frio
Humilde á vuestros piés os lo presento,
Suplícoos lo tomeis todo en descuento
De mis pecados como en vos confío.

Bendito Vos seais, que ya padezco
Algo por vuestro amor, el cual os pido
Con el deseo ardiente en que adolezco;
Para que cuando salga de este nido
Mi alma, aunque por mí no lo merezco,
Vuéle al de vuestro pecho, por mí herido.

XXIX.

Creatura clamat Creatorem.

Si de esto que en sí todo lo contiene
Oyes Paulo la viva voz süave,
Verás que todo á Dios alabar sabe
Con ciencia de voz propia, que de Él viene.
Si tus ojos alguna vez detiene
La hermosura, que en esto frágil cabe,
Verás en su concierto que á Dios sabe,
Y á su conocimiento nos previene.
De Dios las maravillas escondidas
Verás aunque invisibles, si ver quieres
Por las visibles que te dan mil voces;
Inescusable, pues, ¡oh Paulo! eres,
Si lo que ellos te acuerdan, tú lo olvidas,
Y no sirves á Dios, pues le conoces.

XXX.

Ex opulento miser.

Yo aquel un tiempo rico y opulento
De paz y luz, consuelo, gozo y gloria,
¡Oh! como la del mundo es transitoria,
Vine á ser hecho polvo en un momento;

Desnudo, pobre, ciego y descontento,
Soy presa y juego, de quien fuí vitoria;
Trocádose me há el oro, en vil escoria,
La luz, en noche, el cántico en lamento.
¡Oh veces de esta vida nunca estable!
Si á la prosperidad sigue miseria,
Y á la miseria próspera abundancia,
La suerte escojo siempre miserable,
Por no dalle á su injuria más materia,
Y estar á pique siempre de ganancia.

XXXI.

Solitudo portus.

¿De qué te espantas, Diego, que al desierto
Sin ser Antonio, Pablo, Juan ó Elías,
Me vaya á digerir melancolías
Huyendo de este mar á un feliz puerto?
El más áspero risco, es ménos yerto;
Las más heladas cumbres, ménos frias;
Las alimañas fieras, son más pías
Que un pecho á la malicia solo abierto.
La fraude, el ambicion y la lisonja,
La mentira, traicion, y la cautela,
Hacen los pueblos ásperas montañas;
¿Qué desierto hallarás como una lonja,
Una plaza, un palacio y una escuela,
Llena de riscos, peñas y alimañas?

XXXII.

Á FABIO AMALFITA, INVENTOR DE LA AGUJA DE MAREAR.

Ad versim unimur.

Su cielo en hemisferios dividido
Deseando ser uno como ántes,
Huye el iman los polos semejantes,
Y por contrarios polos queda unido.
Ingénio de su autor allí escondido,
Que en las extremidades más distintas
Siempre conserva opuestos terminantes,
Con órden en la union no confundido.
Fabio, si alguna vez un mismo todo
Fuiste con Dios, y de Él, por caso alguno
Te dividiste, vuelve á unirte presto;
Para esta union le pide á iman el modo,
Que entónces con tu Dios te harás más uno,
Cuando á Él te conocieras más opuesto.

XXXIII.

Á UN RELIGIOSO SANTO DESCALZO, MOZO,

LLAMADO FR. PRUDENCIO.

Consummatus in brevi, explevit tempora multa.

En tierna edad ¡oh tierna flor! cortada
Para su altar por la divina mano,
Codiciaste su amor ¡oh dulce hermano!
Y fué dél tu hermosura codiciada.

Niñez de canas y valor cargada,
Venerable niñez, que tan temprano
Anticipando al tiempo el seso anciano,
Diste al principio, fin á tu jornada.
Con verdadera y celestial prudencia
Llenaste de tu nombre el gran vacío,
Y alcanzó á la vejez tu adolescencia.
Dichoso tú que humilde, puro y pío,
Alcanzaste una paz y eterna esencia,
Solo en tres años de ferviente brio.

XXXIV.

Á LA MUERTE DEL CAPITAN EZQUERRA DE ROZAS. (1)

Al puerto de la vida (que es la muerte),
Llegaste ¡oh dulce hermano! en Cartagena,
Donde tu embarcacion el cielo ordena
A mejor patria, á más felice suerte;
Pasaste aquel estrecho, á todos fuerte,
Desembarcando en la inmortal arena,
Donde pagado el flete, breve pena
En gozo perdurable se convierte.
Dichoso tú que libre ya y seguro
Del último naufragio, alegre gozas
En un inmenso mar, inmenso puerto.
Triste de mí que en este golfo escuro,
Miéntras en ese, tú, la edad remozas,
Navego del suceso siempre incierto.

(1) Ignoramos de todo punto quién fuese este Capitan, hermano de nuestro poeta.

XXXV.

Á SAN FRANCISCO DE SENA.

Nuestra recreacion nos dá la vida,
Paulo, estos dias todos y recrea,
Con una vida, aunque al principio fea,
Despues hermosa, pura y escogida.
Óigola atento yo, pero escondida
Oigo otra voz adentro que me afea
Mi vida tibia y floja, y expolea
A tomar nuevo aliento en la corrida.
¿No fuí yo como Franco redimido
Para la misma gloria que él criado,
Como él en el Carmelo recibido?
¿No es Dios el mismo que ántes, ó ha mudado
Estilo, ó su piedad ha fenecido?
Pues ¿por qué he de vivir desconfiado?

XXXVI.

NUESTRO SANTO PADRE FR. JUAN DE LA CRUZ.

O nada, ó César, dijo un esforzado,
(Fé de su pensamiento generoso);
O morir, ó vencer, otro animoso;
O morir, ó vivir, un resignado;

Morir ó padecer un denodado,
Valor en femenil sexo brioso;
Hacer y padecer un religioso;
Padecer y callar un humillado.
Cada cual á su intento, su divisa
Sacó, mas en la suya Juan penetra
La perfeccion de un corazon desnudo;
Pati et contemni, dice, con que frisa
Las honras y trabajos, y esta letra,
Orlea de sus hechos el escudo.

XXXVII.

DEL COLEGIO DE BAEZA, DE CARMELITAS DESCALZOS,

AL DE SEGOVIA. (1)

Cuando tu nombre canta y reverencia,
(Admirable colegio), no se admira
De hallarse muda, pues cifrar aspira
Mares, mi pluma, de virtud y ciencia.
Sino, dice, dibuja la excelencia
De las proezas que el ingénio mira,
Besar quiere tu planta y se retira
Admirada de ver tanta prudencia.

(1) Este soneto y el inmediato, que son correlativos, no parece natural fuesen entrambos de Fr. Gerónimo: en este caso no podemos señalar cuál de los dos le pertenece, inclinándonos más bien por el primero.

Y no es mucho que asombres á mi pluma,
Ingénios rindas, robes aficiones,
¡Oh cielo segoviano sin segundo!
Si en el cuerpo de Juan tienes en suma,
Divina piedra, iman de corazones,
De ciencia mar, en la virtud fecundo.

XXXVIII.

RESPUESTA DEL COLEGIO DE SEGOVIA AL DE BAEZA
CON LOS MISMOS CONSONANTES.

El eco de tu nombre reverencia,
Colegio insigne, el nuestro, cuando admira
La voz del cisne, que á emular aspira
La del autor de la apolínea ciencia;
En la de tus alumnos, excelencia,
La humilde esfera de los suyos mira,
Y á su centro prudente se retira,
Que es el ceder al superior, prudencia;
Mas qué mucho que asombres con la pluma
Al que en rendirse justas aficiones
A nadie reconoce por segundo,
Si es de tus glorias nuestro Juan la suma,
Pues te fundó, y en esos corazones,
Un mar fundó, de todo bien fecundo.

XXXIX.

RESPUESTA Á OTRO DE LOS ANDALUCES CON QUIENES HABIA ESTADO. (1)

Por las que truje un tiempo, sola una alma,
Mil en afecto, Betis, que conduces
Por tus elíseos campos andaluces,
Dejé gozando de su dulce calma;
Con las que tú me diste, honrosa palma
Enristro siempre armado de sus luces;
Con la que te dejé, solo produces
Afectos en quien ella se desalma.
Fueran con alma tal, sin duda tales,
Sin vida de tus cisnes los acentos,
Si les faltara bética energía;
Mas no son sino vivos é inmortales,
Pues á tus almas truje y sus alientos,
Allá se quedó todo con la mia.

XL.

Junioris disciplina monachi.

Si con la gravedad, la mansedumbre,
Con la severidad, semblante afable,
Mezclares (mi José), serás amable
Entre la religiosa muchedumbre.

(1) No parece tampoco cosa averiguada, á lo ménos para nosotros, á quién fué dirigido este otro soneto.

Si guardando el decoro á la costumbre,
Con la edad juvenil, la venerable,
Dulcemente juntares, inviolable,
Llegará tu propósito á la cumbre.
Siempre modesto, humilde y obediente,
Encogido, callado y corregible,
Cordero y aun leon de cuando en cuando;
Recatado y honesto sumamente,
A todos grato, á todos apacible,
A pocos familiar, á nadie blando.

XLI.

Sapiens in omnibus metuet. Eccl. 18.

No es lícito creer que es todo engaño,
Ni tampoco que todo es verdad pura,
Cuanto, Fernando, os dice con blandura
El que espera de vos su bien ó daño.
Recelarse de todos es engaño,
Y fiarse de todos gran locura,
Disimular tal vez será cordura,
Y hacerse todo á todos, don extraño.
No puede en esto regla cierta hacerse;
Mas si algo en ello por mis canas valgo,
Tomad de mí consejo en este modo;
Digo que en este caso ha de creerse,
A muchos de estos, nada; á pocos, algo;
á ménos la mitad; á nadie todo.

XLII.

Á UN RELIGIOSO NUEVO.

¡Ola tú! que te abrazas con la cruz
De religion, si quieres tener paz
Con Dios, contigo, y con los hombres, haz
A todos cortesía, á nadie el buz.
Vive á la sombra de tu misma luz,
En las palabras plácido y sagaz,
Siempre encogido, nunca pertinaz,
Y apercíbete un buche de avestruz.
La pluma, vena, manos, arte y voz,
Que son de mil envidias la raiz,
Las más esconde, muéstralas tal vez:
No te podrás librar de alguna coz,
Huye al rincon, y lo demás, féliz
Estima en una cáscara de nuez.

XLIII.

Languet absque opere sermo.

Juntó de sus hijuelos dos ó tres,
Una vez el cangrejo, y hácia atrás,
Les dijo, hijuelos mios, no andeis más,
Que andais solos vosotros al revés.
Harémoslo así, padre; justo es,
Dicen; mas sin ejemplo es por demás;
Enséñanos primero cómo vás,
Y así procuraremos ir despues.

Comienza el padre el agua á dividir
Como ántes, hácia atrás, y ellos en pos
Siguiéndole, comienzan á reir;
Si no podeis, le dicen, padre, vos
Hacer lo que mandais, solo el decir
No nos ayuda, y lo aborrece Dios.

XLIV.

Á UN GORRION DOMESTICADO.

¿Qué no podrá la institucion temprana,
La santa y religiosa compañía,
Si pudo reducir á policía
De un gorrïon la condicion villana?
Desde el primer cañon, de boca humana
Acostumbrado á sustentarse, fia
Su libertad, y tras la noche umbría
Vuelve al reclamo fiel por la mañana.
Siente el halago, y entre muchedumbre,
Doméstico discurre sin recelo,
Con alillas y pico alborozado;
No se vió en ave tal, tal mansedumbre;
¿Pero qué mucho si ella en el Carmelo
Tuvo su educacion y noviciado?

XLV.

Languent á capite membra.

Si eres, aunque cabeza, corrompida,
Sujeta á varios lúcidos y humores,
Y se te suben luego los vapores
De la sospecha no bien dijerida:
Si en vez de luz, consuelo, esfuerzo y vida,
Influyes en los miembros inferiores,
Desmayo, flojedad, tiniebla, errores,
Malicia, ya en costumbre convertida;
¡De qué te espantas! si ellos contra el órden
Que pide la comun naturaleza
Te arrojan de sus hombros infelices!
¡De qué preguntar de ese gran desórden
Con que á sí mismos matan! Muy bien dices,
Si no pudiera haber otra cabeza.

XLVI.

FRAGILIDAD DE LA VIDA.

¡Ay gloria vana, vana, torpe y breve!
Engaño, encanto, burla y fingimiento,
La que estriba en tan débil fundamento,
Como el arena de esta vida leve!
¿Quién á fiar, quién á seguir se atreve
El curso incierto de este inútil viento?
¿Y quién á edificar sobre cimiento
Expuesto á que un vil soplo se lo lleve?

No hay cosa tan rüin, flaca, y liviana,
Que pueda ser ¡oh mundo! tu retrato,
Por más que seas, de las almas dueño;
Pero mirando el curso de tu trato,
Paréceme tu gloria ¡oh vida humana!
Solo un desconcertado y breve sueño.

XLVII.

AL REY FILIPO III

EN LA BEATIFICACION DE SANTA TERESA.

La generosa planta que de Elías
Produjo primer fruto en el Carmelo,
La trasplantó Filipo, el alto celo,
de vuestro Padre en sus entrañas pías.
Allí prendió y creció, y en breves dias,
Trasladada en su tierra al mismo cielo,
La vieron florecer por todo el suelo
Las regiones ardientes y las frias.
Mas hoy con vuestro amparo, aquesta planta
Nos dá á Teresa, en cuyo fruto solo,
Excede la experiencia á la memoria:
Vuestro Padre fué el Paulo que la planta;
Vos, que así la regais, sois el Apolo,
Y Dios es, el aumento de su gloria.

XLVIII.

AL MISMO POR EL PATRONATO. (1)

—

Entre los rayos de esa misma gloria,
Que si Castilla á Teresa alegre ofrece,
Tambien, Señor, la vuestra resplandece
Con digna emulacion á su memoria.
España, coronada de victoria,
A entrambos sus trïunfos agradece,
Y en una voz á entrambos engrandece,
Haciendo en la del uno al otro historia.
¡Oh gran emulacion! igual empresa,
Si no es la vuestra de mayor renombre,
Patron de la Patrona, honor preclaro;
Filipo, ved si haceis más que Teresa,
Que ella dá amparo á un Reino, gloria á un hombre,
Vos á una Santa, gloria, á un Reino amparo.

(1) Uno de los asuntos que más se debatieron á mediados del siglo XVII.° en España, terciando en él hombres muy distinguidos, fué declarar ó nó á Santa Teresa de Jesús, Patrona de las Españas; sin embargo, hasta las Córtes de Cádiz no se resolvió de una manera favorable á la Santa.

XLIX.

Á DON PEDRO DE SILVA,

MOZO DE 16 AÑOS Y DE RARO INGÉNIO, HIJO DEL MARQUÉS DE MONTEMAYOR.

El alto ingénio y vária inteligencia
Superior á tus años ¡oh Petronio!
Que en explendor de sangre y patrimonio,
Te adquieren no vulgar benevolencia,
¿De qué te servirán, si la conciencia
No apercibe á tu gloria el testimonio,
Aunque en fortuna al noble Macedonio
Excedas, y á su gran maestro en ciencia?
¿Qué le aprovecha al hombre si adquiriere
Del mundo la riqueza y ciencia suma,
Y el alma para siempre al fin perdiere?
Dichoso aquel que de su bien la suma,
Solo en salvarse próvido pusiere,
Que todo lo demás, es leve espuma.

L.

AL CONDE DE HUMANES Y Á SU HISTORIA ECLESIÁSTICA.

Conde, la dignidad de vuestra historia
A que aspira el ardor de vuestro celo,
No solo pide al ánimo desvelo,
Sino piadosa en Dios fija memoria.

LIII.

A D. FERNANDO EZQUERRA, SOBRE PRETENSION. (1)

Mihi vindicta.

No eres tú solo, ni el mayor agravio
El que padeces ¡oh Fernando mio!
En esa tu repulsa; que el desvío
Á otro excluye más digno, justo y sábio.
Es ofendido Dios, y sella el lábio
Pudiendo desplegarle ardiendo en brio,
Y tú de fuerza y méritos vacío
No esperarás en él tu desagravio?
Á entrambos os ofende impío celo,
Cuya maldad, para con Dios inmensa,
Provoca en su castigo á tierra y cielo;
Fernando, si en la injuria de esa ofensa
con Dios padeces, qué mayor consuelo?
Déjale; que á él le toca tu defensa.

(1) El D. Fernando á quien este y el inmediato soneto van dedicados, parece ser su hermano D. Martin Hernando Ezquerra, autor de várias obras de que habla Latassa, (*a*) y que escribió tambien diversas poesías, algunas de las cuales se imprimieron en certámenes de aquel tiempo v. g. en los de la *Beatificacion* y *Canonizacion* de Santa Teresa y en el de la *Traslacion* de una reliquia de San Ramon Nonat: (*b*) tambien se encuentran en estos, composiciones á nombre de un Jorge Ezquerra de Rozas y de un Jorge José Ezquerra, que es probable fuesen indivíduos de su familia, y áun el último la persona á quien vá dirigido el soneto número 40.

(*a*) *Biblioteca Nueva*, tomo III.
(*b*) Zaragoza. Juan de Lanaja, 1615, 4.º—Id. Diego de Latorre, 1623, 8.º—Id. Juan de Lanaja, 1618, 4.º

LIV.

AL MISMO D. FERNANDO SIENDO CONSEJERO.

Dulcis, et Rectus Dominus. Psal.

Dulce y recto el Señor, dice el profeta,
Por eso dará ley al delincuente;
Vos, Fernando, sed dulce rectamente
Si quereis observar su ley perfeta.
Odio, codicia, amor, no os acometa;
Tal entereza luzca en vuestra frente;
Que al juez que le acomete fácilmente
Le vence, ó le perturba, ó le inquïeta.
Primero se corona de dulzura,
Luego de rectitud, con que señala
El Juez universal, un juez perfecto;
Vos, Fernando, seguid esta censura,
Y sobre el tribunal de vuestra sala
Cifrad con letras de oro; *dulce* y *recto*.

LV.

A UN HISTORIADOR NUEVO.

Digna si quieres escribir historia,
El asunto y las fuerzas examina,
Y armado de verdad y de doctrina,
Á la empresa te apresta y la victoria;

Entre el poeta y orador, su gloria
Tu medio estilo usurpe, y cristalina
Distincion que los tiempos determina,
Dé al método igualdad y luz notoria.
Escrita con severa diligencia
Lima propia y ajena, ni un defecto
Consientan en la obra, que desdiga:
Jamás para salir le des licencia,
Hasta que libre ya del propio afecto,
La mires como ajena y como antiga.

LVI.

Securitas á conscientia.

Cuando se conjurare todo el suelo,
Julio, en tu daño, y el infierno junto,
Si no declinas de tu oficio un punto,
Más freno has menester que no consuelo.
Pero si te deslizas solo un pelo
Y tienes de tus menguas un barrunto,
De buena gana al número te ajunto,
De los que humilla justo el alto cielo.
No es humillar á un hombre, el anegallo
Dios en un mar de angustias, si le ayuda;
Antes es á las nubes ensalzallo:
Solo cuando lo deja sin su ayuda,
En solo un sorbo de agua es ahogallo,
Y entónces, solo, porque á Dios acuda.

LVII.

Duro assuesce magistro.

Si porque ya libelo de repudio,
Brioso diste al mundo, piensas Fabio,
Ser ya en la escuela religiosa sábio,
Como engañada, tu opinion repudio.
Cuando en el aula del sagrado estudio,
A la pregunta del injusto agravio
Respondiere el silencio por el lábio,
Podrá ser que comience tu preludio.
Si el hambre, sed, cansancio, sueño, acaso
Vencer pudieres, y el oculto achaque,
Expuesto á negligente providencia,
Aún no habrás dado, Fabio, el primer paso,
Hasta que de él impróvido te saque
El celo de un prelado sin prudencia.

LVIII.

CASO SUCEDIDO Á UNA DONCELLA HUMILDE
CON UNA PERSONA REAL.

Regina castitas.

Quiso el amor trocar dos corazones
Que el respeto de un cetro dividia,
Para unirlos con dulce tiranía
En lazo igual de ilícitas prisiones;

Mudó, trocando afectos, voz y acciones,
La humildad, en real soberanía,
La majestad suprema, en villanía,
Sujeta al cetro ya de sus pasiones;
Pero al llegar á unir los dos amantes,
Al torpe amor, le resistió el divino
Que en una doncelluela humilde reina;
Quedaron desiguales como ántes,
Trocados cada cuál, por su camino,
Vasallo el rey, y su vasalla, reina.

LIX.

Á NUESTRO SANTO PADRE FR. JUAN DE LA CRUZ.

¡Juan! ¡Juan! ¡óyeme Juan! así tres veces
Tu nombre repitió el Divino acento;
Mas tú, disimulando el sentimiento,
Parece que á sus voces te ensordeces.
¿Qué es esto, Juan? ¿qué es esto? así endureces
El corazon, no á un santo pensamiento,
Sino á una voz y á un tres del llamamiento
De aquel por quien te precias que padeces?
Sí, porque un gran favor, no merecido,
Consigo trae sospecha; y cuando es cierto,
Debe con humildad ser admitido:
A un pobre humilde todo le es incierto,
Y así, en tal caso tiene por partido,
Huir y rehusar, y es lo más cierto.

LX.

AL FAVOR QUE HIZO CRISTO Á NUESTRA SANTA MADRE.

¡Cuán dulce es el amor! ¡cuán tierno el pecho!
¡Cuán liberal! del celestial Esposo,
Franquea sus entrañas dadivoso,
Y aún no queda del todo satisfecho!
En blando amor el corazon deshecho,
Mostrándole á Teresa el cielo hermoso,
Le dice: Por tí sola, en quien reposo,
Criára la hermosura de ese techo.
Qué mucho ¡oh dulce Esposo! que criaras
El cielo por quien otra vez murieras;
Más le diste, que agora le ofrecias.
Mas ¡oh divino Amor! que no reparas,
Sino en cómo abrasar de mil maneras
El alma en cuya llama dulce ardias.

LXI.

Á NUESTRA MADRE SANTA TERESA.

A sus hijuelos á volar provoca
El águila real, y al sol los lleva;
De la fineza de sus ojos prueba,
Miéntras el rayo de su luz los toca.

Ella despues bajando, en una roca,
Para aguzarlo, el corvo pico ceba,
Y en una fuente toda se renueva
Prolongando la edad que el tiempo apoca.
Así la caudal águila, Teresa,
Aprueba la fineza de sus hijos
En la contemplacion del sol que adora;
Y ella en la piedra Cristo, haciendo presa,
Emplea el pico, en quien los ojos fijos,
Bañándose en sus llagas se mejora.

LXII.

Á LA MUERTE DE LA SANTA.

El corazon del Serafin herido,
Del Serafin que con vibrante llama
Divino ardor, dulcísimo, derrama
En el divino espíritu rendido,
No pudiendo sufrir ya el encendido
Deseo de gozar, el bien que ama,
Bate las alas, y en su amor se inflama
Ardiendo el fénix único en su nido:
Rendida al sumo ardor la vital aura,
Deja despojos sacros entre olores,
Y al templo del sol vuela en vida nueva,
Adonde eternamente se restaura;
Y ardiendo entre divinos resplandores,
Nunca envejece, y siempre se renueva.

LXIII.

Á LA ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA.

Con su nido en las uñas, rodeada
De lijero escuadron la Fénix bella,
Se eleva en dulce calma, y fácil huella
La luna, el sol, la bóveda estrellada;
Al sacro templo, cándida morada
Del sol eterno, llega; y él en vella,
El trono de su luz poniendo en ella,
La deja de sus rayos coronada.
Las celestiales aves esparciendo
Con dulce voz, süave melodía,
Celebran el triunfo de su Reina;
Y el techo cristalino repitiendo
El eco de la gloria de María,
Responde al nombre de su Reina, reina.

LXIV.

Á UN PRELADO ECLESIÁSTICO.

Quieres Trifon que el pecho, por tí lleno
De escrúpulos y escándalos, tranquilo,
Cual suelo en lo sagrado del sigilo,
Vierta en tu oido, de sigilo ajeno?

Si te atreves con ánimo sereno,
Á esperar de un ardiente celo el filo,
Podrás, siguiendo el monacal estilo,
Del súbdito explorar el hondo seno;
Pero si en tí no sientes esta calma,
¿Por qué me obligas á que te lastime
Ó encubra lo más alto de mi mente?
Trifon, si quieres que te entregue el alma,
Sin la violencia, en que tu hervor me oprime,
Ama, muéstralo, y vive rectamente.

LXV.

Á UN PRELADO MÉDICO.

Si médico no eres, ni en tu casa
Hay pan, ¿cómo pretendes ser prelado
De quien cuelga del tuyo su cuidado,
Y en tu socorro sus alientos tasa?
La estrecha vida, la salud escasa,
Del súbdito en tu abrigo confiado,
Si experimenta efecto no esperado,
De la obediencia, á la impaciencia pasa.
Dirás que aquel sustento y medicina
Es espiritual, y se endereza
Del alma á la salud y vida fuerte;
Yo confieso, que el alma es la más digna,
Mas si olvidas al cuerpo, su flaqueza
Tal vez al alma le causó la muerte.

LXVI.

Á NUESTRO PADRE ADAN.

El que cerril, con impia felonía,
Libre al supremo Príncipe resiste,
Con justa pena experimenta triste,
De su inferior la misma rebeldía;
Turbada la política armonía,
En que el concierto de la paz consiste,
Cada inferior, de imperio se reviste,
Juzgándose en suprema jerarquia.
Adan, de qué te enojas, dí, si el bruto
Que á tí, obediente á Dios, te era obediente,
Ahora á tí rebelde, se rebela?
¿Debe aquel á tu imperio más tributo
Que tú al de Dios? Tu ejemplo inobediente,
Es á tus mismos súbditos espuela.

LXVII.

AL DUQUE DE ARISCOTE.

Á UN GRAN SEÑOR INOCENTE Y AFLIGIDO.

Gloria nostra testimonium conscientiæ nostræ.

Si en este tribunal de tu conciencia,
Te absuelve ¡oh Duque! la verdad notoria,
Y el testimonio interno es cierta gloria
Donde triunfa ociosa la paciencia,

¿Por qué agravias tu cándida inocencia
Con triste anuncio ó lúgubre memoria,
Y teniendo segura la victoria,
Pones la de tu paz en contingencia?
Goza, goza de aquel feliz reposo
Que al ánimo inocente, allá en su centro,
Ofrece la verdad pura y sencilla;
Y cuando en este mar tempestuoso
Las olas amenacen fiero encuentro,
En tí mismo hallarás, segura orilla.

LXVIII.

AL DR. MARTIN MIGUEL NAVARRO,

NATURAL Y CANÓNIGO DE LA CIUDAD DE TARAZONA, INSIGNE DÍSCÍPULO É IMITADOR EN LA POESÍA DEL CANÓNIGO LEONARDO. (1)

¿Quién como Dios, Miguel? ¿Quién, yo diria,
Aunque á la inmensa diferencia atento,
Como vos ¡oh Miguel! en cuyo acento
Resuena la mas dulce melodía?
Quién, como vos, la culta poesía
De *aquel*, á nuestro siglo gran portento,
Supo emular, con tan gentil intento,
Que pudo hacer dichosa la osadía?
Esforzando los ritos de su *escuela*
Y armado de un espíritu gallardo
Contra la escuadra que entre enigmas vuela,

(1) Del canónigo Martin Miguel Navarro y de sus poesías, nos hemos ocupado en el estudio preliminar y en las notas que le acompañan; quien desee noticias más extensas consulte á Latassa. *Biblioteca Nueva*, tomo II.

Del apolíneo cielo ¡oh gran Micardo!
Obscuros mónstruos vuestro brio expela,
Clamando horrible, ¿quién como Leonardo?

LXIX.

Á D. CONSTANTINO GIMENEZ.

Dentro está de tu pecho Constantino,
Mayor imperio que en el gran Augusto,
Si está de Dios el Reino y cetro justo,
Cuanto excede á lo humano, lo divino.
Si en trono de virtudes cristalino,
Reinas en tí, das leyes á tu gusto,
Cuál imperio mayor, cuál más robusto,
Aunque el griego se oponga y el latino?
Reina, pues, á tí mismo, y coronado
De luz y paz, gobierna dando leyes
Á esa gran monarquía de tu alma.
Será tu reino al cielo sublimado,
Y allí, entre siempre coronados reyes,
Eternos cetros injurará (1) tu palma.

LXX.

¡Oh suerte, la de un súbdito dichosa,
Si sabe conocerla, y en su estado,
Observante, rendido, y humillado,
En paz y luz, sin ambicion reposa!

(1) Fortasse: imperará.

¿Hay en el mundo tan amable cosa
Como vivir del mundo ya olvidado,
El cuerpo satisfecho sin cuidado,
El alma, sin afanes, cuidadosa?
Qué más quieres, Gerardo, en esta vida?
Dueño de ella y del mundo, ya la eterna
Gozas en apariencia transitoria;
Descansa en paz, hasta que desasida
El alma de este cuerpo que gobierna,
Goce la misma mejorada gloria.

LXXI.

Engordas con el mando, no te creo
Cuando juras, Pamon, que lo aborreces,
Ni ménos, cuando cuentas que padeces
Tanto y tanto con él; que engordas veo.
Engorda el cumplimiento del deseo,
El honor, el aplauso, y á las veces,
Cuando al rigor monástico falleces,
El regalo, el descanso, y el recreo.
Milagros hace el mando; macilento
Ayer estabas, súbdito y con llanto;
Hoy prelado, rollizo y muy contento.
Pamon, si quieres que te crea cuanto
Me dices del mandar y su tormento,
Déjalo; vivirás más flaco y santo.

LXXII.

AL CANÓNIGO MARTIN MIGUEL NAVARRO, DE TARAZONA.

Háse tardado tanto ya esta carta
Despues que há dias que la tengo escrita,
Que de segunda carta necesita
Para escusar su culpa, que ya es harta.
Esta contínua ocupacion de Marta,
Que en piedad y paciencia me ejercita,
Su atencion á María y gusto quita
Y de la parte que escogió la aparta.
Creí que ahora me sobrára el ocio
Libre de los cuidados de Girona,
Y atento solo á un simple sacerdocio.
Mas esta vida hierros eslabona,
Y siempre el ocio es el mayor negocio,
Porque la ociosidad los amontona.

--

De espina viene á ser ya esta corona
Tejida por las manos de la guerra,
Que desterró la paz de nuestra tierra.

LXXIII.

RESPUESTA DEL CANÓNIGO MARTIN MIGUEL.

El verdadero alivio hallé en la carta,
Docto Prior, para mi bien escrita,
De que en este desvío necesita
Quien más de su penal vida se harta.

Pues ni lograr la ocupacion de Marta
Permite la aversion que me ejercita;
Antes los brios á mi génio quita
Y de su rumbo y áun del fin le aparta.
Yo vivo en soledad, pero sin ocio,
Que este lugar, no ménos que Girona
Contrasta la quietud del sacerdocio.
Unas penas con otras eslabona
El temporal contrario, y un negocio
Infinitos produce y amontona.

—

Ya el descanso espiró de esta corona,
Donde busqué la paz, siento la guerra,
Y aborrezco la más amada tierra.

LXXIV. (1)

Á ZARAGOZA

QUE POR LA DISCORDIA DE LAS DOS IGLESIAS DE LA SEO Y EL PILAR, Y PLEITOS DE LA SEO CON SANTA ENGRACIA, NO HACE PROCESIONES Á NUESTRA SEÑORA DEL PILAR NI Á SANTA ENGRACIA (QUE SON SUS PATRONES) COMO SOLIA, SINO Á OTRAS IMÁGENES.

¡Cuántos agravios, cuántas procesiones
Se hacen á la Vírgen, no guiadas
A donde ella ofreció, que despachadas
Serian nuestras justas peticiones!

(1) Terribles fueron las luchas y pleitos que sostuvieron las iglesias del Pilar y de La Seo por la supremacia metropolitana, en el siglo XVII.°, fecundas tan solo en alegatos voluminosos y escándalos gravísimos.

¿Qué importa, con extrañas devociones
Imágenes buscar no acostumbradas,
Si á la que en el Pilar reina, humilladas
Todas remiten sus intercesiones?
Al que su culpa lleva á la desgracia
Se le quita el amparo de que gozas,
Porque tenga el castigo su eficacia:
¿Qué harás sin el Pilar ¡oh Zaragoza!
Qué harás ¡oh Zaragoza! sin Engracia,
Si un diluvio de males te destroza?

LXXV.

Á D. DOMINGO FERNANDEZ,

ESCULTOR DE LOS BAMBINOS, Ó DE LOS NIÑOS, QUE COMUNMENTE LLAMAN DE NÁPOLES, HABIENDO HECHO UNO AL AUTOR, QUE ES EL QUE ESTÁ EN LOS DESCALZOS DE ZARAGOZA.

Domingo, cuando miro este bambino
Obra no de Lisipo, sino tuya,
Sin que el verlo mil veces disminuya
La admiracion, le juzgo por divino;
Representa su rostro cristalino
Una cierta deidad, tan propia suya,
Que aunque la fé con su verdad me arguya
Casi á adorarle como á Dios me inclino:

Póngome en su presencia, y me parece
Que me mira y penetra, y aunque calla,
El niño sabe hablar, y habla sin duda.
Por lo ménos, Domingo, si enmudece
Mi lengua en los primores que en tí halla,
La del bambino nunca será muda.

LXXVI.

Opprobrium insipientis dedisti me.

Señor, cuya divina omnipotencia,
En mi flaqueza oculta humildemente,
Oyó del más inícuo presidente
La mas inícua y mas cruel sentencia;
Suplícote mi Dios, por la paciencia
Con que á los necios sufres sábiamente,
Me libres de un ingenio impertinente
Puesto en la silla de la presidencia.
Entrégame, Señor, por mis pecados,
Al más cruel tirano, á los baldones,
Tormentos, penas, y dolor más recio;
Véame yo entre cafres endiablados
Y entre sangrientas uñas de leones,
Pero no en las de un juez airado y necio.

LXXVII.

Attende tibi ípsi.

Vive á tí Paulo y á tu vida vive,
Sacude inobediente á la costumbre
El yugo de la dura servidumbre,
Que á cuidados ajenos te apercibe.

La luz que el mundo de este sol recibe,
Á tí primero en su hemisferio alumbre,
Y si te debes á la muchedumbre
En esa deuda, á tí el primero escribe.
¡Oh, cuidados! ¡Oh cargos! molimiento
Del cuerpo y distraccion del alma pobre,
Por más que los abone el santo intento;
¿Quién hay que en ellos, lo que pierde, cobre,
Y salga de este mar sin detrimento,
Por más que el arte y la experiencia sobre?

LXXVIII.

Á SAN PEDRO APÓSTOL.

Al que de angeo vió desandrajado
Con una red al hombro, Galilea,
Hoy de gloria inmortal el cielo arrea,
Y el mundo su sepulcro de brocado.
Al que en la pez de un barco vió tiznado,
Hoy resplandor eterno lo hermosea,
Y el monarca, que el orbe mas rodea,
Adora al pescador arrodillado.
¿Qué vale el noble, el sábio, el más pujante
Sin la divina gracia? y qué no vale
Con ella el víl oprobio de la gente?
Dígalo un pescador, quien trïunfante
No hay César ni Alejandro que le iguale,
Que ellos gimen, y él reina eternamente.

LXXIX.

Solitudo portus.

—

Vais al desierto Juan, no en tiernos años,
Pero con tierno amor vais al desierto,
Dichoso vos que hallásteis feliz puerto
Donde os poder librar de tantos daños:
Aquí en un mar de enredos y de engaños,
Aunque en navío de piloto experto,
Con incierta esperanza y riesgo cierto
Navegamos por términos extraños.
¡Oh Juan! vos á quien cupo de la orilla
Mirar seguro el mar embravecido,
Y á algunos del trançe ya pasado,
Duélaos el ver mi pobre navecilla
Cansada y rota, el norte ya perdido,
En noche obscura, al viento y mar airado.

LXXX.

LÁGRIMAS DE SAN PEDRO.

—

¿Quién ya desperará de tu clemencia
¡Oh dulce Redentor! si al que tres veces
Infiel negó tu nombre, fiel ofreces
La paz de tu leal correspondencia?

Al que en el tribunal de tu inocencia
Trocó la confesion, tanto engrandeces,
Que entre los doce soberanos jueces
Le das la soberana presidencia.
Luego que tras las voces infïeles
Corrió de amargas lágrimas el rio,
Corrió tambien tras él, el de tu gracia;
Quedó de infiel, cabeza de los fieles:
¡Tanto puede enmendado un desvarío!
¡Tanto vale llorada una desgracia!

LXXXI.

Á SAN JUAN BAPTISTA.

No envuelto en ámbar, púrpura y holanda,
Soberbio por reales galerias,
Sino en hórrida piel de cerdas frias
Humilde Juan por los desiertos anda;
No en voz de halago y de lisonja blanda,
Sino en virtud y espíritu de Elías,
Clama su sucesor, y de Herodías
Detesta el lecho y la pasion nefanda.
¡Oh monges! ¡oh columnas! ¡oh trompetas
De la verdad! ¡oh mundo! en vicio enfermo,
Mira ollar un rapaz tu vil escoria;
Trueca los dulces pechos por el yermo,
Las plazas por las cuevas más secretas,
Y breve vida por eterna gloria.

LXXXII.

VOCACION DE SAN MATEO.

¿De qué te espantas, pérfido Juliano,
Que al Salvador, sin ver otras señales,
Solo á una voz, remedio de sus males,
Siga sin dilacion el Publicano?
Aquel á cuyo ceño soberano
Tiemblan aquesos orbes celestiales,
Con la eficácia de palabras tales
¿No podrá arrebatar el polvo humano?
Sola su voz formó cuanto se encierra
En la concavidad imaginaria;
¿Y te espantas que á un hombre lo reforme?
Espántate de ver cómo la tierra
Y el mundo todo á su virtud conforme,
No va en pos de Él, con fuerza voluntaria.

ORÍGEN, ANTIGÜEDAD Y REFORMACION
DE LA ÓRDEN DE NUESTRA SEÑORA DEL CÁRMEN.

TERCETOS

EN LAS FIESTAS QUE HIZO LA CIUDAD DE ZARAGOZA, Á LA CANONIZACION DE SANTA TERESA DE JESUS.

En los últimos lindes de Fenicia
Donde del César, hoy, y Tolomeo
Dos fábricas confunden la noticia,
Surje, con proporcion de igual rodeo,
Un fértil *monte* cuyo nombre ostenta
Su fiel blason al circunciso hebreo.
Al grande mar, testigo se presenta
De aquella nubecilla en que el Tesbita
A una Infanta adoró de culpa exenta.
Corónale su cumbre, no marchita,
De incultas flores rústica guirnalda,
Que el céfiro sonoro solicita;
Cruza cual sierpe de cristal su falda
Entre menudo aljófar, una fuente
Que enriquece su márgen de esmeralda.
Aquí el gran Padre, celador ardiente,
Vió descender benigno airado fuego,
A su ruego, á sus iras obediente.
Aquí al clamor de su imperioso ruego,
Llave á esos cielos súbditos al barro,
Las nubes esparcieron fértil riego.

De aquí salió cuando en ardiente carro,
Émulo al sol, con admirable ascenso
Brilló á la luz el resplandor bizarro;
Cuando á su fiel discípulo suspenso
El profetal espíritu duplica,
Al vaticinio, y al prodigio extenso.
En esta cumbre, pues, tan bella y rica,
El escuadron del celador profeta
Nace, crece, se aumenta y multiplica.
¡Oh cumbre hermosa! en cuya paz quïeta
Vió trasladar su paz, la empírea cumbre
Con vida placidísima y perfeta.
¿Quién podrá referir la muchedumbre
De tus contemplativos serafines?
Sus júbilos, su luz, su dulcedumbre?
Quién la pureza de sus altos fines,
Cuando entre ellos la *Ninfa Nazarea*
Hermosa holló tus bárbaros jardines?
Con ellos la gran Reina se recrea,
Y ellos consagran á su honor el techo
Do Elias adoró su antigua idea.
De ella la fé reciben, brio y pecho
Con que á los apostólicos varones
Ayudan á extenderla con provecho.
Dejan las carmelísticas mansiones
Y esparcidos por Siria y Palestina,
Varios desiertos pueblan y regiones.
Allí la primitiva disciplina
Monástica, ferviente resplandece,
Con una perfeccion casi divina.
El Precursor la sigue y ennoblece,
Paulo, Antonio, Hilarion, y los Macarios,
La ilustran y en su número florece.

De aqueste manantial, en tiempos vários
Se derivaron varios institutos,
Contemplativos, mixtos, solitarios.
Los grandes rios, riego á inmensos frutos,
Bebieron de esta fuente sus cristales
Debiéndole y pagándole tributos.
Al fin, entre mil glorias inmortales,
Se vió, gozó, triunfó y ardió el Carmelo,
Única luz un tiempo á los mortales.
Mas ¡ay dolor! ¡ay heces de este suelo!
¡Cuán poco le duró al sagrado *monte*
La hermosa flor de su ferviente celo!
De horrendo ceño armado el horizonte
Cerúleo, horror pestífero que exhala
El piélago infernal de Flegetonte,
Descarga sin piedad, la cumbre tala,
Convirtiendo en estéril yermo feo
Toda la bizarría de su gala.
Bien, que á pesar del bárbaro trofeo,
La sangre que vertió el soldan gitano
Dió al abrasado templo nuevo arreo.
Pues un glorioso número lozano,
Variando en luz de cándidas estolas,
Subió triunfante al templo soberano.
El Cison encrespó purpúreas olas
Y rubricando márgenes y flores,
Convirtió su jazmin en amapolas.
Blandos fueran sin duda estos rigores,
Si no fuera el más duro, quedar blando
El rigor de los sacros moradores.
Fué el fervor poco á poco declinando,
Y de la regla de su gran Vitruvio,
Dura persecucion, degenerando.

Mas previniendo el cielo este diluvio,
Reservó sus reliquias en el arca
Del gálico *Noé*, piloto rubio.
Llega al Carmelo y su tesoro embarca
Luis, y enriqueciendo la real popa,
En sus francesas playas desembarca.
Admira Francia, el robo, traje y ropa,
Estímale y abrázale, y en breve,
Hace con él lo mismo toda Europa;
Pero á quien más amor y abrazos debe,
Es al regazo general de España
Donde piedad y ardor el cielo llueve;
Aquí se trasladó la gran montaña
De Siria fertilísima hermosura,
Y vió su propia gloria en tierra extraña.
Descansa hermosa cumbre, ya segura,
Que has de cobrar aquí con alto imperio,
La candidez de tu observancia pura.
Verás segunda vez del mar iberio
Subir la nubecilla que fecunda
Toda la redondez del hemisferio.
Crece, crece, infantil nube fecunda,
Extiende ¡oh huella varonil de Elías!
Su palio, y con tu lluvia el mundo inunda.
Comienza en la terneza de tus dias
A dar al mundo general asombro,
Con altas y admirables niñerías.
Tú, al sacro monte, que adorando nombro,
Y á cuyo peso, el del Tesbita atlante,
Tembló sudando, diste firme el hombro;
En tí estribó su máquina constante,
En tí cobró su luz, su edad primera,
Felíz, si á la postrera semejante

Volvió al monte su verde primavera,
Su flor al prado, y á la flor su lustre,
Agua á la fuente, y fuente á la ribera.
No escoge Dios para esta hazaña ilustre
Varones que le usurpen su alabanza,
Ni ostentacion que su virtud deslustre;
Con tu flaqueza muestra su pujanza,
Con ella escribes, fundas y reformas,
Y á Dios le desempeñas la esperanza.
De entrambos sexos escuadrones formas,
Y en ellos lo mejor del mundo alistas,
Y á lo mejor del mundo los informas.
La tierra, el cielo, el mundo, á Dios conquistas,
Y todas las naciones que hoy igualas,
De tus glorias serán las coronistas.
A tí prudente y valerosa *Palas*
La marcial, la literal milicia,
Triunfando adora con vistosas galas;
Y miéntras juntas con union propicia
En competencia la una y otra Hesperia,
Y el orbe todo junto te codicia,
La cabeza imperial de Celtiberia
Gozosa abraza la ocasion más justa,
De tan piadosos júbilos materia.
Recibe, pues, ¡oh gran Teresa Augusta!
Los públicos fervientes regocijos
Que te ofrece triunfal César Augusta.
Y en retorno á los suyos, á tus hijos,
Ya por su nueva Madre te confiesa,
Sereis así por siglos mil prolijos,
Tú de Augusta, y Augusta de Teresa.

EPITAFIO

AL SANTÍSIMO Y DOCTÍSIMO VARON DON ANTONIO AGUSTIN, CESARAUGUSTANO, ARZOBISPO DE TARRAGONA. (1)

TERCETOS.

Oye Agustin la fama de un Antonio,
Y herido de la gloria que le inflama,
Dió en una vez de entrambos testimonio.
Qué es esto, amigos? los indoctos, clama,
Se levantan, y osados ese cielo
Nos arrebatan con perpétua fama?
Nosotros, fabricando de cerbelo
En nuestra carne y sangre revolcados,
Pacemos miserables en el suelo;
Con nuestras letras y doctrina hinchados,
Andamos tras el aire, cuando aquellos
Son, por el aire, al cielo levantados.
¿Qué nos importa, con soberbios cuellos,
Frente arrugada, y arrogantes lábios,
Buscar el nombre que aborrecen ellos?
Aquellos son los verdaderos sábios,
Que saben con doctísima ignorancia
Trocar en alabanza sus agravios.

(1) Del célebre D. Antonio Agustin, arzobispo de Tarragona, tan famoso y conocido en todo el orbe literario, pueden consultarse noticias biográficas en Latassa, *Biblioteca Nueva*, tomo I, páginas 415 y siguientes, y en su vida escrita por Mayans, y que se halla en el tomo II, de la edicion de sus obras, de Luca: 1768—74. José Rocchi. f.º

Dejemos pues, amigos, la arrogancia;
Juntemos el estudio de inocencia
Con el de la elocuencia y elegancia.
Esta fué de aquel *Padre* la sentencia,
Juntar contra las fuerzas del demonio
De Antonio y Agustin virtud y ciencia.
Tú, célebre Agustin, sagrado Antonio,
Que en letras y piedad, de aquesta junta,
Un vivo, das al mundo, testimonio,
Cuando por su memoria nos pregunta,
Le podrás responder con la memoria
Que en tí quedó del uno y otro junta.
Del gran Egipcio la piedad notoria,
Y el lábio del doctísimo Africano,
En tí compiten una misma gloria.
Dígalo el foro superior romano,
Que de tu sacra trípode suspenso
Oráculo esperaba soberano.
El pastoral cayado, tardo ascenso,
Las graves legaciones de Alemania,
Medida corta de un valor inmenso.
El valor que á un Fernando, de la extraña,
Á un príncipe Filipo, de la nuestra,
Á toda gente acepto te acompaña.
La docta pluma, en altos vuelos diestra,
La verdad á la ley restituida
Con llave de sus títulos maestra,
La cana antigüedad reflorecida,
Nuestro siglo con ella en su tesoro,
Y la futura edad enriquecida,
El sacro, el docto, y el piadoso coro
Que en Lérida, Alfan, Sicilia y Trento,
Tu pecho admiran con igual decoro.

El huérfano, el desnudo, y el hambriento,
El sábio, el ignorante, el rico, el pobre,
Y todos juntos con un mismo acento,
Harán, que el nombre de Agusto, sobre-
Puje la edad y la comun miseria,
Mal defendida en bien fundido cobre.
La cabeza levanta Celtiberia
Y el honor de tal hijo comunica
Á los maternos límites de Iberia.
Salduba aquesta gloria se adjudica,
Y por el de Agustin, con el de Augusto,
El título de Augusta ya duplica.
Pues ni el vigor pacífico y robusto
Del César pudo hacerla más ilustre,
Que el pecho de un varon tan sábio y justo;
Tambien le cabe parte de este lustre
Á la mayor del mundo insigne Atenas,
Con que de nuevo su grandeza ilustre;
Pues pisando de Tormes las arenas,
De otras tantas grandezas con su nombre
Dejó las musas de su escuela llenas.
Ni ménos ennoblece su renombre
Á la colonia Julia vencedora
Donde encerró, en su edicto, á Dios, un hombre.
Al sucesor de Frutuoso adora,
Su cátedra metrópoli de España,
Con que el antiguo título mejora.
Del Tirrénico lago que la baña,
Del circo, foro, emperio, anfiteatro,
Y otras ruinas de grandeza extraña,
Solo á su Antonio saca en su teatro;
Despues de Eulogio, Augurio, y Frutuoso,
Cuyo fué sucesor cincuenta y cuatro.

Tu espíritu gentil y glorioso,
Que en el imperio alcázar sublimado
Gozas seguro de inmortal reposo,
Si admite aquesa paz algun cuidado,
Ténle del pátrio suelo, de la silla
Que honraste, que ocupaste venerado.
Y al que buscando la verdad sencilla
Para entender las leyes y esplicallas,
En tus profundas páginas se humilla,
Al que adorando sacras antiguallas,
Piedras, letreros, cifras, inscripciones,
Tus diálogos revuelve y tus medallas;
Á todos los ardientes corazones
Que en las reliquias de tu ingénio y vida,
Buscan ingénio y vida á sus acciones,
Acúdeles, Antonio, sin medida,
Alcanzándoles luz sobre eminente,
De caridad en Cristo reducida,
Para contigo amarle eternamente.

DISPARATES DE RELIGIOSOS IMPERFECTOS. (1)

Melancólico, Fausto, y enfadado
De tantos disparates como veo
En este mundo de ellos fabricado,
La pluma tomo, dándole el deseo
Alas, la indignacion y el desengaño,
Materia digna de mayor empleo.

(1) Dado el carácter de las poesías de Fr. Gerónimo, no deja de llamar la atencion el espíritu que domina en esta sátira, enteramente de la escuela de los Argensolas.

No quiero referirte agora el daño
Comun y general á todo el mundo,
Nacido de un comun perpétuo engaño;
Sino los que, en el centro más profundo,
Causa, de los que escapan del primero,
Y nadan en las olas del segundo.
Tengo por disparate muy entero,
El dar entero crédito á algun caso
Que solo el vulgo da por verdadero;
Por disparate juzgo, dar un paso
Tras lo que á cada paso desvanece,
Y deja el corazon de paz escaso.
Disparate es, fiar de quien ofrece,
Ni asegurarse en gracia deleznable,
Pues uno y otro al fin desaparece.
Y porque ya tu intento, Fausto, hable,
Disparate es creer que tu prelado
Es á tus disparates favorable.
Disparate es, querer ser mas amado,
Ni creerlo por más que te asegure
El rostro y el oido aparejado.
Disparate es querer que te lo jure
Ni jurárselo tú, ni dar entrada
Á que alguno tu fé, secreto apure;
Si la tuvieres viva, celar nada
Á aquel que te gobierna, es gran dislate,
Si es hombre de prudencia moderada.
Pero si en él, prudencia con que trate
Tu alma, y en tí, fé faltare viva,
Será comunicable disparate.
Disparate es querer que no se escriba
Cuando la pluma Dios pone en la mano,
Y el celo en su valor y gloria estriba;

Mas será disparate y celo vano
Si no fuere la causa muy urjente,
Grave el asunto y el intento sano.
Disparate es andar de gente en gente
Probando tierras, casas, y prelados,
Sin afirmar el pié perpétuamente.
Disparate es llamar afortunados,
Á los que son esclavos de su gusto,
Libres de ocupaciones y cuidados.
Disparate es pensar que el santo y justo
No ha de escusar si puede ocupaciones,
Que enflaquecen el ánimo robusto.
Disparate es fiar en devociones,
Que no están largamente comprobadas
En fieras ondas de tribulaciones;
Pensar que las pasiones sosegadas
No han de alterarse en casos de repente,
Es disparate de almas animadas.
Disparate es juzgar que es impaciente
El que á las veces muestra justa ira,
Ó malo, el que fué en algo defeciente.
Disparate es decir que se retira
El que lleva consigo sus afectos,
Y sin los medios por el fin suspira.
Disparate es pensar que sus defectos
Podrá ver y enmendarlos solo uno,
Despreciando censuras de perfectos.
Disparate será si afirma alguno
Que algun convento es más acomodado,
Porque ménos lo es para el ayuno.
Pensar que se ha de hallar algun prelado
Que en nada yerre, es necio disparate,
Siendo oficio que á un ángel dá cuidado;

Y que de cuatrocientos que uno trate,
Ha de hallar dos á su sabor corrientes,
Tambien es disparate por remate;
Y que de los que fueren más prudentes,
No hará el más cuerdo treinta novedades,
Es dispate de hombres imprudentes.
Querer quien sabe que es comunidades
Que no haya en ellas cuatro lenguas locas,
Es disparate contra mil edades.
Disparate es querer cerrar las bocas
De aquellos que murmuran del mas santo,
Y mayor el pensar que serán pocos.
Es disparate que hace al cuerdo espanto,
Que un religioso en presuncion de cuerdo,
Trate de guerras, Flandes y Lepanto.
Disparate es pensar que sin recuerdo
De Dios entre mundana compañía,
Podrá vivir con religioso acuerdo.
Disparate es de vil poltronería
Tener recreacion un religioso,
En cosas de comida y glotonía.
Es disparate á todos enfadoso,
Con pié descalzo andar muy entonado,
Fregando en la cocina y muy puntoso.
Y es tambien disparate melcochado
Vestir de jerga, hablar de terciopelo,
Calzar esparto, y presumir brocado.
Disparate es que ofende á Dios y al suelo,
Querer oler á algalia, aquel que friega,
Debiendo oler á virtuoso celo.
Es disparate que á locura llega,
Estar asido un fraile á un dix ó á un brinco,
Turbarse si se quita, ó si se niega.

Es disparate andar con mucho ahinco
Tras que nada le falte, y procurallo
Con toda el alma y los sentidos cinco.
Disparate es querer ir á caballo
El que de andar á pié tiene instituto,
Y brio y fuerzas para ejecutallo.
Al disparate pagan su tributo
Los que con apostólico ropaje
Andan, el vientre lleno, y el pié enjuto.
Disparate es cargar para el vïaje
Un pobre fraile, más de lo que apresta
Un gran navío en su matalotaje.
Disparate es tambien que mucho cuesta,
Decir dichos que el vulgo llama gracias,
Y es á ellas la cosa mas opuesta.
Y es tambien disparate, con falacias
Hacer burlas que vienen á las veras,
Y suelen ser orígen de desgracias.
Es disparate propio de berceras,
El no disimular la palabrilla
Con que sin causa y sin razon te alteras.
Y disparate cuando Dios te humilla,
No conocer tu mengua y confesalla,
Ántes disimularla y encubrilla.
Disparate es del necio que se halla
En una religiosa conferencia,
No hacer caso del cuerdo que oye y calla.
Es disparate, y áun comun dolencia,
Sin respetar alguna circunstancia,
Dar sin pedilla en todo su sentencia.
Y es disparate y bárbara ignorancia,
Con visajes, meneos y con voces,
Confundir la monástica observancia.

Es disparate y de los más atroces,
Ser los prelados, al feroz muy blando,
Y al pobre y blando súbdito, feroces.
Es disparate el apremiar con mandos,
Multiplicar preceptos y censuras,
Orígen de inquietudes y desmandos.
Es disparate de almas poco puras,
Sin gran necesidad y á Dios recurso,
Ponerse en ocasiones no seguras.
Disparate es pensar que solo el curso
De religion, infundirá costumbre,
Sin evitar el secular concurso.
Disparate es creer que en muchedumbre,
Un fraile pasará solo un trienio
Sin tener con alguno pesadumbre.
Disparate es ojear á Plauto y Enio,
Pudiendo en un Ambrosio y Agustino
Ejercitar y entretener su ingénio.
Disparate parece, y el más fino,
Habiendo tanto escrito, desvelarse,
Por dejar estampado un desatino.
Tambien es disparate el trabajarse
Por predicar conceptos estrujados,
Sin atender al fin de aprovecharse.
Disparate es si no fueren llamados,
Cual Jeremías, cual Bautista ó Pablo,
El querer usurpar estos cuidados.
Disparate es, y engaño del diablo,
El reducir á cuatro vanidades
El soberano oficio de que hablo.
La cátedra de sólidas verdades,
Hacerla de lisonjas, es blasfemia,
Y disparate lleno de maldades.

Disparate es querer en la academia
Tener un religioso sus secuaces,
Y el nombre vano, con que el mundo premia.
Disparate es querer perpétuas paces,
Donde siempre ha de haber perpétua guerra,
En vida y lid de treguas incapaces.
Disparate es de un fraile buscar tierra
No infestada de soles y de nieves,
Pues tanto de su cielo se destierra.
Disparate es querer las cargas leves,
Capítulo de culpas apacible,
Ligera correccion, y penas breves.
Tambien es disparate ser terrible
Juez pesquisidor de leves faltas,
Colérico prolijo, é insufrible.
Tambien es disparate, que si faltas
Y el superior tu falta repreende,
Á la primer palabra, luego saltas.
Y mayor disparate, si él entiende
Que tú á su correccion no estás dispuesto,
Y en importuna cólera se enciende.
Disparate es pensar, que hallarás puesto,
Ocupacion, oficio ó compañia,
Donde otro á tí, ó tú, no seas molesto.
Querer siempre salir con tu porfía
Y creer que alguno queda convencido,
Tambien es disparate y bobería.
Pagarse de un andar cabizcaido,
De un mirar á soslayo encapotado,
Es disparate de hombre no advertido.
Disparate es creer al bien hablado,
Que á tí te aplaude, porque tu le aplaudes,
Y paga tu mentira de contado.

Disparate es creer que son sin fraudes
Sus ofertas, pues si él te canta prima,
Es porque tú despues le cantes laudes.
Disparate es buscar un fraile estima,
Preciándose que viene de los godos
Y no de la humildad que Dios estima.
Disparate es querer mostrar á todos
Que sabe, puede, ó vale, y de sí mismo
Hacernos larga historia de mil modos.
Tambien de disparates es abismo,
Bautizar su pasion por santo celo,
Dando y trocando nombres sin bautismo;
Querer ser en la órden el modelo
Y que todos le rindan vasallaje,
Es disparate que castiga el cielo.
Disparate es pagarse del herraje
De ejercicios y muestras exteriores,
De todo lo demás haciendo ultraje.
Y es tambien disparate de amadores
De sí mismos, burlar del penitente,
Condenando asperezas y rigores.
Es disparate más que impertinente,
El reparar en cosas sin sustancia
Y atropellar con una ley patente.
Disparate es nacido de ignorancia
Pensar que es cosa poca y menudencia,
Lo que impide del alma la ganancia.
Disparate es querer sin experiencia
Gobernar, pues el tal hará mas daño
Que por otoño un médico sin ciencia.
Tambien es disparate y grande engaño,
No ir probando sujetos, y al gobierno
Aplicarlos en uno y otro año.

Es disparate digno de un infierno,
Querer con los peligros que tocamos,
Alargar la ambicion á un mando eterno.
Disparate es querer, que, aunque veamos
Este apetito ya muy descubierto,
Por santo y religioso lo tengamos.
Y es disparate, y vil temor incierto,
Pensar que dicha la verdad infama
Al religioso, y no su desconcierto.
Disparate es pensar que está la fama
De una celosa y puntüal reforma,
En encubrir el humo de su llama.
Disparate es creer que no se forma
Concepto bueno de ella, porque en ella
Haya quien á su ley no se conforma.
Disparate es pensar, que en la más bella,
Aunque el prelado sea el mismo Cristo
Un Judas no ha de haber, por mala estrella.
Tambien es disparate, habiendo visto
Que la más observante al fin declina,
No prevenir el daño ya previsto.
Disparate es, que mucho me amohina,
Ver un fraile descalzo melindroso,
Huyendo de tiznarse en la cocina.
No es ménos disparate, ser curioso
En córtes de sayal, y que el remiendo
Le dé ocasion de ser vanaglorioso.
Tambien es disparate á un fraile, horrendo,
Vestir todo de nuevo, y que la capa
Y el hábito lo hagan reverendo.
Disparate mayor es lo que tapa
Tal vez una capilla recoleta,
Cuando del trato de oracion se escapa.

Disparate es pensar que es más perfecta
La vida del que goza y no padece,
Ni á leyes ni observancias se sujeta.
Disparate es del fraile que envejece
Estar en las costumbres siempre mozo,
Y no mirar si en las virtudes crece.
Disparate es reirse y buscar gozo
El que vino á llorar, y el regalarse
Quien vino á hacer en sí mortal destrozo.
Disparate es tratar de conservarse,
El que vino á pensar que ha de morirse,
Y todo con el tiempo ha de acabarse.
Disparate es de aquesto divertirse,
Y diferir la enmienda de la vida,
Pensando cada dia prevenirse.
Es disparate que á llorar convida,
Pensar que con el tiempo se mejora,
Sin más cuidado, la ocasion perdida.
Disparate es guardar para otra hora,
O para otro lugar, aquesta hazaña,
Y no determinarse *aquí* y *agora.*
Tambien su disparate le acompaña
Al que leyendo esto se riere,
O airado contra mí cobrase saña.
Y será disparate si dijere
Los disparates son de fray Fulano,
Y mayor si yo de ello caso hiciere.
Concluyo, al fin, que es disparate, hermano,
Todo; sino vivir persüadido
Que has de morir y que será temprano.
Y disparate, si no ser rendido,
Callado, puntüal, dulce y modesto,
Humilde, retirado y encogido:

Y pues he divertido ya con esto
Fausto, el humor de mi melancolía,
Ceso por no te ser ya más molesto
Con tanto disparate y bobería.

Á D. BARTOLOMÉ JOSEF DE VELASCO Y MENDOZA,

HIJO Y TENIENTE DE D. BERNABÉ TORRES DE VELASCO, CABALLERO DE LA ÓRDEN DE SANTIAGO, NATURAL DE GRANADA, CAPITAN DE CABALLOS GINETES DE LA COSTA DE GRANADA.

DÉCIMAS.

Canten la gala á Velasco
En Fuenterabía y Salsas,
Ya las rosellonas balsas,
Ya el cantábrico peñasco;
El valor francés es asco
Para el de un niño español,
Pues desafiando al sol
El ginete Velasquito,
En el marcïal conflito
Vence todo su arrebol.
Años tres en años trece,
Ya con varonil aliño,
Emplea un Velasco niño
En la guerra, á que se ofrece;
No la campaña le empece,
Ni el cañon le atemoriza,
Soles, hielos solemniza,
Y con denuedo gentil,
En edad casi infantil,
Ostenta virtud maciza.

En un ginete andaluz,
El milagro granadino,
Ginete infante divino,
Esparce valor y luz;
Tras la jacobea cruz
De su capitan y padre,
Teniente, (porque le cuadre
El patrio vigor y arnés),
Para vencer al francés,
Deja el pecho de su madre.
Crece, crece en varon fuerte,
Niño, que en valor y en arte
Vences á Cupido y Marte,
Pues es más feliz tu suerte;
Temblará de tí la muerte,
Y Francia á tus piés postrada,
Reconocerá tu espada
Desde el lenguadoc al vasco;
Serás gloria de Velasco,
Honra de España y Granada.

Á NUESTRA SANTA MADRE Y SU REFORMA.

CANCION.

El alto celo, el generoso intento
Que ardió en tu pecho, que ilustró tu vida
Con llamas y con rayos admirables,
A celebrar, Teresa, nos convida
Tu nombre, á cuya gloria, el pensamiento
Se humilla entre conceptos inefables.

Vuelve los ojos, *Madre,* favorables,
Hoy á tus hijos, siervos y devotos,
Que en medio de estos sacros regocijos,
De su piedad, tus hijos,
Y los demás deudores de sus votos,
Te ofrecen gloria, y en sus almos pechos,
De tu deidad magníficos altares,
Arden exentos de profanos faustos
En puro amor millares de holocaustos,
Que te ofrecen tus siervos á millares
En piadosas lágrimas deshechos;
Y yo con ellos, que tus altos hechos
Humildemente osado agora canto,
Tambien ofrezco y pido á tí otro tanto.
Pero, díme primero, *Madre* ilustre,
¿Qué nombre te he de dar? Con qué apellido
Debes, puedes, mereces, ser honrada?
Cual número contigo ennoblecido,
Goza feliz el precïoso lustre
Que enriquece tu gloria sublimada?
Por ventura serás reverenciada
Entre las que del frágil sexo, fuertes,
Vió con espanto, con piedad agora,
La tierra, el cielo adora?
Pero á la tuya ceden ámbas suertes,
Que con piedad, espanto, y con afrenta
Inferior á tu brío soberano,
Te emula en balde el más gallardo brio,
Que lleno de vigor, de horror vacío,
Naturaleza exfuerza en pecho humano;
Mas ni con esa gloria se contenta
La tuya, que imitar altiva intenta
Á la divina, y siendo más que humana,
Si no divina, queda soberana.

No es de humanas fuerzas, no, la empresa,
Sólo á tu heróico brazo reservada,
Sólo á tu celo, á tu valor conforme;
¿Quién pudiera con carga tan pesada?
¿Quién sino tú pudiera, ¡oh gran Teresa!
De un árduo *Monte* el peso más disforme
Cargarse á cuestas? Aunque Atlante forme,
La valiente ambicion, la inmensa cumbre
Que á Elías hizo, con horrible asombro,
Sudar, temblar el hombro,
Es de los tuyos fácil pesadumbre;
Que en ellos, como en fijos firmes polos,
Estriba, se sustenta y se revuelve,
La máquina admirable de este cielo;
El orbe superior de tu Carmelo,
En tí su curso igual á cobrar vuelve,
Que sola tú y Elías fuísteis, solos,
Su Alcides, y su Atlante, y sus Apolos;
Pues cuando sustentais su peso entrambros,
Cielo le haceis, y sois sus soles ámbos.
Cual suele por la cumbre de alto monte,
Tras la tiniebla en que la noche oscura
Al mundo envuelve y con horror asombra,
Coronado de rayos de luz pura
Salir el sol dorando el horizonte
Y á su rayar desvanecer la sombra,
Volviendo al suelo la morisca alhombra,
Su honor al prado, al monte, al llano, al valle,
Y á todo lo demás del mismo modo,
(Porque le vuelve á todo
Con su luz, su color, figura y talle);
No de otra suerte el resplandor hermoso
De tu admirable vida ¡oh sol divino!
Salió con nueva luz por la propicia

Cumbre del promontorio de Fenicia,
Deshaciendo con rayo cristalino
De oscura nube el velo tenebroso,
En que yacia el monte portentoso;
Y desde el mismo Oriente dando al mundo
Nueva luz, nueva vida, un sér segundo,
Amaneciste, y ántes que al ocaso
Tu luz rindieses, gloriosa viste
Reparado tu monte en rico exceso;
El noble monte que en tu ausencia, triste,
Sin luz estaba, de vigor escaso;
Cubierto el rostro con cendal espeso
Y ya oprimido de su mismo peso,
Del bárbaro rigor del tiempo crudo,
Enturbiadas sus fuentes, y marchitas
Sus flores carmelitas,
De toda su riqueza y bien desnudo:
Con tu presencia, todo renovado,
Volvió á cobrar su primitiva gloria,
Vió florecer la antigua disciplina,
De Egipto, de Tebaida y Palestina;
Con lustre superior á su memoria
Gozó segunda vez de aquel dorado
Siglo, en este postrero mejorado,
Con tan grande riqueza y hermosura,
Que haber perdido aquella fué ventura;
Porque al rayar de tu divino celo
Huyeron nieblas, nubes tenebrosas,
Y el aire se vistió de resplandores,
Saltaron fuentes dulces, abundosas,
De doctrina, de luz y de consuelo,
Y crecieron virgíneas puras flores,
Que el aire enriquecieron con olores,
Y adonde agrestes árboles incultos

Formaban una mal compuesta rueda
De bárbara arboleda,
Se encresparon jardines, bellos, cultos;
Pero porque tu próbida influencia
Penetrase la tierra más adentro,
Al centro te subiste de tu esfera,
De donde eternamente reverbera
Tu hermosa luz, al más profundo centro,
Criando en él con fértil eminencia,
Metales ricos de virtud y ciencia;
De suerte que el Carmelo en su reparo,
Goza de un lustre eterno con tu amparo.

Á LA PROCESION

DEL ENTIERRO DE CRISTO SEÑOR NUESTRO.

CANCION.

Para llorar la muerte de la vida
Con vivo ardor, el más piadoso celo,
En las exequias del mayor difunto
Devota ostentacion hace del duelo,
Y en medio de él á lágrimas convida,
Con alta emulacion al orbe junto.
Al fúnebre trasunto
Concurre el almo coro
Con tierno y fértil lloro,
En cuyas ondas arde viva llama
Que al más helado corazon inflama,
Que es justa obligacion y digna suerte

Del que la vida ama,
Que llore de su Autor la indigna muerte.
Al grave son de cajas destempladas,
Pífaros sordos, y metales broncos,
Que al capitan difunto clamorean,
Con triste acento de gemidos roncos
Responden las entrañas, que rasgadas,
El venerable túmulo rodean:
Todos juntos plantean
Celebrando el quebranto
Del cuerpo sacrosanto,
Y con fúnebre antorcha en vez de palma,
Del mundo lloran la suspensa calma,
Su ausente sol, por tres escasos soles.
¡Qué debe hacer el alma,
Ausente siempre de sus arreboles!
Aumentan el horror del mudo estruendo,
Insignias y trofeos lamentables,
Lúgubres ropas, y funestos bultos,
Arrástranse pendones venerables
En que Israel sus tribus repartiendo,
Ostenta empresas, con labores cultos;
Pero á la vista ocultos
Mas ínclitos trofeos
De celosos deseos
Honran la pompa, y tiernos corazones,
Arrastran por el suelo sus pendones,
Los que arboló la vanidad altiva,
¡Que no hay tales blasones
Como el dolor del alma un tiempo esquiva!
Aquí resuena renovado el llanto
De Hadremon, en Magedon materia
Del siempre lagrimoso Jeremías,
Cuando en figura de mayor miseria

Plañeron la ciudad y pueblo santo
La desdichada muerte de Josías:
Cuál con entrañas pías,
Familia infausta llora
La triste fatal hora
Del dulce primogénito heredero,
Con tal suspiro y con dolor tan fiero,
El pueblo de su celo congregado
Celebra lastimero
Del Rey mayor, el fin más desdichado;
No falta de David la real familia,
La de Natan ilustre y poderosa,
La de Leví á las aras dedicada,
No la de Semei, grave, estudiosa,
Ni alguna al fin, á quien honor concilia,
Sangre, piedad, ó suerte afortunada.
La ira amenazada
Por el dia postremo,
Contra el pueblo blasfemo,
Aquí aprueba el dolor, sin los rigores,
Con tempestivos llantos y clamores;
¡Cuán diferente efecto el tiempo ordena!
Suspiros y dolores
Á tiempo, causan gloria, sin él, pena.
Vos, pues, ¡oh noble y tierna compañía!
Que conducidos de un ardor celoso
Juntos formais la más piadosa pompa,
Proseguid el intento generoso
Y el celo del varon de Arimatia,
No vestiduras, sino entrañas rompa,
Suene la horrible trompa,
Los pífaros y cajas
Con sordas voces bajas,
El luto arrastre en bultos y estandartes,

Y con ellos las armas, letras y artes,
Honren el lamentable simulacro,
Y heróico en todas partes,
Resuene el nombre del entierro sacro.

CANCION REAL PANEGÍRICA

AL REY DON FELIPE III

EN LA SOLEMNIDAD Y FIESTAS DE LA BEATIFICACION DE NUESTRA GLORIOSA MADRE SANTA TERESA DE JESUS.

CANCION.

Pues en estos sagrados regocijos
Que vuestra España, el orbe todo vuestro,
Á la más varonil mujer ofrece,
¡Oh gran Filipo, honor del siglo nuestro!
Coronando la gloria de sus hijos
Vuestro admirable celo resplandece,
Razon será que la que en vos florece
Planta, no ménos vuestra, que de Elias,
Con increible gusto
De vuestro padre augusto
Nácida un tiempo en las entrañas pias,
Agradecida agora al alto celo
Que á Dios ha dado tantos
Con su favor, para servirle, santos,
Y despues venerables los dá al suelo
Rodeada de luz y de consuelo
En las solemnes pompas de su Madre,
Reconozca el aumento de su gloria,
Al çelo de hijo y padre,

Celebrando de entrambos la memoria.
Pero dejando agora el nuevo lustre,
Nuevo verdor, que al oro, y á las flores,
De su triunfante é imperial corona
Se añada con gloriosos resplandores,
Á vuestro padre en la region ilustre
Por el aumento, en que se perfecciona
La planta que sus méritos corona,
La reforma de Elias,
Pues sólo á vuestra sombra
Crece, y al mundo asombra
El fruto que ya lleva en nuestros dias,
Creciendo ¡oh gran Monarca! á vuestro arrimo,
Fértil, bella y florida,
Justo es, que á la cultura agradecida,
De su primera flor y el fruto opimo,
El vistoso follaje y el racimo,
Las palabras, las obras con que vive,
Esta familia y cual la vid en olmo
En vos, Filipo, estribe,
Suba, florezca, y rinda bello colmo.
Yo, en su nombre, á ofreceros me anticipo,
No de su flor y fruto extraños dones,
Sino los mismos que ella deposita
Eternamente, en vos, sus corazones,
Os ofrezco otra vez, que de Filipo
Es toda la reforma del Tesbita,
En quien vemos que agora resucita,
Todo lo que murió del primitivo
Fervor, que en rica mina
Tebaida y Palestina,
Carmelo, Egipto y Siria vieron vivo;
Esto, pues, todo con el lustre nuevo
Que recibió de vos, ya vuestro era,

Mas cual si suyo fuera
Lo aceptad, que en su amor es lo renuevo:
Porque si presentaros algo debo
En su nombre, que vuestro ya no sea,
¿Qué habeis de recibir? si para honraros
De nuevo, cual desea
De vos ha de quitar, lo que ha de daros?
Volved alegre ya el sereno rostro,
Y en cuanto la corona del imperio
Vuestro, rodea, ciñe, mide abarca,
Mirad cómo por todo ese hemisferio
De la que á vuestros piés reales postro,
Familia del celoso Patriarca,
Ínclita y alta fama ¡Oh gran Monarca!
Con tan glorioso vuelo se difunde,
Que adonde vuestro nombre
Con inmortal renombre,
Allí tambien el del Carmelo cunde;
Que entre aquesos ejércitos formados
Con que enfrenais, con que asombrais la tierra,
Ya en paz, ya en justa guerra,
Este de capitanes reformados
Para mayores trances reservados,
Vuestros Reinos adorna y asegura,
Y por ellos y vos, en cruel batalla
Pelea y se conjura
Contra el poder de la infernal canalla;
Unos vereis, en estos escuadrones,
Vedlos, que en su valor vereis el vuestro,
Armados con la luz de varias ciencias
A quien el sumo espíritu Maestro,
Adorna con la copia de sus dones
Y divinas infunde inteligencias;
Otros, con rigurosas penitencias,

Y otros tambien, no otros, esos mismos,
Que en estáticos vuelos,
Ya suben á los cielos,
Ya humildes bajan hasta los abismos,
Y al enemigo dan, do quiera, caza;
Todos se aprestan para dalle alcance,
Y en el horrendo trance,
Cuál de la fé el pavés invicto embraza,
Cuál de la caridad viva la maza,
Este y aquel y todos bien armados,
Dando de su destreza testimonio,
Triunfan esforzados
Del mundo, de la carne y del demonio.
Fuertemente pelean, pero agora
En paz rodean, el trïunfo sacro
De su famosa invicta capitana,
Y erigiéndole eterno simulacro
La escuadra bella á su restauradora,
Canta sus glorias, en su pompa ufana;
Ella, desde la cumbre soberana,
Sobre sus corazones gracias llueve,
Mercedes y favores,
Y á públicos fervores,
Con el afecto maternal los mueve.
Vos Filipo tambien desde la cumbre
De vuestra real grandeza piadosa,
Con semblante gozoso
Conformando la vuestra y su costumbre,
Honrais la religiosa muchedumbre,
Que honrar procura el triunfo de Teresa:
¡Oh verdadero Príncipe cristiano!
Cuyo amparo profesa
Dar, con su ejemplo, á la virtud la mano.
No contento, el gallardo heróico brio

Que en vuestro corazon arde abrasando
Entrambos ejes frígidos del mundo,
Ni satisfecho del imperio blando
Tan poderoso y fuerte, cuanto pío,
Donde el valor, donde el saber profundo
En vos tercer Filipo, del segundo,
Reconocen los siglos heredado,
(Que por la reverencia
De tan ilustre herencia,
A decir no se atreven, mejorado),
Á nuevas glorias su valor aspira,
Y de sí mismo sólo en la victoria
Funda toda su gloria,
Donde el pecho real su centro mira.
Aquí el augusto corazon respira
De los cuidados graves; aquí abunda
De paz, y sin que el tráfago lo estorbe
Goza de ella, y redunda
De la de su Señor á todo el orbe.
Pudiérades, Filipo, contentaros
Con dar á entrambos polos justas leyes,
Y en ellas esta paz que el mundo goza,
Ó sobre cuellos de protervos reyes
Entre despojos bárbaros, preclaros,
En cuya fé, ya España se alboroza,
Ollar el mundo en trïunfal carroza;
Pero con gloria y con valor diverso
Á vuestros piés reales,
Ya por líneas iguales,
Cual centro mira el círculo universo,
Que al imperio, al esfuerzo, á la prudencia,
Á los trïunfos, glorias y despojos,
Viles en vuestros ojos,
Ayuntastes, con ínclita eminencia

De todas las virtudes la excelencia,
Con tal conformidad, con tanta gracia,
Que el mundo gloriöso, aunque vencido,
Se muestra á la eficacia
De la virtud, por ella, á vos rendido;
Con tal amparo, que virtud no crece,
Con tal ayuda, que valor no medra,
Y con ejemplo tal, quien ya no es justo:
Crezca el laurel, y enrédese la yedra,
Y formen las guirnaldas que merece
El virtuoso, el sábio, y el robusto,
Que la justicia ocupa el trono augusto,
Y á semejanza del poder divino,
Dá en su amigable gremio
El mérito y el premio,
Pues con favor y ejemplo, abre el camino
De la virtud, que él premia con trofeos;
¡Oh edad feliz de tantas glorias llena!
No solamente buena
Con la fama de inútiles deseos,
Disimulando horror de efectos feos,
Sino con la verdad de un celo santo
Que hoy en vuestras repúblicas contemplo
Por vos, Filipo: ¡Tanto,
Puede de un solo Príncipe el ejemplo!
No la conquista, no, de Terrenate,
La toma de Alarache, y la Mamora,
Ni la expulsion del pérfido morisco,
Con otras mil vitorias que mejora
Vuestro nombre en el bélico combate,
(Asombro del orgullo berberisco);
Tan digno á vuestros hechos obelisco
Levantan, cuanto sola aquesta empresa,
De la virtud hazaña,

Que ilustra más á España,
Que las que ella á sus príncipes confiesa;
Ea, señor, prosígase ese brio
Y vuestros prolongados sucesores,
En sus predecesores
Que aumentaron de España el señorío,
No cuenten sólo al casto, al sábio, al pio,
Al generoso, al fuerte, y al valiente,
Pues pueden ya con dos honrarse tanto,
Uno, el sábio, el prudente,
Y tras él, un tercer Filipo, el Santo.
Que á tales esperanzas nos previene
De vuestra vida el celestial discurso,
Con resplandor de un bien futuro eterno,
Aquel contínuo en todo á Dios recurso,
Aquel respeto fiel, de donde viene
El acierto y la paz en el gobierno,
Político, doméstico é interno,
De vuestros Reinos, casa, y vuestro pecho,
Aquel devoto culto,
Entre el vário tumulto
Otro David, el continente leçho,
Ese real semblante sazonado
Con diversos afectos, agradable,
Grave, sereno, afable,
Aquel temor de Dios, y del pecado,
(¡Oh temor en un rey, bien empleado!)
Todo, nos asegura la esperanza
Que de tales principios concebimos,
Y á todos nos alcanza
El fruto que en su efecto recibimos;
Todos gozamos de él: pero entre todos,
¡Quién lo pensara! no á la tierra sola,
Á los cielos tambien les cabe parte,

Todo junto amenaza,
La mar con alboroto;
Con tempestad el cielo; navecilla,
No veo ya otra traza,
Sino ofrecerte en voto
Al Neptuno de aquesta maravilla;
Anégate en su orilla,
Que cuando en él te anegues
Podrá ser que más presto al puerto llegues.
En tí se anegue y hunda,
Piélago soberano,
Piloto, puerto, norte, mar y guia;
El alma que en tí funda,
No en este mundo vano
Su gozo, su consuelo, y alegría;
Amanézcale el dia
De tu rostro divino,
Y hállete á tí, perdiendo su camino.

Á LA CIUDAD DE ZARAGOZA

EN LA MUERTE DEL REY FILIPO III.

CANCION.

Las lágrimas piadosas
Que augusta ofreces, al difunto *Augusto*,
Si no son envidiosas
Del nuevo gozo de su trono justo,
Para nuevos despojos
Deja, no de verter, sino en los ojos.

Las que exprimió el quebranto
Dístele dulcemente el alegria,
Que si con triste llanto
Llora al morir del sol, la noche fria,
Á su nacer el alba
Con lágrimas riendo le hace salva.

Tu sol se puso, y luego,
Tras breve noche de su luz ausente,
Con celestial sosiego
Amaneció á las puertas de su Oriente;
Cual, sin que se lo estorbe,
Nace y muere este sol á opuestos orbes.

Pero en el tuyo mismo
Nace con nueva luz el mismo Febo,
Que á pesar del abismo,
Luce el mismo Filipo, y otro nuevo;
El mismo en la grandeza,
Otro, en el brio juvenil, que empieza.

Á las llorosas voces
Que repiten el nombre del segundo,
Ya del que reconoces
Por tercero, responde el eco al mundo;
Dice el dolor, Filipo,
Filipo el gozo; y de ambos queda el hipo.

Aumenta y satisface
Un mismo nombre el general deseo;
Do muere el dolor, nace,
Y el gozo renaciendo á nuevo empleo,
Cual fénix se eterniza
Ardiendo de Filipo en la ceniza.

Trueca, pues, ya, Salduba,
Los lutos embrocados rozagantes ,
El son al cielo suba
De tímpanos y cítaras sonantes;
Y en alternados coros,
Cantares se repitan, no más lloros.

Y tú florida escuela,
Albergue de las musas escogido,
Alegre las consuela
El triste llanto en gozo convertido;
Y todas á porfía
Los lábios desplegad con alegria.

Que con el nuevo amparo
Todo se restituye y se mejora,
Y el siglo un tiempo avaro,
Agora liberal al mundo dora;
Pues con igual decoro,
Se dá y pospone á la virtud el oro.

Reina ya la justicia,
Florece la piedad, luce la ciencia,
Campea la milicia,
Respira sin agravio la inocencia;
Hay premio, y hay castigo,
Y sólo el bueno priva y es amigo.

AL ÉXTASIS DE SANTA TERESA

Y DEL VENERABLE PADRE FRAY JUAN DE LA CRUZ,

TRATANDO DEL MISTERIO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

OCTAVAS.

¿Qué es esto? ¡Santo Dios! ¡Jesús! ¿Qué es esto?
¡Qué luz, qué resplandor tan admirable!
El venerable Padre está traspuesto;
Y traspuesta la Madre venerable;
Ambos conformes, en un mismo puesto
Forman un espectáculo notable,
Juan, suspenso en el aire, en luz inmensa,
Teresa, de su voz, en luz suspensa.

Al alto rayo del misterio trino,
Ferviente Juan, abrió el divino lábio,
Librando con espíritu divino,
Lo que con sólo humano fuera agravio;
Correspondió al estilo peregrino
Peregrina mocion, que al pecho sábio
Robó el aliento, fuerzas, voz y brio,
Dejando el alma ardiendo, el cuerpo frio.

Acrecentó la llama el sacro robo
Alijerando sobre el aire el barro,
Y dejando á Teresa en dulce arrobo,
Volaba Juan con resplandor bizarro;
Así veloz por el eterno globo
Arrebatado en fulminante carro,
Voló el Tesbita, y al ministro atento,
Dejó en su manto el duplicado aliento.

El aliento de Juan con que encendia
Las ascuas de su amor, quedó en Teresa,
Que como de su oráculo pendía,
Quedó á la voz de sus alientos presa;
El corazon de entrambos preso ardia,
Él convertido en luz, ella en pavesa,
La pavesa quedó, y en dulce calma,
Voló la luz y el cuerpo tras el alma.

Cual al rigor del boreal concurso
Entorpecido el rápido arroyuelo,
Pára pasmado en medio de su curso
Que en grillos de cristal enfrena el suelo,
Así de Juan, el místico discurso,
Cuando á la trina luz remonta el vuelo,
Al soplo celestial, que el pecho enciende,
Pára suspenso, y al parar, suspende.

¿Qué lira de Anfïon? ¿Qué voz de Orfeo?
¿Qué canto de sirena pudo tanto
Como tu voz ¡oh Juan! que en alto empleo
Excedes los empleos de su canto?
Temple á tu lira el *Pastorcillo* hebreo
El arpa, que á su Rey suspende, en tanto,
Que yo tu dulce suspension oyendo,
La voz, la lira, el ánimo suspendo.

DULCILOQUIOS ESPIRITUALES DEL DIVINO AMOR. (1)

I.

DE LA COMPUNCION.

Dulce amor de mis entrañas,
Mi dulce y eterno amor,
Que en regalado dulzor
Las almas que abrasas bañas;

Baña y abrasa la mia
Con tu encendido raudal,
Y consume lo mortal
Que la enciende y que la enfría.

En las entrañas deseo
Verte y verte en medio de ellas,
Ardiendo en puras centellas,
Satisfecho mi deseo.

Entra, no te quedes fuera,
Mi bien y eterno sosiego,
Y de tu amoroso fuego
Haz mi corazon esfera.

Arda en incendio amoroso
Mi abrasado corazon,
Y en llamas de dulce union
Goce la esposa á su esposo.

(1) En estas bellísimas composiciones, que su autor llama *Dulciloquios*, domina el mismo gusto que en las poesías de Santa Teresa de Jesús y de San Juan de la Cruz.

¡Oh Rey! á quien obedece
El imperio de mi alma,
Recibe, mi Rey, la palma
Que mi corazon te ofrece;

Reina tú en mi pecho, reina,
Que si reinas tú en mi pecho,
Tambien será por derecho
Mi alma tu esposa y reina.

Mas ¡ay mi Dios y Señor!
¡Ay de mí! cómo se atreve
Sin mirar á lo que debe
Mi desatinado amor;

Siendo yo quien te ofendí
Y te dí tantos enojos,
Oso levantar los ojos,
Señor, delante de tí?

¿Cómo me atrevo atrevido
Á abrir ante tí los lábios,
Á quien con tantos agravios
Tengo, mi Dios, ofendido?

¿Quién hay, Señor, en el mundo,
Que estando en la luz que estoy,
Haya sido cual yo soy,
Tan vil, tan ciego é inmundo?

Pues siendo tal como puedo,
¿Cómo me atrevo á mirarte,
Á reirme, á requebrarte,
Tan sin respeto ni miedo?

¡Ay mi Dios, ay mi Señor,
Ay mi soberano Juez!
Dáme licencia esta vez
Para invocar tu favor.

Perdona, Padre, perdona
Á este vil pródigo hijuelo,
En quien tu paterno celo
Más sus grandezas pregona,

Padre; mas ¡ay! que me aflijo,
¿Cómo te oso llamar Padre
Sin que á mí, triste, me cuadre
El dulce nombre de hijo?

Invoque este dulce nombre
El que cual hijo te ama;
Pero no el vil que te infama
Con su infame y vil renombre.

No, yo, que con vida ruin
Tu santo nombre blasfemo,
Pues ni te amo, ni te temo,
Ni te reverencio al fin.

¿Cómo, pues, te invocaré?
¿Con qué título soy tuyo,
Y si no soy tuyo, cuyo,
Y á quién, triste, llamaré?

Mas tú eres, Señor, mi Rey
Y mi natural Señor,
Mi Dios y mi Redentor,
Y yo tuyo en toda ley.

Recibe, pues, con blandura
Á tu esclavo y tu vasallo,
Que fuera de tí no hallo
Dueño de esta criatura.

Trátame como quisieres,
Que á tus piés rendido estoy;
Yo hice como quien soy,
Mas tú harás como quien eres.

No me dés, Señor, regalos
Como á hijo en luz sutil,
Sino como á siervo vil
Golpes, látigos y palos;

Y aunque á los hijos azotes
Y dés regalos al cabo,
Á mí, como á vil esclavo,
Dáme solamente azotes;

Y áun cuando más vengativo
Á los esclavos maltrates,
Á mí será bien me trates
Como á esclavo fugitivo.

¡Cuántas veces te me fuí!
¡Cuántas veces te dejé!
¡Cuántas, despues que torné,
Torné á dejarte y huí!

¡Oh, inconstancia de mi vida!
¡Oh, flaqueza miserable,
¡Oh, naturaleza instable
Sólo en serlo establecida!

Enflaquece mi esperanza
Mi repetida flaqueza,
Viendo que sólo hay firmeza
En hacer del bien mudanza.

¿Qué es posible, que tan ciego
En mi vanidad viviese,
Que apenas me convirtiese
Cuando divirtiese luego?

¡Oh luz y eterna dulzura!
¿Sin tí mi bien qué buscaba?
¿Dónde iba? ¿en qué pensaba
Tan léjos de mi ventura?

¡Cuán lejos! ¡cuán lejos! ¡cuánto!
De vista al fin te perdí,
Y áun tú me perdiste á mí,
Con ver tan de léjos tanto;

Que al pecador ni le vés
Ni tampoco le conoces,
Ni oyeras jamás sus voces
Si miráras quién él es.

Mas si yo no lo merezco
¿Por qué á tus ojos resisto?
Mira, Señor Jesucristo,
La cara que á tí te ofrezco;

Con ella verás mi bien,
Mi bien pagando mi mal,
Y no podrás mirar mal
Por quien miraste tan bien;

Cuando airado con furor
Te enojáras contra mí,
Mira aquel rostro, que allí
Templaras luego el rigor.

Detén, pues, Señor, el brazo,
Detente, no le descargues,
Sino es mi Dios que le alargues
Para darme algun abrazo;

Que aunque yo no merecía
Por mi abominable yerro,
Sino que como á un vil perro
Me tratases cada dia;

Pero tu inmensa piedad
Trueca el castigo en regalo,
Y hace báculo del palo
Para mi debilidad.

Dás medicina en la herida,
Y en la enfermedad salud,
En la flaqueza virtud,
Y con la muerte la vida.

Dás tesoro en la pobreza,
Desahogo en la apretura,
La virtud en la clausura,
Y en la pequeñez grandeza.

Cuando castigas, regalas,
Y cuando aflijes, consuelas,
Adormeces, si desvelas,
Y con el peso, das alas.

Todo con saber profundo
Por nuestro bien lo trastruecas,
Mas ántes bien lo destruecas
Del trueco que le hace el mundo;

Que como él anda al revés
Y tú por contrario modo,
Todo en él se trueca, y todo,
En tí vuelve á ser lo que es.

En tí mi Dios, todo es gloria,
Todo es luz, vida y consuelo,
Descanso, alegría, cielo,
Palma, trïunfo y victoria.

No hay pena, no hay afliccion,
No hay tristeza ni amargura,
Porque todo eres dulzura
Y dulce consolacion.

En tí hallo lo que pierdo,
Sin tí pierdo lo que hallo,
Hablando contigo callo,
Y en tí callando soy cuerdo.

Contigo todo me sobra,
Y sin tí todo me falta,
Sin tí la sobra me es falta,
Contigo la falta, es sobra.

Eres tú mi dulce centro
En quien todo es dulce paz,
Fuera de tí, no hay soláz,
Todo es guerra, lid y encuentro.

En tí vivo, sin tí muero,
Contigo venzo y trïunfo,
Sin tí en el mismo trïunfo
De el triünfo desespero.

Gozo contigo un abismo
De gloria y bien soberano,
Sin tí soy un pobre y vano,
Y contigo soy tú mismo.

El polvo en sí me trasforma
Cuando sin tí el polvo abrazo,
Y en tu castísimo abrazo,
Gozo una divina forma.

A tan alto ser mi Dios
Levantas á la nonada,
Porque contigo abrazada
Estais ya juntos los dos.

¡Oh mi bien y eterna luz!
Vuelve la luz á mis ojos,
En virtud de los despojos
Que nos ganaste en la Cruz.

Abre esas dulces entrañas
Por mí tan dulces y abiertas,
Para que por esas puertas
Entre á gozar tus hazañas;

Que los envuelves en sombra
De noche horrible y oscura,
Y que tu luz blanca y pura
Más los confunde y asombra;

Que en medio de aquesta niebla,
Con cuyo horror los confundes,
Sútilmente les infundes
El rayo de tu tiniebla;

Que escondiéndoles tu luz
Les oscureces sus luces,
Que los pones en mil cruces
Y todo es perpétua cruz;

Y áun cuando más blando y tierno
Previenes su desposorio,
Les dás aquí un purgatorio
Y áun un pedazo de infierno:

Otras mil cosas, Señor,
De tí dicen á este modo,
Y que te lo achacan todo
Jura mil veces mi amor.

Que tú, mi Dios, ni te vas
Del alma, ni haces ausencia,
Pues con tu real presencia
Dándole el sér siempre estás;

Ni se puede oscurecer
Tu lucidísima lumbre,
Aunque á mí ménos me alumbre
Por mi imperfecto entender;

Ni castigas con rigor,
Pues cuando tú más castigas,
Siempre á ménos nos obligas
Y queda el hombre deudor.

Ni te olvidas y descuidas
Del que en tí pone cuidado,
Ántes del más descuidado
Tú perpétuamente cuidas;

Y tanto cuidas de mí,
Señor, y de cada uno,
Como si de otro ninguno
Hubiera cuidado en tí;

Como si de cielo y tierra
Y de todo te olvidaras,
Y sólo de mí cuidaras,
Así en mí tu amor se encierra.

Notas todas mis acciones,
Palabras y pensamientos,
La raíz de mis intentos,
Y el fin de mis intenciones;

Y por más que te dé enojos
Y quiera de tí alejarme,
No puedes de tí apartarme
Ni de mí apartar los ojos;

Ni aunque yo te aborreciese
Me dejarias de amar,
Por no dejarme tornar
En nada, y que pereciese;

Que el sér, nace de tu amor,
Y á nada de cuanto hiciste
(Amor mio) aborreciste
Ni negaste tu favor;

Porque en tu amor todo nada,
Y sin tu amor, todo sér
Dejara al punto de ser,
Y fuera en un punto, nada.

¿Cómo dicen, pues, ¡Dios mio!
Si esto es verdad, como és,
Tantas cosas al revés
De lo que creo y confío?

Pero ya, Señor, lo entiendo,
Que no es la queja sin duda
De la falta de tu ayuda,
Como yo aquí reprehendo;

Sino de aquella presençia
Que al alma baña y regala,
Cuando fuego puro exhala
Su ocultísima influencia;

Cuando cubriendo tu faz
Y oscureciendo tu luz,
Dejas las almas en cruz
Faltas de luz y de paz;

Dejas á secas el gusto,
Y el gusto y sentido á secas,
Hallando sus fuentes secas,
Penan con sumo disgusto;

Falta el celestial rocío
De sensible devocion,
Que dá triste devocion
Seco, estéril, yermo y frio;

Aquí es el gemido y llanto,
Aquí la pena y tormento,
La queja y el sentimiento,
Tristeza, dolor y espanto.

Pero, ¡y mi Dios y mi bien!
Ya no lo sufro, mi amor,
Sin regalo y sin dulzor,
¿Cuando tú, mi Dios, y á quién?

¿Quién de veras te buscó
(Bien mio) que no te hallase,
Te halló, que no te gozase,
Te perdiese, si te amó?

¿Quién en tí buscó su pena,
Que no hallase en tí su gloria,
Y en tu más triste memoria,
Memoria de gozos llena?

Andas rondando la puerta
Del alma que te desvía,
Y porfías, si porfía,
Hasta que la hallas abierta;

Esperas toda la noche
Asido de sus aldabas,
Y en ellas la vida acabas
Sin que ella por tí trasnoche;

De rocío aljofarado
Te halla á sus puertas la aurora,
Y ella, muy como señora,
Duerme sin algun cuidado;

Tienes tu gusto y deleite
Con él, y en dársele al hombre,
Y no hay cosa que te asombre
Porque al hombre le deleite;

Tú que convocas y llamas
Te convidas y pregonas,
Ofreces, y dás coronas,
Dones y gracias derramas.

¿A quién negaste el consuelo?
El beso, y abrazo, á quién?
Mi dulce y eterno bien,
Dulce bien de tierra y cielo;

Todo abrasado en amor
Al alma gozoso llegas,
Y en un diluvio la anegas
De dulcísimo dulzor,

Unido con lazo estrecho
Estrechas de amor el lazo,
Y con apretado abrazo
La metes dentro del pecho.

¿Qué deleite soberano
(Sin que el humano le toque)
Causa aquel divino toque
De lo divino en lo humano?

¿Qué de luces tan ardientes,
Qué de lucientes ardores,
Qué de Abriles, Mayos, flores,
Auroras, soles y Orientes?

¿Qué regalo, qué descanso,
Qué baño tan apacible,
Qué luz tan inaccesible,
Qué soplo tan blando y manso?

Todo es luz, todo pureza,
Todo amor, todo blandura,
Todo requiebro y dulzura,
Derretimiento y terneza;

No suena allí, sino amor,
Amor mio, en quien respiro
Dulce bien, tierno suspiro,
Mi dulce y tierno amador;

Fiel esposa, y dulce esposo,
Tuyo es mi honor, tuyo el mio,
Mi honra de tí confío,
Yo en tí mi tierno reposo;

Con mil palabras de miel,
Destiladas del panal
De la boca celestial,
Se requiebran ella y él;

Aviva y crece la brasa
De aquella viva aficion,
Y llama él, á el corazon
Con el fuego en que se abrasa.

Luce allí el divino rayo,
Baña un celestial rocío,
Pasma el alma, falta el brio,
Y queda en dulce desmayo;

Sopla un céfiro sutil
Que aclara y serena el alma,
Nada bulle, todo es calma,
Y abismo de gozos mil;

Pára suspenso el discurso,
Y con la vista suspensa,
En aquella vista inmensa
Anega el rápido curso;

El ojo atento y quïeto
No busca ni pestañea,
Sino que absorto se emplea
En gozar su eterno objeto;

Duerme en brazos de su amado
La tierna y amada esposa,
Y él dulcemente reposa
En los de ella reclinado.

¡Oh alma! que en suerte tal
Gozas de tan alta suerte,
Sin que nadie te despierte
De ese sueño celestial:

Si admite ese dulce sueño
Algun caudaloso empleo,
Acuérdale mi deseo
A tu esposa y á mi dueño.

Y tú ¡mi alma, alma mia!
¿Por qué mia y no de Dios?
¿Por qué no te vas en pos
De tan dulce compañía?

Por qué tan dormida estás?
En qué piensas? Cómo vives?
Por qué, dí, no te apercibes
Y aparejas más y más?

Por qué, pudiendo dichosa
Gozar bien tan soberano,
Estás mano sobre mano
Tan valdía y tan ociosa?

Qué tiene que ver conmigo
¡Oh tierno y dulce Jesús!
Todo lo que no eres tú
Ó no está unido contigo?

Quédese allá, vaya fuera,
Salga de mi corazon,
Todo amor, todo aficion,
Que no tiene en tí su esfera.

Y sólo tú, ¡mi esperanza!
¡Dios mio! te queda dentro,
Que tú sólo eres el centro
De mi bienaventuranza.

Tú eres, vida de mi vida,
Tú eres, alma de mi alma,
Tú eres, de mis triunfos palma,
Y eres, mi gloria cumplida.

Tú eres mio, y yo soy tuyo,
Mi Dios todo para mí,
Y yo, todo para tí;
Y con mis ánsias concluyo.

III.

DE LOS DESEOS CELESTIALES.

¿Qué es este mundo?
Es todo paja,
Es todo viento,
Es todo, nada.
Toda su gloria,
La que más larga,
Si es hoy, apénas
Ya no es mañana.
Es su hermosura,
Breve y liviana,
Cual florecilla
Que el sol abrasa.
Es su deleite,
Lazo de trampa,
Entre ojos verdes
Disimulada.
Es su dulzura
Tósigo en plata,
Píldora en oro,
Purga endulzada.
Es su tesoro
Moneda falta,

Plomo dorado,
Y de dos caras.
Es su contento,
Cual sombra vana,
Que al abrazarlo
Aire se abraza.
Es su honra, juego
De *pasa, pasa,*
Que sin que pase,
Piensan que pasa.
Son sus figuras
Como de farsa,
Miéntras que dura
Representarla.
Sus potentados
Ricas estátuas,
De hermosos cuerpos,
Pero sin habla.
¡Oh mundo vano!
¿Quién tras tí anda,
Siendo cual eres,
Dando tal paga?
¿Quién en tí pone
Su confianza?
¿Qué halla en tí bueno
El que te halla?
Burlas á todos
Y los engañas,
Y más los burlas
Si los halagas.
Dás dura muerte
Con vista blanda,
Y en paz fingida
Riendo matas.

Tienes los hechos,
No cual la cara;
Que ella deleita,
Y ellos maltratan.
Eres trajedia,
Gloria soñada,
Juego de niños,
De locos jaula.
¡Oh, ciegos hombres!
Que tan de gana
Huís la vida
Sin desearla.
Abrid los ojos
A la luz clara,
Y quitad de ellos
Las cataratas.
Almas dormidas
Y sepultadas
En el encanto
De esta nonada,
¡Oh! almas nobles,
Almas criadas
Para una gloria
Digna de amarla.
Vergüenza es grande
Ver derribada
Vuestra nobleza
A cosas bajas;
Ved que es bajeza
La honra más alta
Del mundo vano
Cuando os ensalza,
Que ya condena
Lo que ya alaba,

Y ya derrueca
Lo que levanta.
Presto deleita,
Más presto cansa,
Y al que le es dulce,
Presto le amarga.
Súbeos al trono,
Mas sin tardanza
Todo en un soplo
Lo desbarata.
¿Qué tiene bueno
Vida tan mala,
Que así os detiene
Que así os retarda?
¿Qué os enamora
Que os enmaraña,
Que os embelesa,
Prende y encanta?
Amad ¡oh ingratos!
Vida, y buscadla,
No donde agora
Con vil infamia;
Buscadla, donde
Solo se halla
Vida sin muerte,
Vida sin tasa.
Volved los ojos
A esa morada
Del alto cielo
Que es vuestra casa;
Vereis ¡oh ciegos!
Que á la esperanza
De un bien eterno
Fácil os llama;

Donde os promete,
Quien puede darla,
Vida que es vida
Ya eternizada.
¡Oh real palacio!
¡Oh dulce patria!
¡Oh templo hermoso!
Divino alcázar,
Fuente de vida,
Luz soberana,
Prados floridos
Flores sagradas,
Rios de leche,
Melosas aguas,
Claros arroyos,
Ondas plateadas;
Verde arboleda,
Frondosas ramas,
Hierba menuda
Y aljofarada,
Fresca ribera,
Sutiles auras,
Céfiros puros
Do aspira el ambar;
Márgen amena
Hermoseada
Con las alhombras
De flores varias;
Cultos jardines
Donde se enlazan
Cuadros de mirtos,
Murta y retama,
Donde la rosa
Brilla en su nácar

Y en los claveles
Arde escarlata,
En cuyas hojas
Cuando las baña
Frescas la aurora
Perlas ensarta;
¡Oh prado hermoso!
De eterna holganza
Bella floresta,
Nunca agostada;
Por tí discurren
Bellas escuadras
Que en tí celebran
Eternas Pascuas;
Arcos, vihuelas,
Cítaras, arpas,
Tímpanos, liras,
Címbalos, flautas,
Con melodía
Dulce, templada,
Hinchen los aires
De consonancias;
Voces divinas
Las acompañan,
Y en su armonía
Dulce arrebatan;
Al son alegres
Coros en danzas,
Corren y juegan,
Juegan y saltan,
Saltan y cruzan
Cruzan y bailan,
Bailan y brincan,
Brincan y danzan,

¡Oh dulce esposo!
Belleza rara
Bien todo mio
Dulzura blanda;
Todo me hiere,
Todo me llaga
De tus amores
Con la eficacia;
¡Fuego divino!
¡Divina fragua!
Arde en mi pecho
Luce y abrasa,
Baja y consume
Con vivas llamas
Mis impurezas,
Vicios y manchas;
Pastor y pasto
De tu manada,
Cordero tierno
Por mí sin lana,
No me deseches,
Si oveja errada
Vuelvo á tu aprisco
Débil y mansa;
Que aunque perdida,
Por tí ganada,
Vuelvo á ser tuya
Ya con tu marca.
¡Oh, vida eterna!
¿Quién no te ama?
¿Quién no te busca?
¿Quién no te alcanza?
¿Quién no te ruega?
¿Quién no te amansa?

¿Quién no se fia
De tus palabras?
Tú solo puedes
Con abundancia
Henchir los senos
Que tú dilatas;
Sólo tú alegras,
Sólo tú ablandas,
Sólo deleitas,
Sólo regalas,
Tú sólo llenas,
Tú sólo bastas,
Sólo tú hinches,
Sólo tú hartas;
Tú sólo crias,
Tú sólo guardas,
Sólo defiendes,
Y sólo amparas;
Sólo gobiernas,
Riges y trazas,
Tú sólo ordenas,
Y sólo mandas.
Tú sólo libras,
Y sólo salvas,
Sólo das cielo,
Premias y pagas:
Y, pues, tú sólo
Todo el bien causas,
Bien, todo mio,
Dáme tu gracia.

IV.

TEMOR AMOROSO.

Rey de mis entrañas,
Único bien mio,
Si á vos sólo pierdo,
Todo és perdido.
Aunque entre los hombres
Venga á ser bien quisto,
Y los gane á todos
Desde el grande al chico;
Aunque alcance nombre,
Dignidad y oficio,
Honra, gloria y fama
Entre mis vecinos;
Aunque para el cuerpo
Tenga mil alivios,
Paz en las potencias
Gusto en los sentidos;
Aunque más me vea
Cercado de amigos,
Seguido de extraños,
De todos temido;
Aunque me coronen
Por santo y divino,
Por nuevo milagro,
Por raro prodigio;
Aunque todo aquesto
Goce por mil siglos,
Si á Vos sólo pierdo,
Todo és perdido.

GLOSAS. (1)

I.

Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero,
Que muero, porque no muero.

(2) Cuando amor no consumia
Mi pecho, aunque lo abrasaba,
Más vivia en lo que amaba
Que en mí, pero en mí vivia;
Mas despues que en su porfía
Toda consumida fuí,
Y á Dios unida me ví
Con amor puro y fiël,
Ya toda, y del todo en él,
Vivo sin vivir en mí.

(1) Las glosas tan usadas por nuestros antiguos poetas del siglo xv.°, se conservaron en la poesía española en especial en el género religioso: en los *Cancioneros* y *Romanceros Sagrados* se encuentran con suma frecuencia, así como tambien en los *Certámenes* y *Academias* de los siglos xvi.° y xvii.°

(2) La letra que aquí se glosa, es de Santa Teresa de Jesús, y tambien fué glosada por ella misma: véanse los *Escritos de Santa Teresa* añadidos é ilustrados por D. Vicente de la Fuente, tomo I. Madrid. Rivadeneyra, 1861—8.°

Pero aunque en mí toda vivo,
Toda muero en mí tambien,
Porque no gozo aquel bien
De que viviendo me precio;
Y es el dolor tan esquivo,
Que al parecer desespero,
Pues en lo mismo que quiero
Tengo tal sobra y tal falta,
Que gozo vida tan alta
Y tan alta vida espero.
En este dolor tan fuerte
Es la pena tan crecida,
Que está en la muerte mi vida
Y en la vida está mi muerte;
Y como tan buena suerte
En el morir sólo espero
Y en el vivir mal tan fiero,
Tal daño de aquí recibo,
Que no vivo, porque vivo;
Que muero, porque no muero.



RÉPLICA.

II.

Si amais tanto el padecer,
Teresa, por vuestro esposo,
¿Por qué morís por morir?
¿No veis que mostrais que os cansa
La duracion del tormento?

—

Teresa quien penas ama,
No tiene que amar la muerte,
Que aunque es pena, lo es más fuerte
La que no es vida, y se llama:
Viva la que amor inflama
Si quiere en penas arder,
Y así vos que al parecer
Deseais la más creçida,
Amad Teresa, la vida,
Si amais tanto el padecer.

Vivid Teresa amorosa
Muriendo siempre de amor,
Que así mostrareis mejor
Vuestra llama fervorosa;
Si sois fiel y casta esposa,
No busqueis ni en Dios reposo;
Y así vivid un dichoso
Penar, que aqueste vivir,
Es más morir, que el morir,
Teresa, por vuestro esposo.

Si morís, aunque gozais,
Pero ya no mereceis,
Sin merecer no podeis
Amar más de lo que amais;
Si vivís, os mejorais
En amar, arder, lucir;
Y si esto causa el vivir
Y el morir es ya gozar,
Si vos morís por penar,
¿Por qué morís por morir?

El amante verdadero
Ni se cansa, ni lo muestra,
Con la suerte más siniestra
Y el tormento más severo;
A vos, Teresa, el más fiero,
Más os serena y amansa,
Y si es verdad que os descansa
Y nunca de él os cansais,
¿Por qué su fin deseais?
¿No veis que mostrais que os cansa?

Confieso dulce Teresa,
Que amor aspira á la union
Del amado corazon,
Que es todo el fin de su empresa;
Pero advertid, que profesa
Para prueba de su intento,
Un muy largo sufrimiento,
Porque es la prueba mayor
De la fineza de amor,
La duracion del tormento.

Á NUESTRO VENERABLE PADRE

FR. JUAN DE LA CRUZ. (1)

III.

ESTA COPLA FUÉ DEL VENERABLE PADRE
Y DECIA ASÍ:

Tras un amoroso lance,
Y no de esperanzas falto,
Subí tan alto, tan alto,
Que le dí á la caza alcance.

Tras Dios, su amoroso lance,
Juan, y no de plumas falto,
Voló tan alto, tan alto,
Que le dió á la caza alcance.

Es lance de cada cosa,
El que en cada cosa lanza,
De alcanzallo una esperanza
Qué hasta alcanzar no reposa:
El mundo con ansïosa
Fatiga sigue el alcance,
De lo que cuando se alcance,
Ha de dar mayor afan,
Y corre tras él: mas Juan
Tras Dios, su amoroso lance,

(1) Véase el tomo I de los Escritores del siglo XVI.° de la *Biblioteca de Autores Españoles*. Rivadeneyra, Madrid, 1853, 8.°

No corre sino vüela
Juan cual águila divina,
Al sol en quien examina
La luz de su ardiente vela;
Allí, con feliz cautela,
Sus plumas quema, y un salto
Dá su desnudez tan alto,
Que toca las cumbres sumas,
Falto de todas sus plumas
Juan, y no de plumas falto.

Porque apenas se desnuda
Juan de su plumaje triste,
Cuando del suyo le viste
El que al sólo humilde ayuda;
Con tales alas no duda
En místico sobresalto
De darle á Dios un asalto,
Y así con divinas alas
Penetrando etéreas salas,
Voló tan alto, tan alto.

Qué tan alto! Tanto que,
A lo más alto llegó,
Pues al mismo Dios subió
Con alas de viva fé;
Tan alto que en él se vé
Cuanto á la fé se abalance
En un amoroso trance,
Y al fin tan alto se lanza
Tras la presa su esperanza,
Que le dió á la caza alcance.

LETRA DE UN CARMELITA CALZADO

EN FIESTA DE LA SANTA. (1)

IV.

Tanto monta, dijo Elias,
á Teresa, hija amada,
Ser descalza, ó ser calzada.

—

En éxtasi de su celo
Arrebatada Teresa,
De la regla que profesa
Buscando el primer modelo,
Dijo á Elías: el Carmelo
¿Es Carmelo en nuestros dias?
—Si ya las almas son frias,
Y el fervor no se ejercita,
Ser ó no ser carmelita,
Tanto monta,—dijo Elías.

Viendo su celo el gran Padre
A Teresa el pecho informa,
Para una nueva reforma
De quien la hace digna madre;
Y aunque el mal hijo la ladre,
De Elías su padre honrada

(1) «Letra de un Carmelita calzado,» dice el epígrafe; parece debiera decir descalzo, en contraposicion á la inmediata, que no sabemos si será de nuestro poeta.

Queda, y cual hija amparada;
Que al hijo tibio y sin rastro
De fervor llama padrastro;
A Teresa hija amada

Emprende dice el Profeta
Esta soberana hazaña,
Dando principio en España
A una reforma perfeta;
Descalza el pié, á quien sujeta,
Dios la máquina estrellada;
Serás sobre ella ensalzada,
Y pues así te remonta,
Verás, hija, cuanto monta,
Ser descalza ó ser calzada.

LETRA DE UN CARMELITA CALZADO

EN FIESTA DE LA SANTA.

V.

Si los Carmelos son dos,
Teresa, deciros quiero,
Que debeis mucho al primero,
Y el segundo os debe á vos.

LA COPLA DEL CALZADO.

Uno fué el Carmelo santo
Aunque de andanzas sujeto,
Al principio más perfeto,
Despues perfeto no tanto;
Vos Teresa con espanto
Del mundo que triunfa en vos,
Le restaurastes á Dios
Con primor tan alto y diestro,
Que es el primitivo, el vuestro,
Si los Carmelos son dos.

Y aunque al Carmelo remiso,
Tengais, Teresa, por padre,
Mas del ferviente sois madre,
Que es título más preciso;
Con esto madre os aviso,
Que cuando el vuestro prefiero

Entiendo aqueste postrero,
Y si dos Carmelos fundo,
Que es sólo vuestro el segundo,
Teresa, deciros quiero.

Mucho al primero debeis,
Que es mucho y suerte esquisita
El ser hija y carmelita,
Y esto por él lo teneis;
Pero negar no podeis,
Si guardais de madre el fuero,
Que le debeis al postrero
Como madre, más piedad;
Si como hija es verdad,
Que debeis mucho al primero.

Tambien en otro sentido
Debeis al postrer Carmelo,
Mucho amor y mucho celo
Que de honraros ha tenido;
Mas como todo es debido
A tal madre, quiere Dios
Daros los Carmelos dos,
Digo en un problema breve;
Que á vos el primero os debe
Y el segundo os debe á vos.

DÉCIMAS AL PENSAMIENTO. (1)

Pensamiento, sólo vos
Tanta nobleza teneis,
Que sólo á Dios mereceis
Y sólo os merece Dios;
Para en uno, sois los dos,
Y cuando sin él andais,
Á Dios y á vos os hurtais;
Á Dios, pues le sois infiel,
Y á vos, porque fuera de él,
Fuera de vos mismo estais.

Mirad bien, ¡oh pensamiento!
No perdais tan gran nobleza,
Convirtiéndola en bajeza
Por sólo un bajo contento;
Sólo en un divertimiento
Trocais tan alto renombre,
En un bajísimo nombre
De vuestra nobleza indigno,
Pues todo el mundo no es digno
Del pensamiento de un hombre.

(1) Estas décimas se imprimieron en la obra titulada *Arpa Cristífera*, del P. Fr. Martin de la Cruz. Zaragoza, 1655, Diego Dormer, 4.°

Mirad, pensamiento mio,
Que yo soy del todo vuestro;
Sed mi guia y fiel maestro,
Pues todo de vos me fio.
Señor sois de mi albedrío,
Adonde vais, allí voy,
Adonde estais, allí estoy,
Á quien alabais, alabo,
Y de quien vos sois esclavo,
Yo esclavo vendido soy.

Mirad bien vuestro poder,
Generoso pensamiento,
Que podeis en un momento
Inmenso bien merecer;
Procurad bien entender
La dignidad que os apunto
En sólo aqueste barrunto;
Que un pensamiento el más breve
Si en Dios se pone cual debe,
Vale más que el mundo junto.

Mirad vuestra lijereza
Que solamente de un vuelo,
Podeis escalar el cielo
Y rodear su grandeza;
Allá volad con presteza,
Allá vivid; que allá dentro,
Gozareis paz sin encuentro
Y el centro de la quietud,
Pues esa vuestra inquietud,
Sólo en Dios halla su centro.

Henchid ya de Dios los senos
Si tanto amais vuestra paz,
Y pues de Dios sois capaz
Nunca os contenteis con ménos;
No pretendais verlos llenos
Con alguna criatura,
Porque toda su dulzura,
Por más que alegre su afeite,
Bien puede daros deleite
Pero no jamás hartura.

Sólo en el que es sólo bien
Hallareis un bien sin mal,
Y no podreis vivir mal
Donde todo vive bien;
Allí vivid, y tambien
Por vos entre el alto coro,
Veria yo el bien que adoro,
Para que en su dulce union,
Allí esté mi corazon
Adonde está su tesoro.

LETRAS Y VILLANCICOS

PARA DESPERTAR LA MAÑANA DE NAVIDAD. (1)

I.

Despertad, oh carmelitas,
Con campanitas,
Venid á Belen
Vereis un chiquito,
Que es Dios infinito,
Llorando por vuestro bien.
Despertad bellos zagales,
Corred apriesa al portal,
Vereis al mayor zagal
Envuelto en pobres pañales;
Y á los coros celestiales
Dándole gloria tambien:
Venid á Belen, etc.
Vereis un niño de perlas
Que por sus ojos las vierte,
Porque con dichosa suerte
Podamos todos cojerlas;
No se pierdan por no verlas
Ó por verlas con desden:
Venid á Belen, etc.

(1) Toda esta parte de las poesías de Fr. Gerónimo es completamente del género de los *Cancioneros* y *Romanceros Sagrados*, en los que con tan amigable consorcio campea la devocion con las fiestas y costumbres populares.

Venid y vereis al sol
Nacido en brazos del alba,
Esperando vuestra salva
Á la luz de su arrebol;
Vaya adelante el farol
De la fé que alumbra bien:
Venid á Belen, etc.

II.

Acudid con altos fines
Carmelitas querubines,
Corred al coro,
Que empieza el preste con lloro,
Y cantan los serafines;
Corred, que ya está vestido
De nuestra naturaleza,
El preste, y llorando empieza
El oficio, á que ha venido;
Oid su tierno gemido
Y con flores y jazmines
Corred al coro,
Que empieza el preste, etc.
Los cantores celestiales
Ya han dicho el invitatorio,
Y esperan al responsorio
Las voces de los mortales:
Dejad el sueño, zagales,
Y con fervorosos fines,
Corred al coro,
Que empieza el preste, etc.
El himno han cantado ya
Haciendo lúcido alarde,

Corred presto que ya es tarde
Y el coro parado está;
Id que os esperan allá
Ángeles y querubines,
Corred al coro,
Que empieza el preste, etc.

III.

Despertad zagalejos
Con fiesta y prisa,
Que hoy á media noche
Ya és medio dia.
Despertad que el alba
Ya colorea,
Rodeada de aljófar
Y el sol de perlas.
Si mirais del cielo
La faz serena,
Vereis con risa
Que hoy á media noche,
Ya és medio dia.
Á la media noche
Cuando su sombra
Víste al mundo todo
De negras ropas,
Con divinos rayos
El sol lo dora,
Y él lo publica,
Que hoy á media noche,
Ya és medio dia.
Como el Sol divino
Nace en las almas,

Que es el cielo adonde
Luce y abrasa,
Todo allí lo ilustre
Todo lo inflama
Con luz divina,
Que hoy á media noche,
Ya és medio dia.

Á LAS PROFESIONES DEL DIA DE LOS REYES.

IV.

El recien nacido Rey
Que su córte y trono forma
Entre las pajas humildes
De una mal compuesta choza,
No ceñida de escuadrones
Ni con imperiales ropas
En trino de majestad
Con cetro y real corona,
Sino desnudo á un portal,
Ó cuando mucho con toscas
Fajas ceñido, y vertiendo
De sus ojuelos aljófar,
En los brazos de una Vírgen,
De este sol divina aurora,
Espera el tributo y feudo
De los reyes que hoy le adoran.
Pero tras de sus ofrendas
Y adoracion misteriosa,
Tambien espera la nuestra

Que á todos recibe y honra;
Con obras, pues, y deseos,
Llegamos todos agora
Á ofrecer de nuestras almas
Las más estimadas joyas;
Y en vez del oro que aquellos
Á los piés del niño arrojan,
Ofrezcámosle pobreza
Que es nuestra riqueza toda.
Por la mirra en que confiesan
Á Dios hombre, con devota
Humildad le presentemos
Castidad! mirra preciosa;
Y por el süave incienso
El rico y precioso aroma
De la obediencia ofrezcamos,
Que es ofrenda de más costa;
Estos tres preciosos dones
De los tres votos, que adornan
Nuestras almas, presentemos
Con voluntad fervorosa;
Con esto seremos reyes,
Padres, que si lo que vota
Cumple cual debe, ¿qué rey
Como un alma religiosa?

LETRA Á LO MISMO.

Si nuestras leyes y votos
Guardamos con perfeccion,
Paraiso es al alma la religion.
No hay en la tierra otro cielo
Otra gloria y paraiso,
Para el alma que ya quiso
Dejar la gloria del suelo;
Porque si paz y consuelo,
Gloria y paraiso son,
Paraiso es al alma la religion.
No tiene el cielo más bien
Que ver á Dios y gozallo,
Y esto en su manera hallo
En la religion tambien;
Vive en ella y vive bien,
Que con tal disposicion,
Paraiso es al alma la religion.
¿Qué buscas alma, en qué entiendes
Con deseos peregrinos?
Déjate de otros caminos
Si hallar á tu Dios pretendes,
Que si aqueste que hoy emprendes
Le sigues con perfecion,
Paraiso es al alma la religion.
Si paz buscas, si contento,
Si consuelo y alegría,
Si amorosa compañía

Y otras riquezas sin cuento,
Todo aquí te lo presento,
Pues con tan dichosa union,
Paraiso es al alma la religion.

SALIDAS DE PASCUAS.

Á LA VÍRGEN SANTÍSIMA.

Con alegres corazones
Á vuestros piés soberanos,
Que ufana besa la luna,
Humildes Vírgen llegamos.
No para ofrecer los dones
Que hoy os presentan los Magos,
Sino para recibirlos
Nosotros de vuestras manos;
No para daros las gracias
Por beneficios tan altos,
Antes bien para pediros
Al que teneis en los brazos;
Ese mismo zagalejo
Que hizo feliz vuestro parto,
Os pague las buenas Pascuas
Que con él nos habeis dado.
Bien logrado le veais,
Aunque para bien logrado
Creo, que puesto en la tierra,
No tendreis mejor entrambos;
Que él está en vos, como esposo
En su tálamo sagrado,

Como la perla en su concha,
Como en el cielo el sol claro,
Como en su vid el racimo,
Como avecica en el ramo,
Como el árbol en la huerta
Y como fruta en el árbol;
Cual está el lirio en el valle,
Como la flor en el campo,
Como monton en la era
Y como en su espiga el grano:
Cual vela en su candelero,
Como jüez en su estrado,
En su cátedra el maestro,
Y cual rey en su palacio;
Cual joyel pendiente al cuello,
Toison del cuello colgado,
Y cual *agnus* verdadero
En su mismo relicario.
Pero Vos, gloriosa Vírgen,
En este infantejo sacro
Estais, cual suele en su centro
Estar todo lo criado,
Pues al fin sois Vos la esposa,
El tálamo puro y casto,
La concha, el cielo, la vid,
El ramo y el árbol raro,
El valle, el campo, la era,
La espiga, el sauce y espacio:
Nave, cumbre, candelero,
Tribunal, cátedra, estrado,
Sois del soberano cuello
El relicario sagrado,
Y al fin sois Madre de Dios,
Que es fuente de elogios tantos;

Con esto lo digo todo,
Con esto os doy cuanto alcanzo,
Cuanto mereceis con esto
Y con esto al fin acabo.
Sólo os suplico nos deis
De tantos tesoros algo,
Con que os podamos pagar
Lo mismo con que os pagamos.
Pero si deseos sólos
De corazones hidalgos
Admitís, Vírgen, yo espero
Que no seremos ingratos;
Á vuestro puesto os volvemos,
Vírgen de donde os sacamos,
Para que de allí volvais
Benigna los ojos mansos.
Haced que ese zagalejo
Esté desde ahí oteando
Los corderillos que él cria
En este vuestro rebaño.
Quedados con él, Señora,
Y él con Vos, que con entrambos
Quedando siempre nosotros,
Pascuas será todo el año.

DIÁLOGO PARA LA NOCHE DE NAVIDAD.

—Baila, Gil, mientras que toco.
—Detente Bras, no hagas eso;
—Anda, Gil, que todo el seso
Es hoy el volverse loco.
—Pues nuestro Dios está aquí,
Bras, ¿por qué no tienes tiento?
—Ese mismo pensamiento
Me saca fuera de mí.
—Yo á sus ángeles convoco
Y con temblor le confieso;
—Anda, Gil, que todo el seso
Es hoy el volvernos locos.
—No consideras ¡oh Bras!
Que eres un gusano vil;
—No consideras ¡oh Gil!
Que Dios sufre mucho más?
Canta y bailemos un poco.
—Bras, hermano, tén más peso.
—Anda, Gil, que todo el seso
Es hoy el volverse loco.
—Procura Bras ser más cuerdo,
Canta, que el bailar es vicio,
—Yo, Gil, no tengo jüicio,
Si hoy el jüicio no pierdo.
—No digas eso tampoco,
Bras, que sin duda es exceso.
—Anda, Gil, que todo el seso
Es hoy el volverse loco.

—Mira que á Dios tienes hoy
Delante, tén reverencia;
—Cuando estoy en su presencia,
Yo, Gil, no sé donde estoy.
—Su misericordia invoco,
Bras, por yerro tan expreso;
—Anda, Gil, que todo el seso
Es hoy el volverse loco.
—Vuélvete loco, si quieres
Tener hoy Gil gran cordura;
—Si ello no fuera cordura,
Bras, yo haria lo que hicieres.
—Tú bailarás poco á poco;
—No seré yo tan travieso.
—Anda, Gil, que todo el seso
Es hoy el volverse loco.
—Tanto me harás, Bras, hermano,
Que siga tu testimonio;
—Eso sí, pese al demonio,
Baila y tocaré un villano.
—Ya mi parecer revoco,
Y de replicarte ceso;
—Anda, Gil, que todo el seso
Es hoy el volverse loco.

TRADUCCIONES.

HIMNO AL NACIMIENTO DE CRISTO. (1)

Cum medium silentium tenerent omnia, etc.

Era la media noche,
Muy más clara esta vez que el medio dia,
Y en su callado coche
La mitad de su curso andado habia;
Todo en silencio estaba
Y en medio del silencio reposaba.
Cuando la omnipotente
Palabra eterna del eterno Padre,
Cual sol resplandeciente,
Salió del alba de la Vírgen Madre,
Y de las sillas reales
Bajó á comunicarse á los mortales.
De paz ceñido el orbe
Gozaba de un sosiego soberano,
Y sin que lid lo estorbe,
Pacífico cerró su templo Jano,
Y con mayor tesoro
Volvió segunda vez el siglo de oro.

(1) La traduccion de este Himno y los demás que se siguen, se publicaron por primera vez en el libro titulado: *El Caballero de Avila* por la Santa Madre Teresa de Jesús, con un certámen poético, etc. Zaragoza, Diego Latorre, 1623, 8.°, páginas 514 y siguientes con este epígrafe· *Traduccion de los Himnos de la Santa Cruz á la devocion*, por un religioso carmelita descalzo.

Porque benignamente
La divina justicia, desde el cielo
Miró la humana gente,
Y nació la verdad acá en el suelo;
Do con union propicia
Se abrazaron la paz y la justicia.

HIMNO.

Pange lingua gloriosi, etc.

Canta ¡oh lengua! y entona
El combate famoso,
Del más glorioso encuentro, que se vido;
Dí, recuenta y pregona
El triunfo noble, honroso,
Sobre el trofeo de la cruz habido,
Cuando de amor vencido
El Redentor del mundo,
Venció muriendo el reino del profundo. (1)
De aquel engaño armado
Á su primer hechura,
El Hacedor de todo, condolido,
Cuando con un bocado
De la nunca madura
Fruta, incurrió en la muerte Adan, vencido,
Dios á piedad movido
Escogió allí el madero
Para soldar los daños del primero.

(1) Muerto venció las puertas del profundo.—*Texto impreso.*

Este admirable modo
Sin duda convenia
Á nuestro bien, que al artificio vano
De aquel traidor, que es todo
Engaño y tiranía,
Se acudiese con otro soberano;
Y con lo que el tirano
Hirió de muerte, hallase
La herida hierba con que se curase.
Llegada, pues, la hora,
Y del tiempo cumplida
La plenitud, al punto fué enviado
Del alcázar do mora,
El padre de la vida,
El Hijo, autor de todo lo criado;
Y del vientre sagrado
De la virgínea Madre
Salió hecho carne el Verbo, luz del Padre.
Recien nacido llora
En el angosto lecho
De un duro y vil pesebre reclinado;
La Madre que le adora,
El corpezuelo estrecho
Envuelve en pobres paños, y apretado
Aliña, y con cuidado
Lo ciñe, aprieta, y faja
Los piés y manos, con estrecha faja.

HIMNO.

Lustris sex, etcétera.

Seis lustros ya pasados,
Y cumplido el postrero
Término de su vida, en carne humana,
Los plazos ya llegados,
Á aquel manso cordero
Que nació para aquesto, de su gana,
Á la pasion cercana
Quiso ser entregado,
Y en una cruz por nos sacrificado.
Aquí es donde padece
Azotes, mofa, espinas,
Salivas, hiel, vinagre, bofetadas,
Y á los clavos ofrece
Piés y manos divinas;
El costado á la lanza, y desatadas
Dan las venas sangradas,
Ondas de un mar profundo,
Con que se lava el cielo, el suelo, el mundo.
¡Oh cruz! árbol dichoso
Y el más noble de cuantos
Sustenta amor y cria el suelo enjuto;
No hay selva, ó valle umbroso
Que produzca entre tantos,
Otro tan bello en hojas, flor y fruto;
Árbol que dá en tributo
Y que con rico exceso
Sustenta en dulces clavos dulce peso.

Inclina, pues, altivo
Árbol, las ramas bellas,
Y esas entrañas yertas blando afloja,
Y aquel rigor nativo
Nacido en medio de ellas,
Doble su gran dureza, porque coja
De aquesa fruta roja, (1)
De ese cuerpo divino
Del Rey eterno, el pobre peregrino.
Tú sóla digna fuiste
De llevar en tres ramas
Del siglo el precio, y el rescate nuestro;
Sóla tú al mundo diste
Cruz, que sóla nos amas,
Al mundo puerto, cual piloto diestro,
Cuando ya con siniestro
Naufragio peligraba,
Y en tí el cordero, de él, las manchas lava. (2)

(1) Doblen porque ofrezcas y que coja
La hermosa fruta roja.—*Texto impreso.*

(2) Á quien la sangre del cordero lava.—*Texto impreso.*

Á LA SANTA CRUZ.

Vexilla regis, etc.

Los pendones sagrados,
Del Rey de eterno imperio,
Á quien la trina máquina obedece,
Se ostentan desplegados; (1)
Y el célebre misterio
De la cruz victoriosa resplandece,
El misterio en que ofrece
Su vida y carne asida
Á un madero, el autor de carne y vida.

El gran misterio adonde (2)
Herido el Rey eterno,
De aquella cruel punta de la lanza,
Á su golpe responde,
Rasgado el pecho tierno,
Con otro de agua y sangre, donde alcanza
Nuestra esperanza puerto,
Y en larga vena, mana,
Onda que nuestra ofensa lava y sana.

(1) Ya salen desplegados.—*Texto impreso.*

(2) Aquel misterio adonde.—*Texto impreso.*

Cumplióse enteramente
Lo que ya en fiël verso
Canta David, en todo verdadero, (1)
Que Dios omnipotente
Señor del Universo,
Habia de reinar desde el madero,
Con absoluto fuero
En todas las naciones,
Librándolas de bárbaras prisiones.

¡Oh! árbol bello, hermoso,
Vestido y adornado
De aquella real púrpura preciosa!
Mil veces tú dichoso,
Pues fuiste señalado
Y escogido con suerte venturosa,
Para que como esposa
Tú ¡oh Cruz santa! del santo,
Abrazases el cuerpo sacrosanto.

Dichosa en cuyos brazos,
Hecha digna balanza,
Pendió el precio del siglo, el gran tesoro, (2)
Del cuerpo en cuyos lazos
Halló su libre holganza
La servidumbre del antiguo lloro;
Y al dulce amado coro,
Presa usurpada en vano,
Sacaste de las uñas del tirano.

(1) Lo que David en verso
Cantó, ya un tiempo, en todo verdadero.—*Texto impreso.*

(2) Del siglo el precio.—*Texto impreso.*

Salve, pues, oh dichosa
Cruz, esperanza cierta,
De nuestros males único remedio;
Y en la ocasion llorosa,
Cuando la vida muerta
Está dándonos vida con el medio (1)
Más estupendo, en medio,
Tú de nuestra desgracia
Perdona al malo, al bueno aumenta gracia.

(1) Nos la está dando con tan duro medio
Tu favorable en medio
De tan alta eficacia, etc.—*Texto impreso.*

AL ESPÍRITU SANTO.

Veni Creator, etc.

Ven ya con eficacia
¡Oh Criador espíritu! y visita
Las almas puras santas de los tuyos;
De soberana gracia,
De luz y de virtud, hinche infinita
Los fervorosos corazones suyos;
Los pechos que criaste,
Y con tu propio pecho amamantaste.

Desciende ya de arriba
Tú, que consolador eres llamado,
Dá vida del Altísimo preciosa,
Fuente de gracias viva,
Divino fuego, en lenguas desatado,
Caridad excelente y fervorosa,
Uncion divina y pura,
Que ablanda, suaviza, limpia y cura.

Tú que con siete dones
En las almas que apuras resplandeces,
Dedo y virtud de la divina diestra;
Tú, á nuestros corazones,
Promesa fiel del Padre, que enriqueces
Dando de tu asistencia clara muestra,
Las lenguas y los lábios
Con abundancia de sermones sábios:

Ven, pues, y dadivoso,
Tu luz enciende, en los sentidos ciegos,
Ahuyentando con ella el velo oscuro;
Infunde pïadoso,
Oyendo nuestras lágrimas y ruegos
En nuestros corazones, amor puro,
Y con tu fortaleza,
Ciñe de nuestra carne la flaqueza.

Arriedra al enemigo
Léjos de nos, no turbe nuestro pecho
Usurpando la silla que á tí place,
Y en tu seguro abrigo,
Inflúyenos la paz, que con estrecho
Vínculo, en uno, á todos nos enlace;
Para que así guiados,
Seamos por tí, de todo mal guardados.

Dános, Señor, que agora
Por tí al eterno Padre conozcamos,
Y al Hijo suyo eterno juntamente,
Que en él contigo mora;
Y á tí, divino espíritu, creamos
Ser de entrambos á dos, tú procediente,
Con ámbos un divino
Sér y esencia, y en personas trino.

EPIGRAMAS DE MARCIAL.

EPIGRAMA 12. LIB. VIII. AD PRISCUM.

Uxorem quare locupletem ducere nolim,
Quæritis? uxori nubere nolo meæ.
Inferior matrona suo sit, Prisce, marito:
Non aliter fuerint fœmina virque pares.

TRADUCCION.

¿Por qué rica no he querido,
Me preguntas, la mujer?
—Porque no pretenda ser
Del casamiento marido.

Inferior en casos tales
Sea la mujer en todo,
Que no serán de otro modo
Marido y mujer iguales.

EPIGRAMA 7. LIB. XII. DE LIGIA.

Toto vertice, quot gerit capillos,
Annos si tot habet, Ligia, trima est.

TRADUCCION.

Si tantos (quitando engaños)
Años tiene como bellos,
En su cabeza, cabellos,
Será Ligia de tres años.

EPIGRAMA 43. LIB. X. AD PHILEROTEM.

Septima jam, Phileros, tibi conditur vxor in agro
Plus nulli, Phileros, quam tibi, reddit ager.

TRADUCCION.

Mujeres siete hasta aquí
En tu campo has enterrado,
Á ninguno, Fabio, ha dado
Más fructo un campo que á tí.

EPIGRAMA 8. LIB. X. DE PAULA.

Nubere Paulla cupit nobis: ego ducere Paullam
Nolo; anus est; vellem, si magis esset anus.

TRADUCCION.

Por casarse vá detrás
De mí, Paula, y me festeja;
Yo no quiero porque es vieja;
Quisiera, si fuera más.

EPIGRAMA 81. LIB. V. AD ÆMILIANUM.

Semper eris pauper, si pauper es, Æmiliane.
Dantur opes nulli nunc, nisi divitibus.

TRADUCCION.

Siempre Emiliano serás
Pobre, si á ser pobre empiezas;
Que no se dán las riquezas,
Sino á los que tienen más.

EPIGRAMA 61. LIB. III. IN CINNAM.

Esse nihil dicis, quidquid petis, improbe Cinna:
Si nil Cinna petis, nil tibi, Cinna nego.

TRADUCCION.

Sí que es nada, lo que pides,
Dices siempre Cinna; luego
Nada yo Cinna te niego.

EPIGRAMA 37. LIB. VII. IN CINNAM.

Primum est, ut præstes, siquid te, Cinna, rogabo;
Illud deinde sequens, ut cito, Cinna, neges.
Diligo præstantem; non odi, Cinna negantem:
Sed tu nec præstas, nec citó, Cinna negas.

TRADUCCION.

Lo primero es, que me dés
Cinna, lo que pido, y luego,
Que me niegues lo que ruego,
Presto, te pido despues.

Cuando á dar ó negar llegas
Sin ódió amor gozarás;
Pero tú Cinna, ni dás
Á nadie, ni presto niegas.

EPIGRAMA 20. LIB. XII. AD LÆLIAM.

Dentibus atque comis, nec te pudet, uteris emptis
Quid faties oculo, Lælia? non emitur:

TRADUCCION.

Cabello y dientes usar
Comprados no te dá enojo;
¿Dí, qué le harás, Lelia, al ojo
Que no se puede comprar?

PASTORES DE BATUECAS. (1)

FUGA DEL SIGLO, DE OFICIOS Y PRELACÍAS,
AL RETIRO DE LA SOLEDAD.

ÉGLOGA.

Antes que Astrea, un tiempo despedida
De los mortales ciegos, dignamente
Se subiese á los cielos ofendida,
Andaba manifiesta entre la gente
Fácil, benigna, sin disfraz y afable
De todos conocida comunmente.
Pero despues que el curso varïable
De los tiempos, trocó aquel siglo de oro
En aqueste de hierro lamentable,
Y huyendo la verdad al alto coro
Dejó la baja tierra con su ausencia
Cubierta de dolor, tristeza y lloro,
Si acaso alguna vez por la violencia
De singulares ruegos inclinada
Templa el rigor de la primer sentencia,
No descubierta ya ni declarada,
Sino con traje y talle peregrino,
Á la tierra desciende disfrazada.

(1) Sólo por su forma y extrañeza nos hemos decidido á dar cabida á esta égloga alegórico-mística en la presente coleccion.

Ansí aquella verdad del Sér divino,
Debajo del humano, á nuestra tierra
Disimulada de los cielos vino.
Así tal vez á un vil sayal encierra
Heróico brio, y con disfraz galano,
Se disimula el príncipe en la guerra.
Baja, pues, la verdad del soberano
Tálamo, donde vive, y hospedaje
Apénas halla en corazon humano;
Ésle forzoso con ajeno traje
Á la misma verdad, andar fingiendo
Si quiere huir su miserable ultraje;
Ya, las sedas y púrpuras vistiendo
De la mentira su enemiga, embiste
Con los que á la mentira van siguiendo;
Ya se melancoliza con el triste,
Ya con los elocuentes y oradores
De figuras retóricas se viste;
Ya buscando poéticos colores
Disfraza su moral filosofía,
En la simplicidad de unos pastores;
Ya con la suavidad de la armonía
Mezcla la gravedad de la sentencia,
Templando en la dulzura su acedía;
Ya, finalmente, toma la apariencia
De burla, de donaire y de locura,
Para curar nuestra comun dolencia.
Y de esta suerte aún no muy bien segura
Anda en el mundo, el cual, desengañado
Con este engaño, sus engaños cura.
Así del freno el áspero bocado
Recibe el potro indómito á la carga,
Con la sal que le aplican sazonado;

Así al horror de la pocion amarga
Endulzorado el vaso con almíbar,
Los secos lábios el enfermo alarga;
Así con hojas del metal de Tibar
La píldora dorada resplandece,
Disimulando el salúdable acibar;
Y así tambien al fin nos acontece
Que nuestro enfermo paladar admite,
Disimulado el pasto que aborrece;
Y cebado en lo dulce de él, permite
Lo provechoso, restaurando el daño,
Que recibió del mundanal convite.
Con este provechoso y dulce engaño
Solian otro tiempo los poetas,
Dar á beber al mundo el desengaño;
Con este disfrazaban los profetas
Las verdades; con él reprehendian
Debajo de metáforas discretas.
¡Cuán bien esta dolencia conocian!
¡Cuán bien á la ambicion de los mortales
Los unos y los otros acudian!
Fáciles en juzgar ajenos males,
Abominan el vicio del vecino
Y abominan oir ser ellos tales.
Guárdese de afear el desatino
De su rey, el profeta, si no fuere
Puesto el caso en sujeto peregrino.
¡Oh qué es gran arte, y gran primor requiere!
Es menester primero hacer bosquejos,
Para pintar despues lo que se quiere;
Allá con unas sombras y unos léjos
Y entre nubes formando unas figuras,
Que con su obscuridad sirvan de espejos:

Que algunas veces las verdades puras
Son imágenes feas, si muy claras,
Y muy hermosas, si algun tanto obscuras.
Esta misma doctrina, si reparas,
De la naturaleza, en la experiencia
Verás en muchas de sus obras raras;
No requiere tan íntima asistencia
Siempre el objeto, sino tal distancia
Que pueda percebillo la potencia;
Tal vez sobre el oido disonancia
Causa la voz, que léjos algo, forma,
Armónica medida y consonancia;
Hasta que puesto en proporcion precisa
El objeto, por medio un sustituto
Del órgano del ver las teclas pisa.
Aqueste es, pues, de la verdad el fruto,
Digo de la verdad del desengaño
Ya reducido á ley de ardid astuto.
No es lo mismo á lo que el vulgo con engaño
Da á la verdad, de desengaño el nombre,
Que es el uno del otro en algo extraño.
De aqueste es en la tierra sólo el hombre
Capaz, pero de aquella cualquier cosa
Que sér tuviere, y de su sér renombre.
Es la verdad el centro do reposa
El mismo sér, de la bondad hermana,
Hija de Dios, del desengaño esposa;
La cosa más pequeña y más liviana
Tiene sér, y ser buena y verdadera
Imitando á la esencia soberana.
Consiste de estas tres, en la primera
Cosa, la misma cosa; en la segunda
Su bien, y su firmeza en la tercera:

Su sér en el primero Sér se funda,
Su verdad en la eterna, y el ser buena
En la bondad que de ellos dos redunda.
Es la verdad, la parte que se ordena
De todo lo que es, al Sér perfecto
Y propiedad, de imperfeccion ajena;
Es del entendimiento, propio objeto
Su tesoro, legítima y herencia,
Y de las ciencias natural sujeto.
No queremos aquí, con advertencia
Sacar el perfectísimo retrato
De la verdad moral en competencia;
Porque en este sentido, ni un Pilato
Obra que de verdad tu sér pregunte
Ó espere la respuesta un breve rato
Podrá ser de lo dicho se barrunte, (sic)
Como dá la verdad el fundamento
Para que el desengaño se le ajunte.
El desengaño es un conocimiento
Puro, de la verdad pura y sencilla,
Con un firme y leal consentimiento;
Es un espejo limpio y sin mancilla,
Que represente al vicio la figura
De lo que nos adorna ó maravilla;
Es una fuente cristalina y pura
Adonde uno se vé y á ver alcanza
Todo cuanto se esconde en la hondura;
Es un peso fiel, una balanza
Que de todo lo vano, ó lo macizo,
Nos muestra el vituperio ó alabanza;
Es un contraveneno, un deshechizo
De aquesta burlería, de este encanto
Que al mundo pasma con mortal hechizo:

Es un Ulises al süave canto
De la infernal sirena, y son despojos
Del tiempo escritos, libres de su llanto;
Es un cristal finísimo á los ojos
Cuya vista conforta, y es un medio
Para con éstos, vér nuestros antojos;
Es una luz divina, un norte en medio
Del mar tempestuoso de este mundo,
Y en sus borrascas único remedio;
Es áncora que aferra en lo profundo
De los trabajos, y en cualquier naufragio,
Segunda tabla y galeon segundo;
Es una regla cierta, un breve adagio,
Del tiempo luz, de la virtud compendio,
Pronóstico del mal, del bien presagio;
Es incendio al amor, agua á su incendio,
Puerto en el mar, y suelo en el abismo,
Tesoro manantial, útil dispendio;
Es de la vida humana un aforismo,
Recto juez, gobernador entero,
Pesquisidor al justo de sí mismo;
Es un amigo llano y verdadero,
En la prosperidad prudente guía,
Y en los trabajos dulce compañero;
Es una celestial sabiduría
Fruto de la experiencia, y cifra bella
De toda la moral filosofía;
Es de aquel Sér altísimo una huella,
Un resplandor de la divina lumbre,
Del fuego celestial una centella.
Este es el que voló á la etérea cumbre
Ofendido del hombre, y el que mora
Entre la soberana muchedumbre;

Y éste es tambien, señores, el que agora
Debajo del sayal de unos pastores
Desciende, y vuestro oido grato implora:
No le disfrazan hoy vanos temores,
Ni aunque se disimula se recela,
De los que son sus fieles amadores;
Antes, para incitar con nueva espuela
Vuestro amor, en mil formas se traslada,
Deleitando apacible nuestra escuela;
Así el manjar, que al gusto mucho agrada
Entre varios disfraces lisonjea
Al paladar, con que jamás le enfada,
Como ni al nuestro la verdad de Astrea.

LETRA AL DESENGAÑO.

Mundo el corriente curso
Del mundo que nunca pára,
Ó quien sustenta en un sér
Una contínua mudanza;
Sobre la cumbre de un monte
Que el desengaño levanta
Recostado en su discurso
Un desengañado estaba.
Miraba cómo los siglos
Y lo que con ellos anda,
Todo por largo que sea
En un momento se pasa;
Y viendo que el tiempo malo,
Aunque parece que tarda,
Se pasa al fin como el bueno,
Desengañado así canta:
«Si todo, al fin, se acaba,
Ni me deleita el bien, ni el mal me espanta.»
No me deleitan los bienes
De aquesta vida voltaria,
Ni me espanto con sus males,
Pues uno y otro es vil paja;
¿Qué importa buscar placer,
Pues cuando apénas se halla,
Esta llamando á la puerta
Ya, la pena, sin buscarla?

Qué importa que hoy me ame el mundo
Si me aborrece mañana?
Qué importa que hoy me aborrezca
Si ya mañana me ensalza?
Si el placer, gusto y contento
Que tuve un tiempo, ya es nada,
Y es nada tambien el mal
Que un tiempo me atormentaba;
«Si todo, al fin, se acaba,
Ni me deleita el bien, ni el mal me espanta.»
Cuando hubiera yo alcanzado
Riqueza, nobleza, fama,
Brio, gala y hermosura,
Discrecion, donaire y gracias,
Qué me valdrá, si un antojo
Del mundo, me desbarata
Y cuando éste me perdone,
No me perdona una parca?
Todo lo de acá es mudable;
Todo miente y nos engaña;
No hay en qué poner los ojos,
Todo huye, todo falta.
Sólo lo eterno es estable;
Sólo su bien nunca cansa;
Sólo su mal siempre dura;
Y pues acá todo pasa,
«Si todo, al fin, se acaba,
Ni me deleita el bien, ni el mal me espanta.»

ÉGLOGA.

INTERLOCUTORES.

Discretos. { **TIRENO.** **GERARDO.** } Pastores.. { **BEJARANO.** **PABLOS.** } Rústicos.

ACTO PRIMERO.

TIR. Arroyos puros, dulces, cristalinos,
Que despeñados de esas altas cumbres
Vais por cerros y peñas volteando;
Montes, cuyas soberbias pesadumbres,
Coronadas de robles, tejos, pinos,
Estais casi los cielos coronando
Y de las cimas dando
Como de dulces pechos
Divididos á trechos
Para el sustento de la tierra, fuentes,
Como rayos de leche descendientes
Á los valles, en cuyos hondos fines
Crian con sus corrientes,
De incultas flores bárbaros jardines.

Sierra poblada de confusas calles,
Hechas de encinas duras, gruesos robles
De hermosas copas, de robustos troncos,
Habitada de pocos, pero nobles
Pastores que en la hondura de estos valles,
Al son resuena de instrumentos broncos;
Ya con gemidos roncos
Os cuento mis tormentos
En vez de los contentos
De que con voz alegre os daba parte;
¡Oh riscos! ¿y es posible que me aparte
De vosotros aquel que por tenerme
Consigo en mejor parte,
Á vuestra soledad quiso traerme!
Yo en este mismo valle, donde agora
Me entristezco y aflijo (bien que en vano),
Solia descuidado deleitarme;
¡Oh bien caduco, presuroso y vano!
Acuérdome que á veces, á deshora,
Solia estando solo rodearme
Y súbito abrazarme
Á aquel que al alma mia,
Hace tal compañía,
Que nadie me hace falta en su presencia;
Porque es todo mi bien, y en cuya ausencia
Me es soledad el mundo todo junto;
Mas yá con la paciencia
Pierdo todo aquel bien en este punto.
¡Ay falsa paz, tranquilidad incierta,
Menguada posesion, vana esperanza,
Consuelo deleznable, flaco arrimo!
¿Cómo en vosotros tuve confianza?
¿Y cómo, si la tuve, no despierta
El alma con la pena en que la oprimo?

Ya, ya de hoy más, no estimo
Paz, quietud, ni consuelo,
Que por parte del suelo
Me ofrezca el suelo, ni aun el cielo ofrezca;
Que más vale que el alma aquí padezca
Tormento, desconsuelo, pena y muerte,
Con que despues merezca
Gozar eternamente feliz suerte.
¡Ojalá! no gozara (ay vano gozo
De lágrimas semilla) ni tuviera
Hora jamás de gusto ni contento,
Menor mi mal, menor mi pena fuera,
Ni agora desmintiendo su rebozo
Hallara, en vez de gloria, este tormento,
Con justo sentimiento,
Como justo castigo
De mi culpa testigo;
Que no es ese mi bien ahora veo
Más ¡ay! que aunque no es ese mi deseo,
Por él no sin razon gime y suspira,
Que al fin es un empleo
Donde al eterno bien el alma aspira.
¿Dónde hallaré el sosiego tan quïeto
Que encerrado en mi pobre cabañuela
Con libre y puro corazon gozaba?
Donde seguro y léjos de cautela,
Sólo á los lazos de razon sujeto,
Con la misma verdad comunicaba;
Ya gozoso cantaba
Y al esterior acento,
El íntimo instrumento
Del corazon templado en alegría,
Acompañaba; ya sólo tañia,
Y dentro de mi alma, entónces pura,

Tal vez me respondia
Quien yo me sé, con mucha más dulzura.
¿Dónde el monte hallaré tan pingüe y bello?
Dónde el inculto bosque no atusado,
El valle umbroso y el silencio mudo?
¿Dónde hallaré de flores matizado
El prado verde y fresco que ahora huello,
El rio por las márgenes greñudo?
¿Es posible que pudo
Aquella misma mano,
(De quien mi bien no en vano
Espero), así trocar mi feliz suerte,
En un tan gran castigo, que la muerte
Comparada con él, fuera piadosa,
Por serme ménos fuerte
Perder la vida, que esta, tan dichosa?
Frontal, risco gentil, para mis ojos
Más precioso que telas y brocados,
Chorrera con tu música sonora,
Arroyos por la hierba encrucijados,
Como sierpes de plata, que de enojos
Sois de destierro, al que al destierro adora;
Ya desde aquesta hora,
El amoroso lazo
Que con estrecho abrazo
Á vuestra soledad, esposa mia,
Honestamente en dulce amor me unia,
Se rompe con violencia, no desata;
Y toda mi alegría
Un soplo de mudanza la arrebata.
Y vos manada pobre, aunque contenta
Con abundoso pasto y con abrigo,
Y más con gozo y paz abastecida,
Ya vuestro compañero, vuestro amigo,

Con lágrimas la vez última os cuenta,
Si os acierta á contar en su partida,
Gozad de larga vida
De otro pastor y pasto
Que con abrazo casto
Más años que yo dias os posea
Y más dichoso que ¡yo triste! sea;
¿Mas para qué esto traigo á la memoria?
Pues sólo me acarrea
Tormento agora la pasada gloria.
Quiero ver si pudiese ya olvidarme
De tan dichosa suerte, deshaciendo
La imágen de aquel bien que me alegraba,
¿Pero cómo podré? que repitiendo
Me está sus glorias siempre para darme
Herida más cruel, muerte más brava;
Y lo que más amaba
Más me atormenta agora,
Y crece de hora en hora
El mal, cuanto aquel bien más apartado
Se representa; ¡al fin como pasado!
Y aunque el olvido suele ser el medio,
No basta al desdichado,
Que há menester para olvidar remedio.

(Recuéstase).

Recostarme quiero un poco
Y ver si puedo aliviar
Este pensamiento loco,
Loco de puro pensar
En el daño que ya toco.
No sé si me llore ó cante,
Si me entristezca ó me ria,
Mas bien llorarme podria

Como quien en este instante,
Muere á toda su alegría.
Tocaré este mi instrumento
Y llorando cantaré
Para aliviar mi tormento,
Aunque más le aliviaré
Sintiendo más lo que siento.

CANTO.

¡Oh! si volasen las horas del pesar
Como las del placer suelen volar!
Vuela la primera rueda
Con cierto y ligero curso,
Y en su ordenado discurso
El mundo tras ella rueda;
Todo vuela, no hay quien pueda
En ella un clavo fijar,
Mas aunque todo es volar
Y el bien con el mal va junto,
No sé como dura un punto
Nuestro bien, y un siglo el mal:
¡Oh! si volasen las horas del pesar
Como las del placer suelen volar!
Aunque el mal al fin se acabe,
(Porque todo al fin se acaba),
Pero su tardanza agrava
El ser tan pesado y grave;
Como el enfermo que sabe
Que aunque en su dolor trasnoche
Ha de pasarse la noche,
Todavía le parece
Que el dia que ya amanece,
Nunca se ha de comenzar;

¡Oh! si volasen las horas del pesar
Como las del placer suelen volar!
¡Oh gloria del mundo vana!
Que tras ser tan flaca y leve,
Aun eres más flaca y breve
Que la pena más liviana:
¡Oh cruel pena inhumana!
Que por más breve que seas,
Si en afligirnos te empleas
Cuando el bien más largo acabe,
Tu mal acabar no sabe,
Ni tú acabas de acabar;
¡Oh! si volasen las horas del pesar
Como las del placer suelen volar!
Suertes, ni casos felices,
No son para los mortales,
Porque son sólos los males
Sus propios bienes raices;
Y con ser tan infelices,
No hay quien lo quiera creer,
Ántes pensando atraer
El bien que no está en su mano,
Se quejan del mal en vano
Diciendo con desear:
¡Oh! si volasen las horas del pesar
Como las del placer suelen volar!
(Arroja el instrumento).
¡Ay instrumento enemigo!
Tú tambien me eres contrario,
Mas sin duda fiel testigo;
Que suele ser adversario
Aun hasta el mayor amigo;
No resuenen más tus cuerdas,
Pues con esta melodía,

En mi daño te concuerdas
Con mi loca fantasía,
Cuando su gloria me acuerdas;
Y porque en tanto que vive
Su imágen en la memoria
Contínua muerte recibe,
Muera ya el alma á su gloria
Porque de muerte me prive.
Y ya que no es justo darme
La muerte, pues no soy dueño
De la vida, por matarme,
Me quiero entregar al sueño
Para en su muerte olvidarme.
(Invoca al sueño). (1)
Imágen de la vida y de la muerte,
(Que vida y muerte son un breve sueño),
Treguas de paz al riguroso ceño
De la más infeliz y dura suerte;
Pues en tí su rigor el arco fuerte
Afloja, y calma el combatido leño,
Recíbeme en tu paz, en cuyo empeño,
Mi guerra entrego hasta que en paz despierte.
Ya que otro bien no ofreces, sueño amigo,
Sino privar del mal, y eres figura
Del no ser, privacion del todo extrema,
No me niegues el seno de tu abrigo,
Donde hallando su fin mi desventura,
Ni más miseria, ni mayor la tema. (Quédase dormido).

(1) El lector hallará, formando parte de esta composicion, éste y otros varios sonetos, que en otro lugar se encuentran ya incluidos entre los restantes del autor: repetidos se hallan del mismo modo en la coleccion manuscrita de estas poesías, y nosotros hemos creido tambien que convenia incluirlos en uno y otro lugar; aquí, como parte integrante de la presente égloga; allí, en gracia de los lectores para quienes no fuera soportable el gusto que en ella campea.

(Sale Gerardo, pastor, ántes escolástico y cortesano, y dice):

GER. Estése dando leyes
El gran monarca en su real palacio,
Del mundo al ancho espacio
Obedecido de diversos reyes;
De sus copiosas greyes
Codicioso tresquile
El vellocino de oro,
Témale el escita, el moro,
Con el que habita el apartado Chile,
Y él con real diadema
Á todos mande y á ninguno tema.
En ocio el rico noble
Fatigue blandamente sus caballos,
Oprima sus vasallos
Sin que miseria ó lástima le doble,
No enristre grueso roble,
Sino livianas cañas;
Y con suceso infausto,
Mantenga pompa y fausto
Por ajenas, si prósperas hazañas,
Perdiendo en curso manso,
La heredada nobleza, el vil descanso.
El capitan valiente
Al ronco son de mal templadas cajas,
Las lanzas vuele en rajas,
Y esgrima el fiel acero reluciente
Teñido en sangre ardiente;
Y con furor horrendo,
Por esfuerzo ó por arte
Tenga propicio á Marte,
En el naval ó en el campal estruendo;
Y al fin con mil victorias,
Dé lenguas á la fama, al tiempo historias.

Sufra el soldado fuerte,
Que tras el campo polvoroso marcha,
El hielo, el sol, la escarcha,
Hambre, ruina, sed, cansancio y muerte;
Ó con diversa suerte
En la lid peligrosa
Embista, encuentre, hienda,
Destroce, mate y prenda,
Y vuelva, de sus hijos y su esposa,
Ante los dulces ojos,
Cargado de victorias y despojos.
El pobre cortesano
Envuelto en importunos memoriales,
Por plazas, tribunales,
Á todos, y á sí mismo, canse en vano;
Corteje á Don Fulano,
Y, él ensanchando el seno
Al son de la lisonja,
Como sedienta esponja
Chupe el sudor, aunque ofrecido, ajeno;
Hasta que con su daño
Avise al uno y otro el desengaño.
Pretenda el erudito
Este nombre en la flor de su academia,
Donde se estima y premia
Mordaz ingénio, término exquisito;
Ó en literal conflito
En la escuela pretenda
Becas, cátedras, grados
Altos, despues, estados,
Riquezas, honra, fama, lustre, hacienda,
Sin que todo primero
Le cueste la salud, paz y dinero.
Lo en unos sus tersos

Techos, sus campos y heredades otros,
El ginete sus potros,
El poeta gentil sus dulces versos,
Concuerde los diversos
Derechos el consulto,
Y el teólogo grave,
Con dulzura sũave
Reprenda sin nérvios el insulto,
Y en eterna contienda
El gramático á todos reprehenda.
  Cada cual á su gusto
Entregue á rienda suelta su deseo,
Ya con feliz empleo,
Ya con inútil ó trabajo injusto;
Aspire al trono augusto
El ambicion secreta,
Y el corazon humano
En sus afectos vano
No halle jamás descanso ó vida quieta,
Sino en la honra, y dentro
De ella, se halle fuera de su centro.
  Que yo, por otra senda,
Otro camino y muy otros intentos,
Guio mis pensamientos
Á la segura paz de mi vivienda;
Pretenda allá, pretenda,
El que quisiere tantos
Cargos, mandos y oficios,
Que si á mi bien propicios
Fueren los cielos, cual espero santos,
En esta paz espero
Vencer la guerra de mi ardor primero.
  Ya la fatiga dejo
Bélica, literaria y cortesana,

Que otra senda más llana
El çielo me prepara en mi consejo;
Mire como en espejo
Quien acertar desea
Un vivo y puro ejemplo,
Y yo que en él contemplo
De mi quietud la soberana idea,
Formaré de esta suerte
Mi vida hasta que tope con la muerte.
No huyo la milicia,
Ni puedo huir los trances de la guerra,
Porque en mi propia tierra,
Tengo enemigos de mayor malicia;
Una cruel codicia,
Un feroz apetito,
En bandos dividido
Y en celada escondido,
Un irascible ejército maldito
De enemigos *caseros*
Me hace guerra con asaltos fieros.
No huyo de la escuela,
El cuidado, las ánsias del estudio,
Que ántes agora estudio
Con mayor vigilancia y más cautela;
Ni la perpétua espuela
Que al cortesano aflige
De su trato me ahuyenta;
Ni huyo la tormenta
Que barrunta en la nave el que la rige,
Porque á mayor fatiga,
Si bien más útil este ardor me obligá.
Agora diligente
Formaré mis lucidos escuadrones,
Arrastraré pendones

De la tartárea, cruda y fiera gente,
Y la mia obediente
Á superior precepto,
República ordenada
Formará descansada,
Gozando el alma en vínculo perfecto
De sus vasallos fieles,
Con victoriosas palmas y laureles.
  Aquí cada potencia
Con émula porfía pretendiendo,
Sin confesion ni estruendo
El premio de su honor ó diligencia,
Gozará en eminencia
Otras cátedras, becas,
Otras plazas y estados,
Mas bienaventurados,
Honras más firmes, porque ménos huecas,
Con ínclita alabanza
Que aquí perpétuamente el alma alcanza.
  En medio de esta cumbre
Á quien el cielo su hermosura ofrece
Y á donde fértil crece,
De incultas flores, bella muchedumbre,
Con nueva y pura lumbre,
Sobre el tiempo y fortuna
Más alto colocado
Que el viento rodeado
Por el cóncavo cerco de la luna,
Con eterna victoria
Cerca del cielo esperaré su gloria.
  (Dice arrodillado).

Ya los umbrales de tu excelso templo
Humilde adoro, dulce desengaño,
Y con la ofrenda de mis ojos baño,
Tus sacras aras, do mi bien contemplo;
En ellas cuelgo mi cadena, ejemplo
De la tirana furia del engaño,
Cuyo dolor, efecto de su daño,
Con segura memoria agora templo.
Aquí, ya libre de fortuna, en tanto
Que el mar se empiria hasta el planeta rubio,
Veré anegar confusamente el suelo,
Seré Dencalïon de este diluvio;
Y en esta cumbre ¡oh desengaño santo!
Vecino estaré de él, si ella no es cielo.

(Volviendo el rostro vé el instrumento de Tireno en tierra, y tomándole, dice):

¿Es éste instrumento? Sí:
¡Y parece el de Tireno!
Él es sin duda; ¡ay de mí!
De melancolía lleno
Salió á llorar por aquí.
Él siente y con gran razon,
Su partida y nuestra ausencia,
Y por la misma ocasion
Llora el prado su presencia
Porque era su corazon.
Razon será consolalle,
Pero no sé donde está,
Buscaréle por el valle
Cantando, que así me oirá,
Y podrá ser que le halle.

(Canta).

Despues que le ribera
Dejas de nuestro rio,

¡Ay gloria vana, vana, torpe y breve,
Engaño, encanto, burla y fingimiento
La que estriba en tan débil fundamento
Como el arena de esta vida leve!
¿Quién á fiar, quién á seguir se atreve
El curso incierto de este inútil viento,
Y quién á edificar sobre cimiento
Á riesgo de que un soplo se le lleve?
No hay cosa tan rüin, flaca y liviana,
Que pueda ser ¡oh mundo! tu retrato
Por más que seas de las almas dueño;
Pero mirando el curso de tu trato
Paréceme tu gloria ¡oh vida humana!
Sólo un desconcertado y breve sueño.

GER. Tireno es este, que lloroso y triste
Se nos anda escondiendo por el valle;
¿Tireno, dónde estás? ¿dó te escondiste?

TIR. ¿Gerardo no es aquel? Quiero dejalle
Y entre aquestas retamas esconderme
Hasta que al fin se vaya ó ya me halle.

GER. No hay para qué te escondas, no hay hacerme
Engaño, mi Tireno; ya te he visto,
Tireno; no pensé que pudieras conocerme;
Sea por siempre loado Jesucristo:
No me dirás, ¿por qué te me escondias?
Iréme, si á tu gusto aquí resisto.

TIR. No, no, Gerardo amigo, que me harías
Notable injuria; pero ya tú sabes,
La causa de estas mis melancolías.

GER. Así es verdad; más ya es razon que acabes
Con pensamientos é imaginaciones,
Y los pongas en otras cosas graves.

TIR. No son bastantes estas ocasiones
Para traelle á uno sin consuelo.

GER. Por cierto no, Tireno; aunque perdones,
¿Qué pena puede haber, qué desconsuelo,
En seguir, resignada en Dios la tuya,
Con su favor, la voluntad del cielo?
Si sólo atiendes á cumplir la suya
Sin propia voluntad, no hay propio daño
Ni mal despues que á la conciencia arguya;
De más que yo tengo por engaño
Pensar que se recibe grave pena
Dando á la libertad dominio extraño;
Si con él no convengo, enhorabuena;
Mas si es la mia á la de Dios conforme,
Hago mi voluntad, y hago la ajena;
Y aun puede ser con ella así uniforme
Que no la ajena, más la propia mia,
Haga, si en la Dios yo me trásforme;
De donde ya tambien se seguiria
Que siempre yo mi voluntad cumpliese,
Pues siempre la de Dios se cumpliria.
¿Qué mayor libertad, aunque fingiese
La presuncion humana cualquier modo
Para que siempre su querer se hiciese?
Que si con el de Dios yo me acomodo,
Tal libertad alcanzo en su obediencia,
Que hago mi voluntad siempre y en todo.
TIR. Aunque no se te ha olvidado la elocuencia
Que allá en la escuela, no en el prado inculto,
Aprendiste, Gerardo, tén paciencia.
Ya sabes que mil veces hablo á bulto,
Bien al uso del traje, y te concedo
Que otro estilo en pastor es grave insulto.
Mas como me crié, en aquel enredo
Del mundo, aunque despues me vine al prado,
Hablar ya de otra suerte apénas puedo;

GER. Holgáreme con esto haberte dado
Ocasion, mi Tireno, de olvidarte
De tu melancolía, y mi cuidado;
Y si esto puede ser alguna parte,
Quiero con filosóficas razones,
Dame licencia, en algo consolarte.
TIR. No rinde los humanos corazones
Virtud humana, no, Gerardo amigo;
No fuerza de decir, ni persuasiones;
Y aunque á satisfacerte no me obligo
Porque no sé retóricas, mas siento
Por la experiencia, la verdad que digo.
Que otra virtud más alta, y otro aliento,
Otro esforzado espíritu é impulso,
Es de esta gran hazaña el instrumento.
GER. Yo te confieso que tomando el pulso
Á las causas de aquesta, la eficacia,
No está en el arte de mi estilo insulso;
Superior ha de ser aquella gracia
Que rinda voluntario al albedrío;
No basta la del músico de Tracia.
Sólo el que tiene entero señorío
Sobre las criaturas racionales,
Goza de este absoluto poderío;
Y aun quiero confesarte que las tales
No pueden menear sin su licencia
La mano aun á las obras naturales;
¡Mas si supieras tú la competencia,
Que allá los sábios tienen en el mundo,
Sobre cómo es esta providencia!
TIR. Deja agora, Gerardo, ese profundo
Piélago, no te metas en honduras,
Que yo en la iglesia y en la fé me fundo.
GER. Y yo tambien, Tireno; mas si apuras

La verdad, que tú sientes, yo aseguro,
Que lo que yo dijere, tú lo juras;
Por nuestro amor, Tireno, te conjuro;
Díme, pues, aunque en rústico modelo,
Muestras ingénio en el decir maduro.
¿En todo lo que abarca tierra y cielo
No asiste Dios, con íntima presencia?
TIR. Jamás yo tuve de eso algun recelo.
GER. Y, díme ¿con perfecta dependencia
De su primera causa toda cosa
No es? no vive? ó tiene inteligencia?
TIR. ¿Quién de esa gran verdad, ni dudar osa?
GER. Pues tampoco podrá ponerse duda
En lo que la opinion hizo dudosa.
Necesaria será, luego, la ayuda
De este principio universal, que mueva
Todo lo activo, y que aplicarlo acuda;
No que le dé poder y forma nueva,
Sino que aquella misma que tenia
Con secreta virtud se la promueva.
TIR. Quítate allá con tu filosofía
Que yo de aquestas cosas, sólo creo
En lo que á la cartilla deprendia;
En lo demás, Gerardo, lo que veo,
Es, que sin Dios no puede cosa alguna
Ni tener, sin su ayuda, un buen deseo.
GER. Mas, has de confesar, Tireno, que ninguna
Cosa se obra en el mundo, si primero
Dios no empieza, y corriendo, luego una,
Hace la misma accion hasta el postrero
Punto de cada obra, dando en ella,
Á Dios la criatura, honor entero.
TIR. Digo que tienes en decir estrella,
Y que hará la razon que me has propuesto,

No sólo en mí, sino en las piedras mella.
GER. Qué quieres que te diga, Tireno; ya con esto
Podré aspirar á lo que tú negabas,
Si no te soy en discurrir molesto;
  Ya espero persuadirte, que no andabas
Acertado en negarme te exhortase
Á salir del propósito en que estabas.
  Ya te confieso, que si no pensase
Habias tú primero resistido
Con ánimo que hacello aprovechase,
  Ni hubieras de tus hombres sacudido,
Ó con prudencia el excesivo peso,
Ó con modestia el título subido.
  Jamás te importunara con exceso
Á que aceptaras de mayor el cargo,
Si á entrambos deseara tener seso.
  Mas como sé que ya por tiempo largo
Y con verdad has hecho resistencia,
No te espantes Tireno si me alargo;
  El cargo, imperio, honor, la presidencia,
Sólo aceptalla puede el que rehusa
Humilde y atentados su excelencia.
  Que cuando la ambicion, como se usa,
Soberbia y confiada se convida,
Su indignidad el mismo gusto acusa.
TIR. De buena gana oyera ¡por mi vida!
Tu doctrina y consejos ¡oh Gerardo!
Si no fuera en sazon tan desabrida.
  Estoy con el humor tan lerdo y tardo,
Tan destemplado y estragado el gusto,
Aunque harto demostrártelo me guardo,
  Que en cosa alguna apenas hallo gusto;
Ántes, en lo que dices más gustoso
(Tal está el paladar) hallo disgusto.

GER. No dejaré por eso, deseoso,
Tireno, si pudiese, de agradarte,
De procurar salir victorïoso.
Hásme de dar licencia en esta parte,
Y porque yo pretendo divertirte
Escúchame tambien, y aquí sentarte.
TIR. Enhorabuena, gustaré de oirte
Algo que enseñe y nos alegre junto,
GER. Y yo, Tireno mio, de servirte.
Acuerdáseme agora, en este punto,
Una donosa fábula de Esopo
Que te ha de entretener segun barrunto.
Y, pues, tan á propósito la topo,
Adviértela y verás un fiel retrato
De la humana ambicion, si no eres topo;
Hétela de contar en breve rato;
Perdóname, ya sabes los tributos,
Del lenguaje retórico y su ornato:
Juntáronse una vez todos los brutos
Para elegir su rey, en un desierto,
Y establecer sus leyes y estatutos,
Como tal vez, el pueblo que sin cierto
Gobierno, libre, en confusion vivia,
Y se reduce á número y concierto;
Halláronse á las Córtes aquel dia
Todos los grandes brutos de la tierra,
Con otros muchos de menor cuantía;
El caballo famoso en paz y en guerra
Mostrando á todos su gallardo brio
Con que acomete, huye, sigue y cierra;
El soberbio leon con señorío
Á los más arrogantes, más terrible,
Y al que se humilla, favorable y pío;
Rugoso el toro con bramido horrible,

Ministro al culto y la labor de Céres,
Y en amorosas lides invencible.
  Y tú, que sólo á vírgenes mujeres,
Único, por el cuerno te sujetas,
¡Tanto la virginal fragancia quieres!
  El ciervo vivador, de las saetas
Libre, con el ganchoso y gran penacho
Huyendo de venablos y escopetas;
  La estéril mula, y el mestizo macho,
El javalí furioso y colmilludo,
  La mansa oveja, y el cabron barbudo,
El lobo salteador, el asno tardo,
Con el rinoceronte narigudo;
  El jiboso camello, y el leopardo,
El oso, la pantera remendada,
De blanco y negro, de leonado y pardo;
  Tambien la fiera tigre fué aquí hallada,
Sin que con su bramido el aire rompa,
Ni de sus caros hijos despojada:
  El elefante con soberbia pompa,
Muro portátil en el tiempo antigo,
Haciendo sacabuche de su trompa;
  Y el animal en grado igual, amigo
De la fruta más rústica y del barro,
Cuanto al hebreo y Céres enemigo:
  Tambien vino dejando el vago carro
De Baco, al general ajuntamiento
El lince en vista y en color bizarro;
  Ni aquí faltó tampoco el papaviento
Que sin perder su lisonjero estilo
Se muda de color cada momento;
  Su cruél defensor envió el Nilo
Con engañosas lágrimas rogando,
Si es que lágrimas llora el cocodrilo.

El perro fidelísimo halagando
Con el hocico y cola, y del tributo
Que Atenas le dió público, allegando;
Truán el mico, y el raposo astuto,
La mona haciendo gestos como un niño,
El gato cazador, ágil y enjuto;
Salió entre todos con notable aliño
Prefiriendo á su vida la limpieza,
Hermoso y candidísimo el armiño;
Con no ménos temor que ligereza,
Acudieron las liebres y conejos,
Supliendo con la fuga su flaqueza;
Tras esta multitud de animalejos
Vinieron sustitutos puntüales,
Por niños, por enfermos y por viejos;
Al fin la turba toda de animales
Que este nombre aplicaron á su bando,
Vinieron á las Córtes generales.
Pues juntos así todos, como cuando
Se vieron encerrados en el arca
Que fué sobre los montes fluctuando,
Viendo que al fin en todo lo que abarca
El ancho mundo su poder se extiende,
Trataron de elegir un gran monarca.
Cada cual quiere sello y lo pretende,
Uno porque es valiente y animoso,
Otro porque de sangre real desciende,
Aquel porque es muy sábio y cauteloso,
Este porque con fuerzas es astuto,
Cuál por más grande, cuál por más hermoso,
Y aun dicen que hubo allí más de algun bruto
Que pretendió ser rey con muchas veras,
Sólo porque en el mundo no és de fruto.
Mas fueron muy reidas sus quimeras

Y descubiertas todas sus marañas,
Sin hacerse de él caso entre las fieras.
  Hubo, empero, discretas alimañas
De caletre chapadas y machuchas
Que allegaban gloriosas sus hazañas.
  Hubo muchas pendencias, riñas muchas
Bandos, motines, y hasta desafío,
Como en algun anfiteatro, luchas;
  Cada cual pretendia el señorío
Con gente de su parte y en su abono
En confuso tropel y desvarío;
  Pero entre aquestas dudas, salta un mono
Artero, cauteloso y solapado,
Con otras condiciones á este tono,
  El cual con ambicion, desvergonzado,
Entre tan noble y tan ilustre gente,
Al cetro aspira del supremo estado.
  En medio del Senado, indiferente
Se presenta á deshora, y con donaire
Á bailar empezó ligeramente;
  Hizo dos mil cabriolas en el aire,
Con meneo y compás muy concertado,
Saltos, brincos y vueltas al desgaire;
  Admiróse gran parte del Senado
De ver su brio, gala y gentileza,
Y vino poco á poco á ser nombrado;
  En especial del vulgo, el cual empieza
Á apellidalle rey, y al mismo luego
Le ciñe con diadema la cabeza.
  Alteróse el Senado, y sin sosiego
Comienzan voces, bandos y protestos,
Contra aquella eleccion del vulgo ciego,
  El tigre y el leon, con fieros gestos;
El toro y el caballo, el elefante,

Y algunos otros de la parte de estos,
Contradijeron con valor constante
La eleccion de aquel mono, y siempre fueron
De parecer, en todo repugnante.
Mas poco sus protestas les valieron,
Que el vulgo errado, siempre yerra y vence,
Como los de su bando aquí vencieron;
Hacen luego que al punto se comience
Á llamar rey al mono, y que ninguno
Contra su majestad se desvergüençe;
Luego le dieron todos de uno en uno
La obediencia, besándole la mano,
Aunque hacello quizá no quiso alguno;
Mas sea como fuere, el mono vano,
Quedó con la corona, y en la cumbre
Del género brutesco muy ufano;
De aquí pudo quedarse la costumbre
De hacer corona á aquestos animales,
Y al parecer es justo se acostumbre;
Pues como vemos, fueron ya los tales
Los monarcas, los reyes y señores
De todos los demás irracionales:
Hecho lo cual, los brutos electores
Se dividieron todos al momento,
Cuál lleno de placer, cuál de dolores;
Pero llena de envidia y sentimiento
De una eleccion tan vil, la cauta zorra,
Jura que le ha de dar al mono un tiento;
Y cual falso Sínon, sin que se corra,
Vá á hablar al rey, con cetro, capa y gorra.
Ella con grande arenga y elocuencia
Así empezó alabando su persona,
Para captalle la benevolencia:
—Poderoso monarca, mono ó mona,

Con cuyo ilustre y excelente nombre,
Muy bien el de monarca proporciona,
  Á quien todo animal, fuera del hombre,
Se rinde y obedece á tu mandado,
Haciendo que tu fama al mundo asombre;
  Sabrás ¡oh gran señor! que yo he hallado
Un tesoro de carne en cierto puesto
Escondido en la tierra y encerrado,
  Y viendo que por ley está dispuesto
Que pertenezca al rey, sin yo tocallo,
Quise mostrar mi lealtad en esto.
  Para que ántes que alguno pueda hurtallo,
Tu majestad lo goce como es justo,
Y así lo aviso como fiel vasallo.—
  Dióle al rey el aviso mucho gusto,
Agradecióle, y lleno de contento,
Olvidado del cetro y trono augusto,
  Dijo que él mismo iría, y al momento
La zorra le llevó do visto habia,
La carne con un lazo fraudulento.
  La cuàl, en viendo el mono, de alegria
Y de codicia lleno, dió consigo
En ella y en el lazo que encubria;
  Y viendo la traicion del enemigo
Comenzando á quejarse de la zorra,
Al cielo, del engaño, hacia testigo.
  Más ella sin que en algo le socorra
Haciendo de sus lágrimas desprecio,
Con esta mofa sus calumnias borra:
  —¿Siendo tan ignorante, dijo, y nécio,
Pensabas usurpar el señorío
Y ser entre nosotros de algun precio?
  Justo es que quien de méritos vacío
La dignidad procura con engaño,

Halle castigo igual su desvarío,
Y en él de su ignorancia el desengaño.—

Tir. Parece que has querido
Gerardo confirmar mi sentimiento,
Y á mi dolor crecido
Darle escusa y aun alas con tu cuento.

Ger. Por cierto que mi intento
Ántes fué de aliviarte;
Y en su discurso vário,
Como por el contrario,
La dignidad de tu eleccion mostrarte;
Y esperaba que al punto,
Te habias de rendir y alegrar junto.

Tir. Bien se muestra Gerardo
Cuán libre estás de este trabajo ahora,
Y que en tu pecho mora
Otro estado mejor que el que yo aguardo;
Pues con decir gallardo,
Como el sano robusto
Que al afligido enfermo
De brio y gusto yermo,
Consejos dar procura en su disgusto,
Así me persüades
Me arroje al golfo de las dignidades.
¿Qué alivio ó gusto siente
El superior, en superior cadena?
¿Ó qué disgusto y pena,
El que cuida de sí tan solamente?
Á aquel, contínuamente,
El bien y mal ajeno
Le aflija y le desvela,
De celo y de cautela
Siempre cercado y de temores lleno;
De sí todo olvidado,
Y todo él en los otros ocupado.

Al tiempo que en sosiego
Del dulce sueño el súbdito descansa,
Vela, se aflige, y cansa
El superior; en repetido ruego,
Ya de su celo el fuego
Le abrasa, y sin alivio,
Todo lo vuelve y anda;
Al flaco esfuerza, ablanda
Al duro, alegra al triste, enciende al tibio,
Al mísero consuela,
Al libre pone freno, al tardo espuela.
El rostro y el semblante
Como camaleon, cada momento
Muda segun el viento
Del imperioso súbdito arrogante,
Y con amor constante
Entre tanta mudanza,
Ya sereno, ya grave,
Ya duro, ya süave,
Siempre en un fiel y con igual balanza,
Y á veces todo junto,
Lo ha de tener y sin faltar un punto.
Al trabajo el primero,
El postrero al descanso, al fin en todo
En vida, estilo, y modo,
Más puntüal al observante fuero,
Hecho comun terrero
De todas las saetas
Que el arco malicioso,
Cuanto inferior dañoso,
Tal vez arroja al corazon derechas,
Y él siempre, manso y blando,
El interior dolor disimulando.
¿Quién, pues, á tantos daños

Quiere exponer el soplo de su vida?
Y en una fé mentida
Fiar, Gerardo, el curso de sus años?
Entre tantos engaños,
Entre tantos disgustos,
Y entre cuidados tantos,
Fingimientos y encantos,
¿Quién pone el bien de sus deseos justos,
Si en la paz de la sierra
Puede vivir en paz sin esa guerra?

Ger. Porque suele á las veces ser consuelo
Confesar y aproballe al lastimado
La causa de su justo desconsuelo,
Quiero condescender, Tireno amado,
Agora con tu triste sentimiento,
Doliéndome tambien de tu cuidado.
Podrá ser que con esto, el pensamiento
Que con la aprobacion se satisface,
En su satisfaccion halle contento.
Porque la voluntad, de donde nasce
La turbacion, la pena y el disgusto,
Busca su aplauso y el aplauso aplace,
Y espero en Dios, que, pues, tu celo es justo,
Mudará tu tristeza en alegría,
Y el pecho enfermo en corazon robusto;
Mas, no sé quién se viene.

(Entra Bejarano y dice):

Bej. No hallaria
Por aquí algun pastor de este rebaño?

Ger. ¿No es aquel Bejarano?

Tir. Sí, á fé mia;

Ger. Pues atended, porque es un viejo extraño;
Él nos busca sin duda, y si comienza,
No tendremos tal dia en todo un año.

BEJ. ¡Tal maldad de zagal! tal desvergüenza!
Que á entrar se atreva sin estar el dueño?
No hay en estos mozuelos ya vergüenza.
TIR. Si él viené acá, Gerardo, yo os empeño
Mi palabra, que os haga al mismo punto
Reir y á mí templar el triste ceño;
GER. Llamémosle, pues ya...
TIR. No, no; barrunto
Que él nos ha visto, y algun cuento bueno
Debe traer; vereis, estad á punto.
BEJ. ¡Ola! pastores, mayoral Tireno,
¿Dónde diabros estais, responded presto?
TIR. Qué és esto, Bejarano, á dónde bueno?
BEJ. Aquí os estais, y respondeis qué es esto?
Dentro de aqueste cercado y prado ameno
Se os ha entrado un zagal muy deshonesto,
Y se está repastando allí sus cabras,
Y vos aquí, sin que se os dé dos habras?
Tireno, de verdad, vuesos zagales
Me tienen mucho descanzalizado,
¡Qué han de sufrir, con atrevencias tales,
Entrar á repastar en el cercado!
TIR. No son aquesos los mayores males
¡Oh Bejarano! ni el mayor cuidado
Que me aflige y desvela, que otro agora
Mi vida y ejercicios empeora.
BEJ. ¿No me dirá, pues, qué le ha sucedido?
Agora ha de tener melancolía?
Un pastor tan doncel y tan garrido
De tanta machuchez y losanía?
Diga; que juro á San..... si en el ejido,
Algun zagal de poca mesuria
Con trato descompuesto le ha enojado,
Yo haré que se le acuerde, mal su grado.

Mas sea lo que fuere, no esté triste
Por cualsequiera cosa que suceda,
Todo en la voluntad de Dios consiste,
Que aqueste mundo no es más que una rueda;
Mire, si en estas cosas dá en el chiste,
No habrá ni aquesto, que dañarle pueda;
Sálgase á pasear; huélguese un poco;
¿Qué quiere hacer aquí, tornarse loco?
¿Por qué está ahí encerrado á la sisombra?
Salga y verá esas aguas tan donceles
Y esos floridos árboles, que asombra
Cuán sópito han crecido, aunque noveles;
Parece todo lleno de cribeles;
Salga al aire, y verá con su provecho
La claredad que siente allá en su pecho.
No quiera ántes de tiempo hacerse viejo,
Créame, y cuando esté melancólico,
Tome dos ajos y una vez de añejo,
Que es para todo mal remedio unico;
Y si esto no le parece, otro consejo:
Mire; ponga en el rio, así, el hosico,
Y beba de él mientras tuviere gana,
Que el ganado vacuno así se sana.

TIR. No son todos los males de una suerte
¡Oh Bejarano amigo! ni el remedio
De mi mal es aquese.

GER. Pues advierte
Que él para todos halla un fácil medio,
Con quien no cabe enfermedad ni muerte,
Que es comer y beber.

BEJ. Tambien remedio
Yo así todo mi mal: ¿Pues qué pensaba?
Que con sus melecinas me curaba?
Mire, porque el remedio no le aburra,

Lo que me sucedió en un grande azarre:
Iba yo caballero en la mi burra
Por somo aquel canchal, y al decir arre,
Caí el riscal abajo, y una zurra
Me dió el dolor, y me cogió un soharre,
Que estuve medio muerto una gran pieza,
Y aún no habia levantar despues cabeza.
¿Qué hice entónces yo? rastrando á casa
Me huí y dejé la burra en esos cerros;
Y dije: asadme un pato, y mientras se asa,
Traedme acá un cesto lleno de berros;
Comílos, y bebí con agua escasa
Bien dos azumbres, y despues con puerros
Comí un ganso y un trozo de cecina,
Y agora estoy como una clavellina.

TIR. Paréceme muy bien la medecina.

BEJ. ¿Pues qué queria? Venga, y torne, y vuelva
El frésego, y recétale el jacope;
No hable, si se vulca, ni revuelva,
Pulguese luego, sanglese y se arrope,
Echenle melecinas á gran priesa
Y empues de todo, cátalo en la huesa.

GER. Tambien ¡oh Bejarano! algunas veces
Quedan con más salud.

BEJ. Si entre zamarros
Tan moelles se quedan y soeces
Que no podrán llevarlos cuatro carros,
Mirad, ¿sabeis cuál quedan? como heces;
Y tan tagarnios como los tabarros,
Que sóla una agua en tierra dá con ellos.

TIR. Páguete el cielo, amigo Bejarano,
La voluntad, el ánimo, y la obra,
Que aunque pretendes alegrarme en vano,
Al fin algun alivio el alma cobra.

GER. Con un consejo tal quién no está sano?
Síguele tú y verás si no te sobra
La salud.
BEJ. Muy bien puedes, que los viejos
Medio estrólogos somos en consejos.
GER. ¿Cómo astrólogos?
BEJ. Como que acertamos
Más que ellos, aunque miren las estrellas;
Que en lo que á los zagales endilgamos,
Somos muy más certeros que no ellas;
¿Queréislo ver? Aquí do agora estamos,
Viendo todo este prado de tan bellas
Flores, que aunque eran todas nacedizas
Parecian sin duda ponedizas,
Dije, yo un tiempo; ¡qué gentil planada
Para hacer á unos fralles aposento!
Y aun casi quise hacer una majada
Do cupieran cien bestias bien á cuento;
¿No veis como la tienen ya labrada,
Y en la como le llaman del convento?
Á la deronda digo del calostro,
Viven fralles, donceles en el rostro.
Pues yo sé cuando aquel zancal de araña
Moscon del monte, ¡abráselo su leña!
Como señor de toda esta montaña
Se regodeaba por aquesta peña,
Y con visajes de fegura extraña
Saltando andaba aquí de breña en breña,
Hecho cuándo carnero, cuándo gallo,
Con flauta, panderete, y á caballo;
Otra vez como zorra se mostraba
Para espantar al hombre, y si algun dia
Alguno por matalla la tiraba,
Ella se retiraba y escondia,

Y despues de una peña se mostraba
Y á grandes carcajadas se reia;
Más yo le dije, júroos por aquesta,
Que no hagais mucho tiempo tanta fiesta.
Presto vendrán aquí, mi fé es empeño,
Los que os arriedraran de todo el pradó;
Y así ello sucedió como os lo enseño
Que vinieron los fralles, y al pecado
Lo echaron en el huego como un leño,
Dó en sus llamas lo tienen apeado,
Que al fin como ellos son de Dios ministros,
No hay rehurtir ni un punto á sus registros.
Así que (mi Tireno), en lo que he dicho,
Sabed que son consejos sostenciales
Y que tienen los viejos, el caprucho,
Más firme en endilgar que los zagales;
Siempre vereis que atinan en su dicho
Porque saben de bienes y de males;
Vos dejaos engañar de Bejarano
Y vereis cómo os doy alegre y sano.

TIR. Yo te agradezco el amor,
Bejarano, y el cuidado
Que tienes de mi dolor,
Y algo me has aliviado,
Aunque es tan malo el humor.

BEJ. Y aun os lo pienso quitar;
¿Decidme lo que teneis?

TIR. Ya presto no me vereis
Más en aqueste lugar.

BEJ. ¿Cómo no? Decid de hecho
La causa de vuestro enojo,
Que hasta que esté satisfecho,
Tendré un muy grande trabajo
Acá dentro de mi pecho.

TIR. Harto has hecho, Bejarano,
En entretenerme un poco;
BEJ. Pardiobre si no estais loco
Que os he de dar presto sano;
Dejadme ver, que yo os juro
Aunque sea por ensalmo,
Haceros con un conjuro
Abrir la boca de un palmo,
Riendo vereis si os curo.
TIR. Pues alto, yo me holgaré
De gozar de tu remedio.
GER. Yo á ello te ayudaré.
BEJ. Póngase Dios de por medio,
Tireno, tened vos fé;
Para mañana os aplazo;
Mas ántes que os despertais,
Os pido con este abrazo
Una merced que me hagais,
Que no os será de embarazo.
TIR. Harélo así por mi vida.
BEJ. Pues tomad el instrumento
Y cantad por despedida,
Que yo bailaré al momento
Sin que Gerardo lo impida.
GER. Canta, pues, Tireno, y toca,
Aquí los dos bailaremos.
TIR. Aunque mi alegría es poca,
Haréle fuerza á mi boca
Y cantando nos iremos.

(Canta Tireno y bailan Gerardo y Bejarano).

Que parecen mis penas
Olas de la mar,
Porque vienen unas
Cuando otras se van.

Mi dolor apenas
Se mitiga un poco,
Y en la orilla toco
Sus blandas arenas,
Cuando en nuevas penas
Me vuelvo á engolfar,
Porque vienen unas
Cuando otras se van.
Cuando ya pensaba
Que con viento manso,
Gozaba el descanso
Que yo tanto amaba,
Con ola más brava
Se me altera el mar,
Porque vienen unas
Cuando otras se van.
Una desventura
Nunca viene sóla,
Que tras una ola
Otra se apresura;
No hay hora segura
De pena y pesar,
Porque vienen unas
Cuando otras se van.
Miserable suerte
La de los mortales,
Que tras tantos males
Espera el más fuerte;
No hay sóla una muerte
Que mil muertes hay,
Porque vienen unas
Cuando otras se van.

ACTO SEGUNDO.

(Salen Tireno y Bejarano. — Vánse cantando y bailando).

BEJ. ¿Cómo quereis, si no sé dónde os duele,
Tireno, que yo os cure la dolencia?
Manifestarla el mismo enfermo suele;
Yo os ofrecí que haría con mi cencia,
Cuando nos despartimos lotro dia,
Dejásedes aquesa empertinencia;
Si no me lo decís,
TIR. Quien se ofrecia,
Á dar salud entera á un pecho enfermo,
Bejarano, saber el mal debia;
Pero aunque estoy, cómo ántes siempre yermo
De gusto y desconsuelo, porque agora
Con cualquiera remedio más enfermo,
Todavía algun tanto se mejora
Mi mal con la esperanza de una nueva
Que espero cuidadoso cada hora;
Con Gerardo la espero, porque él lleva
Al mayoral mis veces.
BEJ. Pues Tireno,
Dadme licencia para que me atreva
Á pediros digais, ya, más sereno,
Estos grandes misterios, que no yerra
Quien lo desea ya por veros bueno.

TIR. Sabrás, pues me importunas, que esta tierra,
Mi Bejarano, de ella desterrado
Dejo, si es tierra, la que un cielo encierra;
No quiere mi desdicha, que en el prado
Esté yo, Bejarano, ni en Batuecas
Quede, por rabadan de su ganado;
Quiere que deje aquestas peñas huecas,
Testigos fieles de mi alegre vida,
¡Ay tiempo, cómo todo lo trastruecas!
Yo siento, amigo mio, esta partida,
Aunque por otra parte me es forzoso
Hacer la fuerza voluntad rendida;
Todos, hermano, amamos el reposo,
Y cuando al bien del alma se encamina
Es este amor más fuerte y poderoso.
Tambien nuestro albedrío nos inclina
Á conservar su libertad, gozando,
De aquesta posesion casi divina;
De adonde algunas veces nace el blando
Murmurio contra el justo cautiverio,
La resistencia al repugnante mando.
Pero quien ha entregado el libre imperio
En mano ajena, ya del justo lazo
No puede huir sin proprio vituperio.
Así, que agora, aunque el partirme abrazo
Por ser obligacion, en algo siento
Que haya tan presto ya llegado el plazo.
BEJ. Tireno, aunque yo he estado muy atento,
Pardiobre apénas he entendido cosa
De esa filosomía y parlamento;
Vos decidme si os vais?
TIR. ¡Oh qué donosa
Pregunta! no te he dicho que sí, y luego.
BEJ. ¿Qué, al fin es cosa cierta?

TIR. Y aun forzosa.
BEJ. Pues agora decid, Tireno, os ruego,
¿Y vais á ser pastor de otro ganado?
TIR. Aquese es todo mi desasosiego.
BEJ. Yo juro á San... que no vais muy errado,
Si algo os ha aprovechado la experiencia
Quedad ya de una vez escarmentado;
Yo la verdad os digo, en mi concencia,
¿Para qué ya quereis mayordomía?
Si huera acá en aquesta retirencia,
Parece que sufrirse al fin podía;
Mas por allá, empobrado, ¡Dios me libre!
Y santanton de tal mandaduría,
Mirad, si en esto sois, Tireno, libre,
No la tomeis, aunque os la den guisada
Con mucho pebre, orégano y gengibre;
¿Ya no sabeis que es verdad, de la manada
Tal vez escabollirse alguna oveja
Y otra correr al soto desmandada?
Aquesta ya se cae de puro vieja,
Una de sarna se hinche, otra de tiña,
Y á otra se le pudra la molleja;
Pues si alguna desde la montiña
Salta, y queriendo asirla, mal su grado,
La sacais arrastrando de la viña;
Y ella por escaparse del cayado
Resiste, tira coces y pernea,
Hasta que alguna pierna se ha quebrado.
¿Qué dolor hay que igual aqueste sea,
Ó al de ver un gracioso cabritillo
Que hoy salta, juega, corre y corbetea,
Mañana ya, lánguido, amarillo,
No puede menearse ¡oh mal extraño!
Enflaquecido y triste el pobrecillo?

Ó ya por el contrario, con más daño
Si engorda y crece, se hace un cabronazo
Que basta á revolver todo el rebaño.
Mirad ello, do quier hay un pedazo
De trabajo y de mal; pero creedme
Que aqueste es de más pena y embarazo.
Mas para qué os lo digo á vos; hacedme
Servicio, de decirme en esta parte,
Lo que tocado habeis, ó respondedme.
TIR. Más quisiera yo oirte que estorbarte,
Bejarano, que gusto así de verte
Dar tan buenos consejos y enojarte.
Verdad es lo que dices, pero advierte,
Que algunos hay que llevan esa carga
Con tanto alivio, y gusto al fin, de suerte,
Que no les és del todo tan amarga
Como tú agora dices; ántes creo,
Que no sienten su pena, aunque sea larga;
Porque si el cumplimiento del deseo
Suele causar quietud, sosiego y gozo,
Tal habrá que apetezca aquese empleo.
De mí, bien sé decirte, que aunque mozo,
De buenas fuerzas y robusto pecho,
Jamás con tales cargas me alborozo.
Antes siempre las tomo á mi despecho,
Y si Dios mi flaqueza no ayudara,
Me vieras en cenizas ya deshecho.
Mas por ventura, alguno no repara
Ni hace caso de estos trabajuelos,
Aunque yo trabagozos los llamara.
Y hay rabadanes, que entre tantos duelos
Tienen sus gustos y recreaciones,
Buscando en el gobierno sus consuelos;
Y dicen que esto al fin es ser varones,

No echarse con la carga, ni sentilla,
Sino ser de invencibles corazones.

BEJ. Perdóname, Tireno, que aun oille,
No puedo esa razon, ¿cómo es posible
(Aunque sea una rara maravilla)
Que si á uno le cargan un terrible
Monte, no sienta el peso desusado,
Con carga extraña, con fatiga horrible?
¿Hay gigante tan bueno y esforzado
Que ya que al fin sostenga con pacencia
Tal peso, no se sienta trabajado?
No lo quiero creer, con tu licencia,
Ni creo que esto mismo, si eres dueño
De tí la abrazarás, ni su sentencia.
Aquel que con la carga, más que un leño
No gime ni sospira, yo diria
Que no tiene sentido ni perjeño.
Quiero agora contarte lo que un dia
Que huí á la ciudad á ser testigo
Me sucedió, y verás lo que decia;
Topéme allá con Bras, mi grande amigo,
Y en despues ya de habernos saludado,
Iba á una igresa y me llevó consigo.

TIR. Y bien, ¿qué sucedió?

BEJ. Que yo abobado,
Me detuve mirando un gran retablo,
Muy galano, compuesto y muy dorado.

TIR. ¿Era tan grande como el nuestro?

BEJ. ¡Al diablo!
Era mayor que el cerro más erguido,
Díganlo Bras, que fué conmigo, y Pablo;
Tenia tantas santas que creido
Tuve ¡mi fé! que todos los del cielo
Juntos allá á vivir se habian venido.

Pues como yo mirase desde el suelo
Y viese que allá abajo donde estriba
Toda aquella gran máquina, un mozuelo,
Y al parecer como persona viva,
Todo aquel grande peso sostentaba
Y por hacer más fuerza, hacia giba,
Víle por otra parte que se estaba
Tan alegre, gordico y tan contento,
Y más, que yo, que en verlo me espantaba;
Estúvelo mirando un rato atento,
Y Bras, como me vió tan absorbido,
Preguntóme la causa, y yo al momento
Se la dije admirado y afligido;
Y él riéndose mucho, que es el hombre,
Sobre haber estudiado, muy leido,
Díjome: Bejarano, no te asombre,
Porque aquel angelico es de madera,
Que ansí me dijo Bras que era su nombre.
Y yo le respondí, de esa manera:
Bien puede sostentar y aun todo el cielo,
Y aun por eso no siente tal rabera;
Juráralo yo Bras, que ese mozuelo,
Ó es ángel que no puede sentir cosa,
De pena de dolor, ni desconsuelo,
Ó es alguna fegura artificiosa,
Que al fin aunque la hicieron con ingénio,
Y parece á los ojos muy hermosa,
Al cabo todo él, no es más de un leño;
Porque aquel que con cargas oprimido,
Tireno, no sospira, no ha perjeño,
Y aquel que nada siente, no ha sentido.

(Entra Pablos, rústico, compañero de Bejarano, voceando).

PAB. ¡Oh que nublado maldito!
¡Oh que nublo de los diablos!

¡Jesús, San Gil, San Benito,
San Bartolomé!

TIR. ¡Ah Pablos!
¿Á dónde vas tan contrito?

PAB. ¿Aquí vosotros estais?
¿No veis qué tal está el cielo?
¿En qué entendeis? ¿Qué pensais?

TIR. ¿Pues qué hay?

PAB. Pesar de mi agüelo,
¿Y aqueso me preguntais?
Id á recojer el hato
Que viene un gran torbellino,
Y yo lo he visto há gran rato.

BEJ. ¿Por eso vienes mohino
Y con tan grande rebato?
No te congojes, espera,
Que aquí Pablos rezaremos
Una Ave María entera,
Y lo desconjuraremos
De toda aquesta ribera.

PAB. No se irá, no hay que esperar
Porque ya yo he rezado
Una oracion singular,
Y lo he desconjurado
Y no ha querido cesar.

BEJ. ¿Y qué oracion le rezaste?

PAB. La de San Bartolomé.

BEJ. Pues que mucho que no baste,
Si huera lo que yo sé:

PAB. Muy mal Bejarano hablaste,
¿Qué oracion de más virtud
Que aquesta de San Bartolo,
De quien huye Bercebú?

BEJ. ¿Qué oracion? el credo sólo,

Que es mejor que yo ni tú.
PAB. ¿Mejor? ¡pardiez! ni tan bueno,
Yo con estotra he probado,
Que cuando está el cielo lleno
De nublos, lo he dejado
Muy doncel, claro y sereno.
BEJ. Mira Pablos, yo me atengo
Á lo que dice la cartilla
Y con el Credo me avengo,
Que aqueso otro es taravilla
Y por bueno no le tengo.
PAB. ¿Taravilla me dijistes?
Vos sois molino y no bueno.
BEJ. Cata, que no me entendistes,
Son, judíquelo Tirreno.
PAB. Judique, que no supistes
Hablar como buen zagal,
De caletre y mesurado.
BEJ. Yo hablé bien.
PAB. No, son muy mal.
TIR. Pablos, un pastor chapado
Ha de decir cosa tal?
No riñais que sois amigos.
PAB. Pues sed, vos, agora el juez.
TIR. No habeis de ser enemigos,
Ya de hoy más.
BEJ. Á mí, ¡pardiez!
Ya no se me dá dos higos.
TIR. Pues decid; qué es la contienda,
Y dígame cada uno
Su razon, porque se entienda
El caso aquí, y de consuno
Lo juzguemos.
PAB. Pues atienda;

Yo digo y sostentaré,
Que no hay en el mundo cosa
De mayor virtud y fé,
Que la oracion milagrosa
De Santo Bartolomé;
Porque la he experimentado
Y oí decir á un vïejo
Que era aquesto averiguado,
Porque á este Santo sagrado
Le quitaron el pellejo.

BEJ. Pues yo digo aquí en mi nombre,
Que es el Credo á toda ley
De mayor virtud y nombre,
Y para el alma del hombre
De más sustancia que un buey.
Porque mira, Pablo hermano,
No hay aquí que rehurtir
Que lo más seguro y sano,
Es aquello que un cristiano
Há menester al morir.

TIR. Digo que decís muy bien
Y dais muy buena razon.

BEJ. ¿Quién, yo?

TIR. Si.

PAB. ¿Y yo?

TIR. Tambien.

PAB. ¿No es muy buena mi oracion?

TIR. ¿Cómo acaba?

PAB. Acaba, *amen*.

TIR. Si *amen* acaba es muy buena.

BEJ. Sí, pero el Credo es mejor.

TIR. Todo para Dios se ordena,
Y al fin se sirve al Señor.

PAB. Pues yo dí, que á cuál condena?

TIR. Digo que lo pensaré
Despacio.
BEJ. Pues yo entretanto,
mi Credo me rezaré.
PAB. Yo la oracion de mi santo
Señor San Bartolomé;
Dejádnoslo deslindado
Ántes, Tireno, que os vais.
BEJ. Pues qué, ¿tambien le habeis dado
Cuenta de cómo dejais
De vuestra ribera el prado?
PAB. Ya yo me la maginé;
Que todo luego se sabe,
Ántes que pensado esté;
No hay ya secreto con llave,
Si es que la llave es la fé.
TIR. Y pues ¿qué os parece á vos
De nuestra partida, Pablos?
PAB. ¿Qué me parece? Pardios
Que si no es cosa de Dios,
Ello es cosa de los diablos,
¿Por qué os quereis ir de aquí
Cuando apénas heis llegado?
Qué, ¿al fin habeis de iros?
TIR. Sí.
PAB. ¿Y á dó os llevan, á qué prado?
TIR. ¿Dónde te parece á tí?
PAB. Por mí, que os vais donde quiera,
Allá vos os lo vereis
El bien ó el mal que os espera;
Más yo pardiobre no huera,
Son que ya prendado esteis.
TIR. No puedo ya dejar de ir,
Si otro suceso más bueno

No me estorbare el partir.
PAB. Si no estais de vos ajeno,
Dejados ántes morir.
¿Sabeis lo que es ser primero?
Ser mayor, es ser menor,
Ser primero es ser postrero
Y el de condicion peor.
Porque mirad, ese nombre,
Aunque promete alegria,
No hay chapado á quien no asombre,
Que es honra de fantasía
Y carga de todo el hombre.
Apetezca quien quisiere
Tal bocado con tal hueso
Y tráguele si pudiere,
Mas guárdese del exceso
Que nunca bien se dijiere;
No hayais miedo, segun creo,
Me ahogue á mí tal bocado,
Ni que muera de deseo,
Porque tengo exprimentado
Todo lo que agora os leo;
Otro habrá que mire el bien,
Mejor que yo del rebaño,
Ya entrambos les vaya bien,
Yo no quiero con su daño
Buscar el mio tambien.
TIR. Con mucho gusto os escucho.
PAB. Y yo tambien, como viejo
Os hablo con gusto mucho.
TIR. Dadme os ruego algun consejo,
Pablos, pues soy tan machucho.
PAB. No os quisiera dar disgusto;
Ello, mi intento es bien sano.

TIR. Antes me dareis más gusto.
PAB. Pues mirad, sed buen cristiano;
Aqueste es el fundamento
Y lo primero de todo,
Todavía voy con tiento;
Vos, perdonadme el mal modo.
TIR. Decid sin algun temor
Todo lo que os pareciere.
PAB. Pues mire; todo el primor
Está en el tener amor
Á los que á cargo tuviere.
Pues le entregan el ganado
Procure dar buena cuenta,
No sea que descuidado
Haga perdido el ganado
Quedando con vil afrenta.
Mire no sea mercenario,
Son verdadero pastor,
No se convierta en contrario,
El que ha de ser defensor
Vida y pasto necesario;
Porque si él hiciere el daño
Que habia de hacer el lobo,
Para el dueño del rebaño
Lo mismo es que le haga robo
El lobo, ó el pastor tacaño;
Mas, basta, que me enternezco
Cuando llego aquí, Tireno.
TIR. Por cierto que os agradezco
Pablos consejos tan buenos.
PAB. Mi voluntad os ofrezco.
TIR. Y vos, Bejarano amigo,
¿No nos decís tambien algo?
BEJ. Yo lo que os he dicho, os digo

Otra vez, y siempre salgo
Á ser de ello fiel testigo.
Que no vais, porque pardiobre,
Si me creeis, todo es burla,
Son tiéndase bajo un roble,
Donde del mundo se burla
El zagalejo más pobre.
Que no tiene obligacion
De vivir con muchos puntos,
Y está fuera de ocasion,
Y aun de algunos contrapuntos
Que hacen muy bellaco son.
Que no corre tras el viento
Que le ofrece el mundo vano,
Y afligido en su tormento,
No se envejece temprano
Con el ánsia de su aumento,
Sino, que en paz y con gozo;
Pasa su vida dichosa
Con verdad y sin rebozo,
Y el que apetece otra cosa
Tireno, ó es loco ó es mozo.
Mas con todo, por si os vais,
Siendo forzoso el partiros,
Casi quisiera deciros:

TIR. ¿Qué quereis?
BEJ. ¿Si vos gustais?
TIR. Gustaré mucho de oiros.
BEJ. Pues mirad: sólo os diré
Un punto, y advertiré
Lo que no poco os importa;
Perdonad mi lengua corta.
TIR. Decid ya que no hay de qué;
BEJ. Como os habrán menester

Los que vais á gobernar,
Tireno, podria ser
Que os quieran mucho halagar;
Y esto sólo, al parecer:
Y aunque algo podreis de alguno
Creer, si teneis piedad;
Mas hay tan poca verdad,
Que conocer sólo á uno
No es poca dificultad.
Mas para ahorrar de razones
En una sóla os diré
Para muchas ocasiones,
Lo que acá me pergañé
Cuando ví estas invenciones.

—

No es lícito creer que es todo engaño,
Ni tampoco que todo es verdad pura,
Cuando el vulgo os aplaude con blandura,
Cuando espera de vos su bien ó daño.
Recelarse de todos es engaño,
Y fiarse de todos gran locura,
Disimular tal vez será cordura,
Y hacerse todo á todos, don extraño.
No puede en esto regla cierta hacerse,
Mas si algo en ello por mis canas valgo,
Tomad de mi consejo en este modo.
Digo que en este caso, ha de creerse
Á muchos de estos, nada; á pocos, algo;
Á ménos, la mitad; á nadie, todo.

(Entra Gerardo).

GER. Á dónde te hallaré, Tireno amigo,
Pues te traigo la nueva que deseas?
TIR. Gerardo ¿no es aquel?
BEJ. Él es.

TIR. ¿Qué digo?
Ola, Gerardo, bien venido seas.
GER. Tireno amado, el cielo sêa contigo
Y haga con alegría, que poseas
De vida largos años en su abrigo.
TIR. Á tí otros tantos dé; dáme esos brazos;
GER. Tómalos y con ellos mil abrazos.
BEJ. Tambien nosotros, buen Gerardo, os damos
La bien venida.
GER. Esteis enhorabuena.
PAB. Todos de veros buenos nos holgamos.
GER. Y yo de veros con salud tan buena.
TIR. ¿Pues qué nuevas tenemos? ¿en qué estamos?
GER. Bien puedes desterrar ya toda pena,
Que son nuevas, alegres y felices
Las que traigo.
TIR. Amigo ¿qué me dices?
GER. Que por ventura no podrás creerme
La suerte que te cupo.
TIR. ¿Es dilatarme
La partida?
GER. Mejor.
TIR. ¿Es concederme
Otro yermo?
GER. Mejor.
TIR. ¿Es obligarme
Á este nuestro?
GER. Mejor.
TIR. ¿Es disponerme
Como quiero yo aquí perpetüarme?
GER. Mejor nueva te traigo.
TIR. ¿De qué suerte?
GER. Óyeme y lo verás.
TIR. Empieza.

GER. Advierte:
—A los piés del mayoral
Llegué dando tu embajada
Con humilde reverencia
Á sus venerables canas,
Y despues de habelle dado
De la tuya y mia largas
Saludes, significando
Mi deseo y tus entrañas,
Púsele tu voluntad
En sus manos como en aras
Para que de tí aceptase
Esta víctima preclara.
Propúsele juntamente
Tus deseos y tus ansias
Por vivir en soledad.—
TIR. ¿Y qué respondió él?
GER. Aguarda,
Óyeme con atencion,
Que es proprio de gente sábia,
Y más de sábios prelados,
Que á sus inferiores aman.
Proseguí yo con modestia,
(Que es justo entre ellos guardarla)
Las razones que allí supe,
Si humildes, con eficacia.
Rematé con brevedad
Por pagalle ansí la gana
Y el gusto con que me oia,
Que es una agradable paga;
Estuvo un poco suspenso;
TIR. Y á mí me suspende el alma
Tu tardar.
GER. La buena nueva

Ha de ser muy deseada;
Y volviendo el rostro anciano
Á los pastores que estaban,
Y asisten á su consulta,
(No sé cómo se los llaman);
Si muchos hubiera de estos,
Dijo, cuán poco ocuparan
Nuestras consultas y juntas,
Sus demasías y faltas.
Mas ¡ay! de los que son pocos
Los que alivian nuestra carga,
Aunque uno sólo de aquestos
Para aliviárnosla basta:
¿Qué os parece? en este caso
De esta réplica y demanda
Es menester gran consejo.
Decid? y haciéndole salva
Todos responden alegres:
Padre, en tus mismas palabras
Y en el semblante, nos muestras
La sentencia de esta causa;
Y vuelto á mí el mayoral,

BEJ. Bueno vá el negocio;

TIR. Calla,
Dijo.

GER. Decidle
Lo que os diré y lo que pasa;
Que agradezco sus deseos
Y huelgo réplicas haga,
Que resignado importune
Por gozar su quietud santa;
Que lo que pide y desea
Concedo á su humilde instancia,
Que siga su voluntad

Pues tan bien sabe emplearla:
Que aunque no esperaba ménos
De todos los que él repasta
En Batuecas, do los vide
Arder en las mismas llamas.
Ví su temor y recelos
De perder lo que gozaban,
Juntando al deseo en todo,
Una extremada observancia;
Todavía me ha causado
Nuevo consuelo y extraña
Alegría, ver lo mismo
En Tireno con ventajas:
Decidle que haga su gusto
Y que si gusta se vaya
Ó si quiere se quede,
Haciendo lo que le plazca.
Esto al fin me respondió
Y por eso te afirmaba,
Que era tu suerte mayor
Que tus grandes esperanzas.

TIR. Gracias doy al cielo santo
Y á tí tambien debo darlas,
Gerardo, que me has traido
Nueva de alegría tanta;
No cabe en mi pecho el gozo
De una ventura tamaña.

PAB. Ni á mí tampoco pardiobre
Me caben aquí las plantas;
Vamos luego á dar aviso
Por toda aquesta montaña,
Á los tristes zagalejos
Que ya tu ausencia lloraban.

BEJ. Vamos, y hágase gran fiesta,

Juegos, músicas y danzas,
Enrámense nuestras chozas
De laureles y retamas.
Corónense nuestras frentes
Con mil floridas guirnaldas,
Y vístase todo el suelo
Las flores que Abril derrama;
Salten riendo las fuentes
Y entre hierba de esmeralda,
Como sierpes de cristal
Crucen arroyos de plata.

PAB. No ha de quedar instrumento
Que esta vez no salga á plaza;
Salga el rabel y salterio
Y el dulce tímpano salga.

BEJ. La mi zampoña de antaño,
El tamboril y la flauta,
Y con ellos zapateta
Al pandero y las sonajas.

TIR. Id enhorabuena amigos
Y prevenid la campaña,
En tanto que yo aquí á solas
Le doy á mi Dios las gracias.

(Vánse y queda sólo).

Al fin, al fin ya veo
Con próspero suceso y buena suerte
Cumplido mi deseo;
Plegue á Dios que con él á amarle acierte
Si ya, por ser más mio
Que suyo, no me dá con el desvío.
Mas, ¿si le habrá agradado
Al que rige mi vida desde el cielo
Mi réplica y cuidado,
Y que haya procurado mi consuelo

Haciendo resistencia
En alguna manera á la obediencia?
Mas si yo he resistido
No ha sido por hacerme en esto exento,
Bien sabe cuál ha sido
De mis deseos, Dios, el justo intento;
Aunque si es contra el suyo,
Yo mismo me condeno en lo que arguyo.
¿Qué me importa que sea
Lo que pretendo, bueno, santo y justo?
Si el alma al fin desea
En ello más el mio que su gusto,
Y aunque no lo parece,
Contra el de Dios mi gusto prevalece.
¿Qué me importa el desierto
Si no hallo en él á Dios, que és lo que busco;
Si perezco en el puerto,
Si al fuego tiemblo y á la luz me ofusco?
Que el tal en esta cumbre,
Ni halla desierto, puerto, fuego ó lumbre.
Antes bien, le es tumulto
La soledad, y el puerto le es bajío;
La paz, guerra é insulto;
El fuego fervoroso, hielo frio;
La misma luz, tinieblas;
El cielo claro, tempestad y nieblas.
Mas yo, segun entiendo,
No he cometido en esto alguna culpa;
¿Por ventura pretendo
Sino lo que es mejor? no me disculpa,
El haber insistido
Siempre, en vivir á todos escondido?
Pero con todo eso,
Esto mismo me engendra algun recelo,

De que he tenido exceso,
Por más que me disculpe el justo celo
En buscar mi descanso,
¡Ay Dios! que no le gozo ni descanso.
No sé qué me inquïeta,
Por más que procuro sosegarme;
Como mortal saeta
Parece siento el pecho atravesarme,
Y por más que ande y haga,
No hallo razon que bien me satisfaga.
¡Válgame Dios, si yerro!
Que esta inquietud parece de ello indicio,
Pues aun el mismo yerro
Castigo suele ser del mismo vicio.
Castigo del que ofende
Con él á Dios y á su deleite atiende.
Temo que de esta suerte
Al Señor ofendí, y que el bien mismo
En mal se me convierte;
Pues parece que estoy en un abismo
De turbacion confusa
Que me castiga y juntamente acusa.
Sin duda voy errado;
Para la paz, no es este, no, el camino;
Procurar desalado
Mi gusto establecer contra el divino,
¿Qué fruto, qué despojos
Puedo esperar de andar á mis antojos?
Si alguna gran desgracia
Me sucediese aquí, ¿con qué consuelo
Que fuese de eficacia
Templaria el dolor, pena y recelo?
Que el que por Dios se guia,
Su pena arroja en Dios y en él confía;

Mas el que desobliga
Á Dios, siguiendo sólo su albedrío,
En medio su fatiga
Del pecador se rie; y aunque es pio,
Al que le deja, deja,
Y aléjese de aquel que de él se aleja.
Volvamos, pues, volvamos
Á entablar otra vez mejor el juego;
Lo hecho deshagamos,
Los desiertos y yermos dejo luego,
Que aquel sólo es desierto
Adonde hallare el alma su bien cierto.
Plegue á Dios que le halle,
Pues ni otra cosa busco ni la quiero;
Aquí he de suplicalle
Me perdone este yerro, como espero,
Que en su grande clemencia
Espero clementísima sentencia.

(Hincado de rodillas, dice):

Señor, pues eres manso, pio y justo,
Vuelve los ojos al ardiente celo
Con que tu gloria busco, y en el suelo
Sóla tu voluntad, sólo tu gusto.

No quiero yo, mi Dios, con tu disgusto
Consuelo, paz, descanso, gloria ó cielo;
Que todo mi descanso y mi consuelo
Es sólo obedecer tu imperio justo.

Si gustas de que sólo en esta tierra
Habite, tú serás mi compañía,
Y tú mi paz, si en medio de la guerra.

En las tristezas hallaré alegría,
En las penas alivio, si en la tierra
Sólo tu voluntad fuera la mia.

(Entran Gerardo, Bejarano y Pablos, con guirnaldas, ramos y música, cantando y bailando).

LETRA.

Alégrese la ribera,
El valle y el prado ameno,
Pues quedando en él Tireno,
Le queda su primavera.
No tema ya más el prado
Perder las hermosas flores,
Que en él con varios colores
El Abril ha matizado.
Con la hermosura primera
Quedará y de gloria lleno,
Pues quedando en él Tireno
Le queda su primavera.

GER. Tireno, danzad, y alegre
Regocijadnos la fiesta.
TIR. No dice conmigo aquesta,
Y así no hay porque me alegre.
BEJ. *Peccatoribus, amen;*
¿Y agora tenemos eso?
PAB. Vos no estais en vuestro seso,
Ó yo estoy loco tambien.
GER. ¿Qué es esto, Tireno mio?
¿Quién causó mudanza tal?
TIR. Mi desdicha desigual,
Que es de Dios justo castigo.
GER. Decidnos luego la causa
De suceso tan extraño:
TIR. La fuerza de un desengaño
En mí esta mudanza causa;
Ahora bien, mirad amigos,
Yo en esto que he deseado
Hé mi gusto procurado,

Como sois de ello testigo;
Pienso que con demasía
Deseo esta soledad,
Y más que la voluntad
De Dios, busco aquí la mia;
Y como por esta instancia
Se me ha dado la licencia,
Recelo que á la obediencia
He hecho gran repugnancia.
Pues si esto es verdad, ¿qué gusto
Puedo tener? qué consuelo?
Sino pena, desconsuelo,
Remordimiento y disgusto.
Porque adonde Dios no está
No puede haber buen suceso,
Y aqueste és todo el proceso.

.GER No digas más, calla ya.
¿Aquese és todo el trabajo,
La pena y melancolía?
Imaginé que se habia
Venido el cielo abajo,
Que se quemaba la sierra,
El ganado y los zagales,
Ó con otros casos tales
Se hundia toda la sierra.

TIR. Mayor mal que todo eso
Es para mí el que te digo.

GER. Calla, por tu vida, amigo,
Que son extremos y excesos;
No tienes razon alguna
Para aqueste sentimiento.

TIR. No es bastante un pensamiento
De lo que digo?

GER. Ninguno;

Aunque la raíz, de adonde
Nace tu melancolía,
Tireno, me dá alegria,
Porque á tu virtud responde;
Mas ni á ella corresponde
El efecto que en tí causa,
Ni puede haber otra causa
En lo que pienses, Tireno,
Para que de gozo ajeno
Pongas á tu gozo pausa.
Si el gusto y voluntad suya
En el mayoral y en Dios
Es una, y aquestas dos
Está conforme la tuya,
¿Qué razon hay que te arguya
Para que tengas disgusto
En seguir de Dios el gusto?
Ninguna: Pues tén por cierto
Que quiere que en el desierto
Vivas siervo suyo y justo.
¿No advertiste la respuesta
Que el mayoral te invió,
En que te dije alabó
Tu importunacion modesta?
Y tanto se manifiesta
Ser esa su voluntad,
Que si de esta soledad
Salieras, Tireno, luego,
Y no le instaras con ruego,
Lo tuviera á flojedad.
Tan léjos está su intento
De disgustarse del tuyo,
Que antes me dijo era el suyo
Tu proprio gusto y contento.

Deja, pues, el pensamiento,
Que á todos nos entristece;
Y, pues, la ocasion merece
Festejes suerte tan buena,
Recibe la norabuena
Que todo el prado te ofrece.

—

TIR. No lo puedo negar, que sus razones
Siempre conmigo tienen tanta fuerza,
Que me quitan de dudas y opiniones;
Y en la ocasion presente las esfuerza
Demás del pecho y voluntad de amigo,
Que contra nuestro amor, no hay quien la tuerza,
Gerardo, el ser tú mismo fiel testigo
Del gusto, voluntad y del intento
Del mayoral en esto que te digo.
GER. Digo que es fantasía y pensamiento,
Quimera tuya, escrúpulo y antojo,
Que sólo en aire tiene fundamento.
TIR. Y á tí qué te parece?
BEJ. Daré un ojo
De aquestos dos que tengo, por lo mismo.
PAB. Y yo tambien un pié, aunque quede cojo.
TIR. Estoy Gerardo en un confuso abismo,
Que aunque de tí confío como debo,
Parece que padezco un parasismo,
Ni acabo de volver; mas no me atrevo
Á dejar de creer lo que me dices.
GER. ¿Es por ventura nuestro amor tan nuevo
Que no me habias de creer? Desdices
De la fé y amistad que profesamos,
Si más á lo que he dicho contradices.

TIR. Ea, Gerardo amigo, no riñamos;
Creo que dices tú la verdad pura,
Y así obedezco al gusto que empezamos.
PAB. ¡Ah! ¡ah! no dije yo que era locura
Turbarnos á deshora nuestra fiesta,
Con vueso gesto lleno de mesura?
BEJ. Pardiobre, yo tambien dije, que aquesta
Era invencion del diablo, y ello es llano,
Que andaba aquel maldito en vuestra testa.
TIR. Ya lo conozco agora, Bejarano,
Y os pido á todos perdoneis mi yerro,
Que no estuvo, prométoos, en mi mano;
Ya de mi corazon de hoy más destierro
Todo dolor, y con seguro gozo
Alegre os muestro el que en el alma encierro.
Hoy renuevo mi vida, y me remozo,
Pues ha llegado el deseado plazo
Que temí y esperé con alborozo.
Ya soledad dulcísima te abrazo,
Los brazos ya te ofrezco en lazo estrecho,
Y el corazon con más estrecho lazo.
Recíbeme en los tuyos, y en tu pecho
Hálleme el cielo en el postrero dia,
Pacífico, seguro y satisfecho.
Así en los senos de esta sierra fria
Jamás hospedes bárbaro tumulto,
Ni te profane inquieta compañía;
Ofreceréte consagrado culto,
Cánticos de loor, y entre estos riscos
Estátuas te alzaré de hermoso bulto.
Haré de tus peñascos obeliscos,
Y á la sencilla ley de mi manada
Templos serán y altares tus apriscos.
Ya es llegada la hora deseada;

Ea, venid, amigos, que la hora
De mi deseo y vuestro, es ya llegada;
Venid alegres ya, venid ahora,
Cantad, bailad, jugad, todos cantemos
Mientras que el enemigo comun llora.

GER. Gracias al cielo doy que así te vemos
Tan lleno de alegría, gozo y gusto.

PAB. La fiesta, pues, alegres celebremos.

BEJ. Ya no hay más tristeza ni disgusto.

GER. Todo sea consuelo y gozo extraño,
Que este es del desengaño el premio justo,
Y aqueste es del retiro el desengaño;
Esta es la vida que entre peñas huecas,
Olvidados del mundo y de su engaño,
Hacen hoy *los Pastores de Batuecas*.

ÍNDICE DE MATERIAS.

PÁGINAS.

POESÍAS.

PÁGINAS.

EPIGRAMAS DE MARCIAL.

ERRATAS.

PÁGINA.	LÍNEA.	DICE.	LÉASE.
4	22	digno admirador;	digno imitador
33	3	y apagada luz que daba paso;	luz á que daba paso.
50	13 y 14	Amó — Adoró	Amo — Adoro.

ADVERTENCIA.

Si el discreto lector notare todavía alguna leve incorreccion en el texto, á error de copia debe atribuirla y nó á yerro de impresion.


SE ACABÓ
de imprimir este libro
en la imprenta del Hospicio
el 15 de Diciembre del año 1876,
por Gregorio Casañal,
regente de la misma.
ZARAGOZA.

LISTA DE LOS SEÑORES SUSCRITORES

Á LA

BIBLIOTECA DE ESCRITORES ARAGONESES.

S. M. el Rey.
Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.
Excmo. Sr. D. Gerónimo Borao.
D. Mariano Perez Baerla.
Cárlos Rocatallada.
Comision de monumentos artísticos de Zaragoza.
D. Fulgencio Sancho y Royo.
Francisco Moncasi.
Universidad de Zaragoza (2 ejemplares).
Diputacion provincial de Alicante.
Diputacion provincial de Logroño.
D. Luis Azara.
Domingo Ibañez é Ibañez.
Diputacion provincial de San Sebastian.
Diputacion provincial de Huesca.
D. Bernardino Montañés.
Matías Galvez y Olivan.
Excmo. Sr. Marqués de Ayerbe.
Biblioteca de la Universidad de Zaragoza.
Excmo. Sr. Teniente general Marqués de Peña Plata (D. Ramon Blanco).
Excmo. Sr. Marqués de Santa Coloma.
D. Nicolás Sancho.
Manuel Cano.
Excmo. Sr. D. Juan Bruil.
D. Mariano Pescador.
Casino principal de Zaragoza.
D. Rafael Cistué.
Pedro Lúcas Gállego.
Ignacio Albericio.
Vicente Latorre y Ximenez de Embun.
Pio Ballesteros y Ordejon.
Manuel de Pedro y Esmir.
José Espejo, Marqués de Castejon (Gonzalez).
Manuel Bardají y Peralta.

D. Mariano Ximenez de Embun y Angulo.
Excmo. Sr. Baron de Alcalá.
D. Santiago Aranda.
Manuel Gonzalez y Perez.
Pedro Lamperez.
Mariano Villacampa.
Luis Garcés de Marcilla.
Marceliano Isabal.
Francisco Bayod.
Ignacio Aybar y Villarroya.
José María Matheu y Aybar.
Excmo. Ayuntamiento de Zaragoza.
D. Francisco de Cavia.
Junta provincial de Instruccion pública de Zaragoza.
D. Martin Villar.
Santiago Penen.
Mario de Lasala.
Desiderio de la Escosura.
Antonio Hernandez Fajarnés.
Tomás Ximenez de Embun.
Felipe Guillen y Caravantes.
Francisco Zapater.
Manuel Arias.
Pablo Gil y Gil.
Andrés Cabañero.
Roberto Casajús.
Clemente Ibarra.
Ignacio Andrés.
José María Unceta.
Excma. Audiencia de Zaragoza.
Excmo. Sr. D. Manuel Pineda.
Casino titulado «La juventud de Tarazona.»
Diputacion provincial de Teruel.
Diputacion provincial de Múrcia.
Diputacion provincial de Sevilla.
Diputacion provincial de Córdoba.
Diputacion provincial de Búrgos.
Diputacion provincial de Castellon.
Diputacion provincial de la Coruña (3 ejemplares).
Diputacion provincial de Tarragona (2 ejemplares).
Ayuntamiento de Huesca (2 ejemplares).

(Se continuará).

BIBLIOTECA DE ESCRITORES ARAGONESES

PUBLICADA POR LA EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE ZARAGOZA.

POESÍAS SELECTAS

DE

FRAY GERÓNIMO DE SAN JOSÉ



ZARAGOZA
IMPRENTA DEL HOSPICIO PROVINCIAL
1876


PORTER
BARCELONA

PRECIOS.

—

POESIAS DE FR. GERÓNIMO DE SAN JOSÉ.

En los centros de suscricion.	14	reales.
En Provincias.	16	»
En el Extranjero y Ultramar.	18	»

RIMAS DE PEDRO LIÑAN DE RIAZA.

En los centros de suscricion.	12	reales.
En Provincias.	14	»
En el Extranjero y Ultramar.	16	»

